
LOTKA



(*Conclusion.*)

Llegó la Navidad de 1847. Habia resuelto Sebastian pasar los dias de fiesta estudiando con asiduidad las leyes en vez de ir, como de costumbre, á hacer una visita á sus padres, porque una larga enfermedad le habia retrasado considerablemente. En vano traté por todos los medios posibles de animarle á que viniera á mi casa la Noche-Buena. La verdad es que por regla general evitaba las reuniones, y si alguna vez se presentaba en sociedad hacia en ella una impresion desfavorable, especialmente en las mujeres, á causa de su silencio y de su obstinado empeño en negarse á cantar.

En este 24 de Diciembre de que tratamos se estuvo en su cuarto trabajando sin levantar cabeza todo el dia. Pidió á su patrona que le llevara algo de comer, y solamente á eso de las cinco, cuando se hizo ya demasiado oscuro para escribir, salió, encargando ántes que no dejasen apagar el fuego, pues pensaba no estar fuera más que una hora ó cosa así, para ver los puestos de Navidad, y seguir luego escribiendo durante gran parte de la noche. Cuando se encontró en la calle le refrescó el viento del invierno. El frio extremo de los anteriores dias habia disminuido algun tanto: caia la nieve en grandes copos y ligeramente; copos que él no se sacudia, como si le gustara que se deshicieran en su encendida fisonomía. La barba, que en el último año se habia vuelto una hermosa barba y que mejoraba mucho en aspecto, estaba blanca con la nieve.

Muy despacio atravesó la Konigsstrasse hasta el puente

del Elector. Allí la muchedumbre cruzaba en todas direcciones, todo el mundo embozado hasta los ojos, y dirigiéndose cada cual hácia su casa, ya de retirada, despues de hechas las compras de última hora, y ya todas las ventanas empezaban á brillar con las luces encendidas en los árboles de Navidad. Atravesó el solitario estudiante aquel tropel de gente, sin demostrar en nada el disgusto causado por no estar en la casa de sus padres, que en noche tan señalada se marca en la mayor parte de los jóvenes cuando se ven obligados á pasarla léjos de los suyos. Habia enviado dos dias ántes unos regalillos á sus hermanas, y esperaba justamente aquella misma noche una caja con los aguinaldos de su casa, por cuyo recibo no experimentaba, sin embargo, impaciencia alguna. Imposible que hubiera quien ménos se cuidara del aumento de objetos de propiedad: verdad es que desde que habia perdido la única cosa á la que se habia apasionadamente unido, era indiferente para cuanto le rodeaba.

Se detuvo un rato delante de la estatua ecuestre del gran Elector, que con el manto de nieve parecia, proyectada en el pálido cielo de Diciembre, más magestuosa y fantasmagórica que de ordinario. Por debajo se deslizaba oscura y silenciosamente el rio, entre dos nuevas orillas formadas por el hielo, y en una de las barcas habia encendido ya el barquero un arbolillo de Navidad, que irradiaba á través del hueco de la puerta. Un par de chiquillos muy encarnados estaban junto á la humilde mesa, soplando uno en una trompeta de dos cuartos, comiéndose el otro una manzana; y allí se hubiera estado en el puente el solitario observador contemplando embelesado este humilde idilio, á no ser por la corriente humana que hubo de arrastrarle hasta dejarle en el centro precisamente del ruidoso mercado de Noche-Buena de la Schlossplatz, en aquel momento en lo más fuerte de los negocios.

Anduvo de un lado para otro, arriba y abajo, las principales calles que los cajones formaban, mirando el alegre tráfico de compradores y vendedores, escuchando los chillidos de los monos y los agudos gritos de los muchachos que pregonaban sus diversas mercancías; y en silencio so-

llozaba, reflexionando en que no tenia ninguna clase de connexion con aquel mundo que tan gozosamente guardaba la fiesta, y que lo mismo seria para él ser trasportado de pronto á otro planeta, entre cuyos habitantes no habia de encontrarse más solo seguramente que en este. Resolvió, sin embargo, animarse y no pensar en nada triste, y se puso á cantar por lo bajo la música del *Hace tiempo que una bella*. Una gárrula vendedora de un puesto de chucherías le interrumpió entónces, animándole á que comprara alguna cosilla bonita para su *señora esposa*. Al oirlo apretó el paso para alejarse, y se metió por una de las avenidas ménos frecuentadas, en las que mercaderes más en pequeño ofrecian como gangas sus objetos á dos cuartos.

No habia andado mucho cuando cautivó sus ojos un singular espectáculo. Delante de un puesto de juguetes baratísimos habia una señora con una elegante polonesa guarnecida de pieles, de las que entónces se llevaban, sombrero polaco y un espeso velo sobre la cara, que la protegia contra la nieve y no dejaba ver sus facciones. Habia dejado el manguito en el mostrador que tenia delante, y sus diminutas manos, calzadas con delicados guantes, se ocupaban en escoger algunos juguetes para distribuirlos entre una porcion de chiquillos de la calle que se agrupaban en estrecho círculo al rededor de ella y peleaban por estos inesperados aguinaldos con un verdadero tumulto de deleite. Unas pocas palabras expresivas de la vendedora del puesto los redujo á algo parecido al órden, y al fin todos se dispersaron, empuñando fuertemente sus tesoros con sus manecitas cerradas, siendo los ménos los que dieron las gracias á la donante.

—¿Cuánto tengo que pagaros por todo eso? preguntó la señora.

Su voz hizo en el jóven (quien se habia aproximado sin ser visto) el efecto de una chispa eléctrica.

—Lotka, dijo casi entre dientes.

Volvió en redondo prontamente la dama, y su primer impulso fué echarse aún más el velo á la cara. Pero, no obstante, á la luz de las lámparas del cajon y del resplandor de la nieve pudo reconocer á aquel que solo estaba á dos pasos de

ella. Pagó precipitadamente lo que la vendedora había pedido, se dirigió á Sebastian y le alargó la mano.

—Sois vos, le dijo sin dejar ver ningun sobresalto especial. No esperaba volver á veros otra vez: pero tanto mejor; lo celebro mucho. ¿Teneis algo que hacer? ¿Os esperan esta noche en alguna parte? ¿No? Dadme entónces el brazo; yo tambien estoy libre, libre del todo, añadió con una expresion singular. ¡Qué agradable es andar así sobre la nieve y ver tantas caras rebosando dicha! Algunas veces se me figura que no seria necesario un gran esfuerzo para ser feliz, supuesto que tantos lo son y á tan poca costa. ¿No estais conforme con lo que digo?

No contestó nada. Encuentro tan inesperado le había dejado estupefacto, y aquel modo precipitadísimo de hablar y de moverse era para poner á cualquiera perplejo. Ella desde el principio se había colgado de su brazo, cuando en otros tiempos cuidadosamente evitaba hasta el más ligero roce, y á su lado iba andando poniendo delicadamente en la nieve sus piecitos, doblada la cabeza, con una expresion pensativa como si anduviera proyectando alguna misteriosa sorpresa. A todo lo que él se atrevió fué á lanzarla de vez en cuando miradas de reojo. Se había desarrollado, sin duda alguna; sus facciones se habían marcado más, lo cual aumentaba su belleza, y el sombrero de piel que llevaba sentábale á las mil maravillas.

—Señorita Lotka, dijo por fin, ¡encontraros yo aquí! No sabeis, ni lo creeriais siquiera, cuánto os he buscado, cómo ni un momento desde.....

—¿Y por qué no lo había de creer? se apresuró á replicar. ¿Suponeis que no he conocido que sois el único sér humano en el mundo que me ha amado realmente? Esa fué precisamente la razon que me obligó á separarme de vos. Vuestro amor y vuestra bondad merecian algo mejor que haceros desgraciado por culpa mia. Bastante es que una vida miserable se destruya (y áun esto no es, á la verdad, muy fácil de entender cuando se piensa que hay una Providencia); pero ¿para qué hablar de cosas tan tristes? Doblemos la hoja. Contadme lo que habeis hecho en todo este tiempo. ¿Sabeis que habeis

ganado muchísimo y que estais mucho mejor? La barba os sienta muy bien, y á pesar de ella teneis esos ojos tan inocentes, que mejor estarían en la cara de una muchacha, y que sin embargo, pueden volverse bravos y resueltos, como pocos, cuando lanzan sus rayos contra un villano.—Perdonadme, siguió ella diciendo, por lo charlatana que estoy; pero no podeis figuraros cuánto tiempo he estado sin abrir los lábios siquiera. Casi siempre desde que no nos vemos. Tenia mucho en qué pensar; pero ahora ya lo tengo todo arreglado, y así es que soy enteramente feliz. No hace mucho tiempo que acabé de hacerlo. Anoche todavía tenia pensamientos demasiado horribles que atravesaban mi cerebro como agujas de hielo. Pero me dije á mí misma: «Preciso es que esto concluya.» Ni Dios ni los hombres tienen derecho á pedir á una que siga viviendo con pensamientos semejantes. Y despues de llegar á una decision clarísima sobre esto, recobré el espíritu, y hasta mi lengua parece que se ha desatado. Pero os encuentro más silencioso. ¿Qué os pasa? ¿No os alegra algun tanto, aunque sea muy poco, de que podamos pasear así juntos tan confidencialmente, y sentir en nuestras caras la nieve y ver tantos pobres que gozan en la Noche-Buena? Yo tambien necesitaba proporcionarme algun placer en esta festividad, y con ese objeto he gastado mis últimos dos duros en un aguinaldo de Pascuas improvisado. Pero no me ha divertido lo que yo esperaba. Despues de todo, cuando no se quiere á la persona á quien se regala, no da mucho gusto el hacer regalos. Ahora siento haberme quedado sin dinero, porque podriamos darnos recíprocamente el aguinaldo.

—¡Ah, Lotka! dijo él; ahora que os he encontrado otra vez, que sois tan benévola conmigo, que sabeis que os amo...

—¡Chiton! interrumpió ella, eso es bueno para sentido, pero no para dicho; porque no han variado en nada las circunstancias: todo sigue como siempre; no hay ni asomo de esperanzas.

Se detuvo él de improviso mirándola de hito en hito.

—Sin esperanzas, dijo con un gemido. ¿Pero no estais enterada de que lo sé todo y que no se me da un bledo? ¿Que me importa lo mismo que si se tratara de algo sucedido en la

luna? ¿Que á nadie tengo que consultar en el mundo más que á mí mismo, y que si mi padre y mi madre.....

—Por Dios, no sigais hablando, exclamó ella con una mirada de desconsuelo y tapándole la boca con la mano. No sabeis lo que decís, cuán horrible es y cuánto llegaríais á arrepentiros con seguridad un dia. Teneis una madre á quien amar y reverenciar, la cual á nada quiere en la tierra tanto como á su hijo, que en él cifra su orgullo, ¿y haríais que sufriera dolor y vergüenza? Si hubieseis meditado despacio y con juicio lo que eso significa..... pero no hablemos ni una palabra más del asunto; cambiemos la conversacion. Vamos, os confesaré que tengo hambre: desde ayer por la tarde no he comido nada por falta de gusto. Pensaba ya en verdad que nunca más volveria á tener un sabor puro en mi boca; pero desde que estoy charlando tan agradablemente, me encuentro mucho mejor. Llevadme donde nos den algo de comer. Y así podemos seguir un par de horas en aména conversacion; pero os es forzoso convidarme porque ya os he dicho que el último dinero que tenia se ha ido en aquellos juguetes.

Esto oyendo, torció él por una de las calles laterales, y rápidamente la condujo á una hostería que le era conocida y generalmente desocupada á estas horas. Ambos estaban ensimismados con revueltos pensamientos y él asombrado y medio aterrorizado, medio embelesado por el punto á que las cosas habian venido, y preguntándose qué giro tomarian ahora. Porque aunque sus veladas alusiones le ponian muy ansioso, por otra parte, sin embargo, encontraba un consuelo en sus maneras espontáneas y francas con él y en el claro reconocimiento que tenia ella de lo que él sentia.

—Aquí, dijo empujando una puertecita sobre la que lucia un farol azul.

Entraron en un comedor alegre y cómodo, en el que solamente habia un camarero anciano con un delantal verde á la antigua usanza, sentado y dando cabezadas en un rincon. Miró á la pareja con alguna sorpresa y se apresuró en seguida á traer lo que Sebastian habia ordenado.

—Nos toma por hermano y hermana, murmuró la muchacha.

—Ó por unos recién casados en su luna de miel. ¡Ah, Lotka! y le tomó una de sus diminutas manos, de la que acababa de quitarse el guante.

Ella correspondió al apretón de manos con otro dado de todo corazón y sin embarazo alguno.

—¡Qué encantador es estar aquí! dijo empezando á despojarse de sus calientes envolturas. Me alegro tanto de verme aquí una vez más con vos antes de que..... Se detuvo de pronto.

—¿En qué pensais? preguntó él con gran agitación. No ha de ser esta *realmente* la última vez.....

—No me preguntéis, dijo ella. Nada me falta absolutamente, no necesitáis tomaros por mí cuidado alguno. Cuando os escribí aquella esquelita no sabía verdaderamente lo que sería de mí. Lo único en que pensé fué en ponerme en sitio seguro. Mientras que vos, y quizás algunos otros más, andaban buscándome por todas partes, yo estaba con toda tranquilidad en la buhardilla de una viejecita amiga mia que vivía no lejos de la tienda y que acostumbraba con frecuencia á comprarme pastillas para la tos; la pobre anciana me había tomado cariño porque de vez en cuando la ayudaba yo en su costura cuando en los tiempos malos se le pasaban las semanas enteras sin ganar absolutamente nada. A su puerta llamé aquella noche y en su casa he estado un par de meses, oculta porque nadie iba á verla, cosiendo á su lado y guisando además nuestras frugales comidas; pero al fin se me hizo intolerable ya la vida en semejante jaula. Había ahorrado un poco de dinero y determiné cruzar la frontera de Francia en cuya nación nadie había de conocerme. Pero fuí detenida en el camino por no sé qué irregularidad en el pasaporte y traída otra vez á Berlin como una vagabunda y aquí..... pero..... no hablemos más de esto. Siento ya que me vuelven las náuseas... y aquí está nuestra cena, que no quiero dejar que se estropee.

Llenó él un vaso del vino que el camarero había traído y la obligó á corresponder al bríndis.

—Por tí y por mí, murmuró él suavemente.

—No, por tí solo, replicó ella, y mojó sus labios en el vaso.

—¿Es demasiado fuerte para tí el vino del Rhin? preguntó él. ¿Quieres que pida Champagne?

Con rapidez movió la cabeza negativamente.

—No podría tomar ni una gota. Lo bebí siendo aún muy niña y en compañía demasiado mala. Pero es preciso que comas tú también algo si no ha de hacerme daño la cena.

Aunque no podía pasar bocado, se sirvió él un plato y se extasió observándola, mientras ella hacia los honores á aquella simple cena. Tenia el pelo tan corto como siempre, su vestido era tan sencillo como ántes, su figura tan flexible y graciosa, que todos sus movimientos resultaban encantadores. De cuándo en cuándo daba una excusa por el voraz apetito que demostraba.

—Consiste, decia, en que ya soy feliz para siempre, en que todo me va saliendo perfectamente y en que estamos tan deleitosamente solos, tú y yo. Mira, sin remedio tienes que comer esto, y puso al decirlo un pedazo de ave en el plato de su compañero, ó creeré que tienes horror á comer del mismo plato que yo. Si las cosas hubieran venido de otro modo rodadas, y en realidad pudiésemos haber viajado juntos por esos mundos ¡qué hermoso hubiera sido! Pero no puede ser, y dia llegará en que tú serás dichoso con alguna otra y ella contigo; la suerte está muy desigualmente distribuida, y es preciso que cada cual se las arregle como pueda hasta que ya se le haga insufrible su lote. Pero échame más vino, me he bebido sin darme cuenta el último vaso. Muchas gracias y escucha: por la salud de tu madre y este será el último bríndis. Vació el vaso, y al ponerlo otra vez en la mesa notó él un estremecimiento en ella como si una mano fria como el hielo la hubiera agarrado de repente.

—Vámonos, dijo ella.

Pagó la cuenta y la ofreció otra vez el brazo. Cuando salieron se encontraron con que los grandes y suaves copos de nieve se habian convertido en nieve de temporal que les daba con fuerza en la cara.

—¿A dónde iremos ahora? preguntó él.

—Lo mismo me da; á cualquier parte. Ya no tengo casa ni hogar. La verdad es que pensé... pero es demasiado vio-

lento y desconsolador despedirnos el uno del otro en medio de la calle. ¿Estás lejos de tu habitación?

—Todavía vivo en el mismo sitio. No hay más que cruzar el puente y andar despues unos cien pasos. Vamos.

—Pero... contestó ella deteniéndole como para considerar; ¿qué dirá la gente de tu casa si te ven entrar con una muchacha á estas horas?

—¿No llevas el velo echado?

—¿Yo? Por mí nada me importa que me vean. Mañana estaré ¿quién sabe lo lejos que estaré? pero de seguro en donde podré desafiar todo comentario. Pero podrian llegar á decirselo á tu madre y proporcionarte algun disgusto.

—No tengas miedo, dijo él oprimiendo la mano que le sujetaba por el brazo. Mi cuarto tiene una entrada independiente, y la gente de la casa nunca pone luz en las escaleras. No encontraremos á nadie.

Latiéndole con rapidez el corazon, la llevó á través de las ya desiertas calles, viéndose á menudo obligados á pararse y á apoyarse el uno contra el otro cuando soplabá una fuerte bocanada de helado viento. Una de las veces que se volvieron de espaldas á la tormenta y que él la estrechó contra su pecho, se inclinó un poco y precipitadamente imprimió un beso por encima del velo. Ella no hizo resistencia, y lo único que dijo fué:

—Creo que ya la ráfaga ha pasado; podemos seguir andando.

Y ya no volvieron á hablar una palabra hasta que llegaron á la casa.

La empinada escalera estaba á oscuras, como él había previsto, y no encontraron á nadie cuando la subieron de puntillas él delante y llevándola de la mano para que no tropezara en algun escalon. Lo único que oyeron fué voces de niños al otro lado de una puerta y vieron por el agujero de la llave del piso superior una luz que acusaba la presencia de un árbol de Navidad.

Cerró él cuidadosamente la puerta y la hizo entrar la pri-

mera en el oscuro cuartito, alumbrado tan solo por el fuego de la estufa y el reflejo de la nieve. Después echó el cerrojo á las dos puertas.

—La cocina está aquí al lado, dijo, pero nadie hay en ella ahora. No necesitamos hablar quedo. Pero la patrona acaso venga para preguntar si me hace falta alguna cosa.

Nada respondió: se había colocado en una silla al lado de la ventana y miraba la nieve de la calle.

Encendió él una lamparita de estudiante con su pantalla verde y reparó en una caja que había sobre la mesa.

—Mira, dijo, este es el regalo de Navidad de mi casa; ponámoslo en aquel rincón por ahora. ¿No te quitas todos esos abrigos para sentarte aquí en el sofá? Aquí hace mucho calor para tener puestas las pieles.

—Voy á marcharme en seguida, contestó. Aunque no; tienes razón, la estufa tiene mucho fuego.

Y empezó á quitarse la polonesa, el sombrero de piel y los guantes, por supuesto ayudando Sebastian á todas estas operaciones.

—¿Y ahora desempaquetaremos eso, verdad? dijo ella echándose atrás el cabello con un sacudimiento de cabeza. Tengo muchas ganas de saber lo que hay en la caja.

—Yo no tengo ninguna prisa, replicó él riéndose. Justamente acabo de desempaquetar algo que es para mí de muchísimo más precio.

—Debia daros vergüenza, respondió ella tomando de repente un tono más frío (nótese que le había estado tuteando). No mereceis que la gente ande reflexionando el medio de agradaros. Yo, si una madre *me* hubiera enviado una caja de Pascuas desde lejos..... dádmela, yo iré quitando las cuerdas.

Y empezó apresuradamente á cortar la cubierta con un pequeño cortaplumas mientras que él la miraba con emoción difícilmente reprimida, siguiendo hasta el más pequeño movimiento de aquellas esquisitas manos.

—Lotka, dijo él, si estuviéramos los dos juntos en América y esta caja hubiera cruzado los mares.

Movió ella la cabeza.

—En ese caso no vendria caja alguna.

—¿Y por qué no, Lotka? Si mi madre te conociera como yo te conozco, ¿supones tú que te acusaría de circunstancias sobre las cuales ningún poder tienes? Naturalmente mi madre tiene sus preocupaciones, como todas las buenas madres. Pero yo sé que me ama por encima de todas sus preocupaciones.

La muchacha suspendió su tarea de desempaquetar, y con la navajita empezó á hacer dibujos en la tapa de la caja.

—¿Llamais á eso una preocupacion? dijo sin mirarle. ¿Os atreveriais á comer una manzana que hubieseis encontrado entre el barro y la porquería de la calle? Aunque la lavarais bien una porcion de veces, no podriais desechar la repugnancia. ¿Quién sabe el pié que la habia pisado? ¿quién sabe si el lodo habria atravesado ya la corteza, aunque tuviera sano el corazon todavía? No, no, no. De una vez para siempre: las cosas no están muy bien que digamos, pero es preciso no ponerlas aún peor.

Echó él el brazo sobre sus hombros, más bien como un hermano que como un apasionado amante.

—Lotka, imposible que esto siga así. No puedes malgastar tu vida en lamentaciones que de nada sirven, y..... (aquí se detuvo por no encontrar palabras para expresar sus pensamientos sin temor de causarle alguna mortificacion).

—En lamentaciones, repitió ella mirándole con firmeza y dolorosamente. ¡Oh! no. ¿Quién piensa en ello? Ya os he dicho que podeis estar completamente tranquilo respecto á mi porvenir. Lo tengo asegurado. No estoy tan abandonada como parece, contando con que mi valor no me abandone; mi valor y mi disgusto. ¿Y por qué ha de ser preciso que todo el mundo se case? Si yo quisiera podria hacerlo, y muy pronto por cierto. Se han hecho cuantos esfuerzos son imaginables para hacerme enamorar, y he tenido donde elegir entre muy apetecibles galanteadores, ricos, jóvenes y hermosos, algunos de los cuales deseaban muy de veras casarse conmigo con todas las de la ley, en una iglesia en regla y por un sacerdote en regla y revestido de todos los ornamentos. Solamente habia una dificultad.

—¿Y cuál era? preguntó él con ansiedad.

—Innecesario es mencionarla. Pero no: voy á decíroslo de plano, para que en ningun caso llegueis á juzgarme torcidamente. ¿Sabeis lo que me ha hecho concebir horror hácia todos los hombres, siendo vos, quizás, la única excepcion? Voy á decíroslo..... al oido. Es porque ignoraba la posicion que ántes de fijarse en la hija hubieran tenido los que me pretendian respecto á mi madre.

Se echó á correr apresuradamente avergonzada y se puso á mirar por la ventana.

Al cabo de un rato volvió á sentir al rededor de su talle el brazo de Sebastian.

—¡Cuánto debeis de haber sufrido en este mundo, querida de mi corazon! decia él con voz amortiguada que casi no salia de los lábios.

Con calma, pero con intencion, hizo ella con la cabeza un significativo ademan.

—Más aún de lo que es posible suponer que pudiera sobrellevar una criatura tan jóven sin perder la vida. Hará unos siete años, cuando por primera vez pude darme cuenta exacta de todo, todavía pensaba que me seria dado cambiar mi destino. No quise permanecer ni un dia más en la casa. Salí de ella y me puse á servir. Corté mi hermoso y largo cabello para impedir la admiracion de la gente, y los vestidos más feos fueron bastante buenos para mí, porque creia que solo ellos podian volver á darme respetabilidad. De qué poco me sirvió, tú lo sabes. Despues, cuando fuí traída bajo partida de registro, me llevaron á la casa de *aquella* que *naturalmente* tenia un derecho sobre mí. Tuve que aguantarlo. Era impotente contra la ley. Pero desde luego declaré que pondria fin á mis dias si no me dejaban en paz. Y así he estado cerca de un año en mi propia habitacion, encerrándome con llave y cerrojo cuando oia á alguien aproximarse á mi cuarto. Pero, sin embargo, como algunas veces me veia obligada á respirar el aire puro, me vió la gente y *ella misma* (no quisiera tener que hablar una palabra de *ella*) pretendiendo amarme muchísimo... ayer precisamente... sin duda como aguinaldo, me envió una carta; adivinad de quién.

—¿Cómo puedo adivinarlo?

—Teneis razon. No hay mortal que sea capaz de sospecharlo siquiera. ¿Os acordais de aquel hombre con quien disputasteis en defensa mia?

—¡Lotka! gritó él fuera de sí. ¡Es posible!

Contestó con la cabeza que sí.

—Era una carta muy afectuosa, en la que se me ofrecian las cosas más preciosas. Trascendia el papel á Patchouly; desde entónces siento esas náuseas, esa repugnancia que solamente se ha disipado al encontrarnos. Pero solo con pensar en estas cosas ¡qué asco! ya las siento otra vez.

Se limpió los lábios, repitiéndose en ella aquel extraño estremecimiento. El la cogió las manos, que estaban tiasas y húmedas.

De repente movió la cabeza, como si quisiera con la sacudida libertarse de algun pensamiento importuno.

—¿Pero no íbamos á desempaquetar eso? Lindos temas de conversacion estos para una Noche-Buena. Vamos á nuestra caja, reparad que digo á *nuestra* caja. Me habeis hechizado con aquel sueño de América.

—Lo hemos de convertir en una realidad, exclamó él impetuosamente. Ya te recordaré algun dia nuestra primera Noche-Buena, y te verás obligada entónces á confesar que soy yo más animoso y mejor profeta que tú.

Ninguna respuesta dió, pero cortó la última ligadura y abrió la caja. Aparecieron á la vista una porcion de regalillos, un par de guantes de lana que habia tejido para él su hermana mayor, una cadena para el reloj del pelo rubio de la más pequeña, y pendiente de la cadena una llavecita muy linda de oro; y además pan de higo hecho en su casa y una gran botella lacrada y sellada.

—¿Teneis viñas? preguntó ella en son de burla.

El se rió á pesar de su estado de tristeza.

—Es vino de dos hojas, y las uvas crecen en nuestro jardinillo. Cuando niño lo creia yo el mejor de los vinos, y desde entónces mi buena madre cree siempre que con nada puede darme más gusto que enviándome en todas las Noche-Buenas y en todos los dias de mi cumpleaños una muestra al ménos del de la cosecha del año anterior.

—Y á tí te sabrá mejor que el más rico vino del Rhin, dijo sériamente ella. Si así no fuera, serias indigno de tu madre. Mira, aquí hay cartas.

—¿Quieres verlas por encima para saber lo que dicen? Yo estoy demasiado distraido. No me enteraria aunque las leyera.

Se habia sentado ella en el sofá con las cartas sobre la falda: una despues de otra las leyó todas con la mayor atencion, como si contuvieran cosas maravillosas y sublimes, aunque solo habia en ellas las frases de las hermanas; chanzonetas y excusas por el poco valor de los regalos: y en las líneas escritas por la madre se transparentaba, al mismo tiempo que el orgullo de tener un hijo tan aplicado, la pena de verse imposibilitada de abrazarle en aquella época del año y el temor ansioso de que no fueran los muchos quehaceres los que le tuvieran preso, sino más bien aquel humor insociable y melancólico que le hacia ser tan lacónico en las cartas.

—¿Todavía las estás leyendo? preguntó él por último. Son gente sencilla y cuando escriben no queda siempre en el papel lo que en ellas es mejor é inapreciable. ¡Dios mio! ¿tú estás llorando, Lotka?

Dejó ella en la caja las cartas, se levantó precipitadamente y enjugó las lágrimas que todavía manaban de sus largas pestañas.

—Voy á marcharme, dijo débilmente. Estaré mejor al aire libre.

—¿Marcharte ahora? ¿y á dónde? El temporal te arrastraria por esas calles. Quédate aquí por esta noche, y si quieres, la cocina está aquí al lado, para mí bastará un par de sillas, y además no pienso dormir ciertamente.

Meneó la cabeza y miró al suelo. Repentinamente alzó los ojos y le miró de lleno con una expresion que hizo latir furiosamente su corazon.

—No puede ser, dijo ella. Pero la verdad es que el temporal que está soplando me derribará y que no sé ni á dónde voy á ir; ¿no es hoy Noche-Buena? y la última que hemos de pasar juntos. Tengo por precision que darte algo, porque los regalos que hice á los chiquillos no me proporcionaron un placer realmente, ¿y por qué no he de pensar tambien un poco

en *mí misma*, al ménos en un dia tan solemne como este? ¿No tengo razon, Sebastian?

Hasta entónces jamás le habia llamado por su nombre.

—¿Que quieres darme algo? preguntó él con estupefaccion é incertidumbre.

—La única cosa que todavía me queda: yo misma, dijo ella con agonizante voz y enlazando los brazos alrededor de su cuello.

Cuando él despertó al dia siguiente todavía no habia luz; se incorporó en la cama todavía dudando de si todo aquello habia sucedido ó si habia sido el más maravilloso de los sueños. El cuarto estaba vacío; ni huella quedaba de la visita de la noche. Se levantó y recorrió á tientas su salita, la llamó dulcemente por su nombre, pensando que tal vez se habia escurrido á la cocina y volveria pronto. Pero todo estaba en silencio. Se apoderó de él un intenso frio, y dando diente con diente se metió en la cama, y allí sobre las almohadas trató de poner en órden sus pensamientos.

Al poco tiempo brotó en él un terrible temor. Ardíale la frente á pesar del helado aire, se vistió de cualquier modo y apresuradamente y encendió una luz. Los regalos de Navidad de su familia todavía estaban en la mesa y de improviso distinguió entre las cartas de su madre y hermanas una cuartilla escrita con lápiz. Las letras estaban mal hechas y los renglones torcidos, como si se hubieran escrito á oscuras.

Decian lo siguiente:

«Adios, amado mio, mi *único* amigo. ¡Me aflige mucho tener que apesadumbrarte, tener que dejarte así! No hay más remedio. No querrias nunca permitirme ir donde indispensablemente es forzoso que vaya para no hacernos á los dos desgraciados. Te agradezco tu verdadero amor; pero no bastaria toda la dulzura de tu alma para borrar la amargura de la mia. ¡Duerme bien, adios! Te doy un beso más mientras duermes. No sé si podrás leer estos renglones. No te aflijas; cree que ya nada malo me pasará cuando los leas. Tu amante hasta en la muerte.»

La criada, que tenía la costumbre de venir á estas horas á encender la chimenea, oyó un horroroso grito en el cuarto inmediato y aterrorizada abrió la puerta. Allí vió al jóven tendido en el sofá como postrado por pesado golpe. Cuando le llamó por su nombre, movióse con ademán que significaba que no tenía para qué entrometerse en cosas que no la importaban y en seguida se agachó para recoger el papel que se le había caído de las manos.

—¿Qué hora es? preguntó.

—Acaban de dar las seis.

—Dame el gaban y el baston. Iré... Y con pasos vacilantes se dirigió á la puerta.

—¿Os vais á ir con este frio sin nada en la cabeza? Todas las tiendas están cerradas, no hay un alma todavía en las calles; ¿no sabeis que es dia de fiesta?

—*Di-a-de-fi-es-ta*, dijo él repitiendo una por una las sílabas como si quisiera esprimir la esencia de su significado. Dame...

—¿La gorra? Aquí está. ¿No quereis ántes tomar una taza de café? El agua estará pronto hirviendo.

Nada más contestó, sino que salió pisando ruidosamente y dando traspiés por la oscura escalera. La nieve crugía en la calle á su paso y de su barba pendían goterones de hielo. Por ninguna parte se veía aún alma viviente; los centinelas en sus garitas parecían hombres de nieve sin articulaciones. Al pasar el puente vió que la superficie del rio se había helado aquella noche. Siguió su curso con la vista una gran distancia, como si sus ojos se hubieran clavado en un témpano de hielo buscando algo. Despues se metió por las calles adyacentes completamente á la ventura, como el sonámbulo que anda dormido. No podia de ningun modo tener esperanzas de encontrar lo que buscaba, por más reflexiones que hacia ni por mucho que recapacitaba. Pero la fiebre de una incommensurable agonía le impulsaba sin darle lugar á reposo hasta que agotara completamente sus fuerzas.

Dos horas ó más llevaria ya de vagar de un lado á otro; el aspecto de las calles empezaba á revivir cuando llegó á la puerta de Postdam. Allí vió un cochecillo, procedente al parecer del parque, que paraba junto á la casilla. El guarda sa-

lió envuelto en sus pieles y ofreciendo un polvo de rapé á un agente de la policía que iba sentado con el cochero en el pescante, preguntó riéndose maliciosamente:

—¿Hay algo de pago?—señalando á las cerradas ventanillas del coche.

—Nada que tenga que pagar derechos, fué la respuesta. Tengo que entregar mi contrabando á la autoridad competente. Es en verdad una hermosa mercancía que se ha entrado á sí misma por alto, mejor dicho, se ha salido por alto de este mundo. Salí esta mañana á hacer mi primera ronda muy léjos, allá por la isla de Luisa, y ví á una señora bien vestida sentada en un banco y con la cabeza caída como si estuviera durmiendo. «Hermosa criatura,» grité yo, «buscad algun lugar más caliente que este para dormir, porque el tiempo está horriblemente frio.» Pero no se despertaba. Tenia todavía en la mano un frasco que olia á hojas de laurel. A la fuerza se lo ha bebido todo, y despues insensiblemente se ha quedado dormida para siempre. Buenos dias. Voy á darme prisa para entregarla.

El cochero hizo crugir su látigo, y en el mismo momento de empezar á andar oyó otra vez la voz del guarda.

—Pára, pára, gritaba. Toma este otro pasajero: un caballero que ha mirado por la ventanilla del coche, y ¡pum! se ha caido redondo sobre la nieve. Bájate, camarada, es muy jóven y debe tener nervios muy débiles, pues así cae desplomado en un segundo á la vista de una muerta. ¿Qué te parece si lo metiéramos ahí al lado del cadáver? No parece que haya gran diferencia del uno al otro.

—No, respondió el de policía; eso es contrario á las ordenanzas. Los muertos y los vivos no pueden estar encerrados juntos. Espera, le entraremos ahí en la casilla. Si le frotas la cabeza con nieve y le das algo fuerte que oler, volverá en sí dentro de cinco minutos. Yo estoy hecho á casos parecidos.

Condujeron al desmayado á la casilla, y entónces emprendió de nuevo el coche la marcha. Pero no se cumplieron los pronósticos del agente. Cinco semanas en lugar de cinco minutos tardó Sebastian en volver al uso de su conciencia.

Ya se había derretido la última nieve cuando el desgraciado empezó á poder arrastrarse un poco, apoyado en el baston.

En este estado se fué á casa de sus padres, los cuales jamás supieron el extraño infortunio que había acabado con su juventud y proyectado una sombra en toda su virilidad, para jamás disiparse. Cuando murió, á la edad de treinta y cinco años, no dejó viuda ni descendencia.

PAUL HEYSE.

UNA MIRADA

Hace ya mucho tiempo;
tú eras muy niña,
y al mirarme en tus ojos
más los abrias.
Así la gente
decía de nosotros:
¡cuánto se quieren!

—
Pasando iban los años;
yo te miraba,
y al mirarme en tus ojos
los entornabas.
Así decía
de nosotros la gente:
¡cómo se miran!

—
Y hoy que si nos miramos
nos miran otros,
cuando ruborizada
bajas los ojos,
dicen, ¡si oyeras!
de mí ¡qué enamorado!
de tí ¡qué buena!

CONRADO SOLSONA.

ORÍGEN Y DESARROLLO DEL HOMBRE



Los habitantes de Darlington presenciaron recientemente una gran fiesta conmemorativa del primer ferro-carril abierto al tráfico general en 1825. No han celebrado ninguna los antropólogos, y bien pudieron haberlo hecho supuesto que su ciencia vino al mundo hace poco más de medio siglo. En la última edición de la *Encyclopedia Britannica* apenas tenia un nombre; en la presente, ocupa treinta interesantes páginas sin ser más que ligero bosquejo de su grandioso alcance.

Cuando al principio del siglo actual empezaron los hombres á estudiar con interés los monumentos é historias escritas de las naciones orientales, y encontraron noticias que hacian retroceder la historia á dias anteriores á los de Noé y Adan, el niño que iba á la escuela se sonreia con desprecio desde las alturas de su conocimiento superior de las fábulas de estos paganos que tan á oscuras estaban, y trataba los ciclos de Egipto, las noticias astronómicas de China y Caldea, y los *Yugas* de la India, como invenciones de un sacerdocio fanfante y artero, ansioso de encarecer de esta manera las glorias de su historia nacional.

Sin embargo, los descubrimientos de la ciencia moderna en geología, astronomía y etnología llegan hasta probar que las tradiciones de estos antiguos pueblos, aunque recibidas por trasmision y revestidas por la alegoría oriental y la hipóbole poética, no están lejos de la verdad. Sirva de ejemplo la casi universal tradicion del origen áqueo de la tierra elevándose lentamente sobre el Océano.

Sirvan, tambien, los vastos ciclos de Egipto, en los cuales las estrellas volvian á su sitio tras un círculo de cambio

constante, solamente para moverse de nuevo en su incansable marcha; ó las tradiciones de Babilonia respecto á las monstruosas formas creadas en un principio, de las cuales nacieron las que ahora vemos, y observaremos cuán íntimamente estas tres tradiciones, sostenidas por los pueblos más civilizados del mundo antiguo, corresponden con los descubrimientos de geólogos, astrónomos y etnólogos en nuestros mismos días, siendo la diferencia entre estos y aquellas que mientras para los antiguos estas cosas eran asuntos de creencia fundados en tradición vaga, para nosotros son producto de deducciones laboriosamente encontradas y basadas en sólidos fundamentos.

Los científicos del día son arquitectos prudentes y conocen la necesidad de que los cimientos sean firmes para que la construcción sea duradera; de aquí que muchas piedras, en apariencia resistentes, hayan sido desechadas por solo una grieta y reemplazadas por otras más firmes y sustanciales, hasta que el edificio empieza á presentarse en todas sus hermosas y macizas proporciones á prueba de todo ataque. Los primeros geólogos, cuando al principio empezaron á apercibirse, por hechos que no podían ser negados, de que la historia primitiva de la tierra revelada por la ciencia no estaba exactamente de acuerdo con la enseñada por los teólogos, quedaron excesivamente perplejos.

¿Sería posible que cuanto ellos veían hubiese sido formado en seis mil años? Aquí encontraban antiguas madres de río que ya hacía mucho tiempo que eran tierra seca; allí un arroyo se había labrado canal de muchos piés de profundidad á través de roca viva; allá había bancos de conchas de mar y de guijarros; acullá, debajo del Océano, millas consecutivas de bosques sumergidos. Al principio, estos hechos curiosos fueron explicados como resultados de una série de poderosos cataclismos, que se suponía habían hecho pedazos las rocas, levantado montañas y sepultado grandes comarcas debajo de las olas; pero poco á poco empezó á comprenderse que esta teoría era insostenible; que aunque en algunos casos podía atribuirse el fenómeno observado á repentinas catástrofes, en otros, y eran estos los más numerosos, las huellas de cambios gradua-

les eran evidentes y no se podían explicar los hechos por ninguna otra hipótesis. Y así por grados llegó á reconocerse por todos que debía ser abandonada la supuesta fecha de la creación, ó que á ser esta cierta, habían existido muchas creaciones, de las cuales era la del hombre la última.

En apoyo de esta teoría se presentaban al geólogo muchas formas extrañas y criaturas que aparentemente no tenían representantes en nuestra tierra presente; no obstante, pronto se echó de ver que si algunos de los tipos habían desaparecido, muchos quedaban aún en nuestros días solo ligeramente modificados, siendo evidentemente progenitores de especies vivas; y la ciencia anatómica principió á reconocer en esto también una progresión gradual, en vez de una extinción repentina seguida por una creación nueva, hasta que al fin fué visto y reconocido que no había solución de continuidad en la cadena: que desde el *Eozoon* hasta el magestuoso elefante, la corriente de la vida fluye interrumpida y sin obstáculos.

Una fortaleza sola parecía quedarles á los sostenedores de la antigua fé: el hombre ciertamente era una última y clara creación. La tierra podía en verdad haber estado preparándose para él por un número de edades; pero Adán fué indudablemente formado del polvo de la tierra, hombre perfecto, dotado con facultades muy por encima de la creación bruta, y enseñado por Dios para usar de estas facultades y subyugar con ellas al universo y elevarse por sí mismo al más alto grado de civilización, si ya desde el principio no estaba dotado de toda sabiduría. No puede hallarse rasgo de este sér altamente dotado en los tiempos geológicos; solamente en los depósitos más superficiales pueden descubrirse restos humanos y obras humanas, y ciertamente no existía el hombre en aquellas edades en que la tierra está llena de formas extrañas, groseras, muy diferentes de las de nuestros días. Esta posición por algún tiempo pareció inexpugnable; pero últimamente ha sido asaltada y ya se desmorona hasta en sus cimientos; porque las obras del hombre y, aunque no frecuentemente, sus restos también, han sido encontrados en posiciones y bajo circunstancias que no pueden ménos de convencer á quien sin prejuicios investigue, de que el hombre ha exis-

tido durante edades sin cuento: y aún cuando no debe haber sido contemporáneo de los saurios gigantes y de otros tipos fósiles ya extinguidos, cierto es que coexistió con enormes mamíferos que ya han desaparecido por completo. Más aún, las obras del hombre prehistórico, donde quiera que han sido encontradas, acusan invariablemente lo mismo: primero, un tipo muy inferior de humanidad, que se sirve de las armas más rudimentarias, bastos pedernales afilados en punta á fuerza de golpes con otros, y adelantando gradualmente en el uso de armas mejores y más artísticamente formadas, pulimentadas con cuidado y despues al conocimiento del oro, plata y cobre. Un poco más tarde estas armas de piedra, pulimentadas ó no, son sustituidas por otras de bronce; y mucho más tarde, estas á su vez son reemplazadas con las de hierro, y al venir estas últimas, aparece la historia y todo se esclarece. Estos son los hechos que las investigaciones modernas han *desenterrado*, y ellos han llevado á los naturalistas más allá todavía; porque al encontrar las huellas del hombre en el estado más inferior de salvajismo, les ha parecido ver solamente un paso entre él y el mono. Así Mr. Darwin afirma atrevidamente que el hombre desciende, no en verdad de una de las especies de monos existentes, sino de una criatura semejante al mono, cuyo tipo ha desaparecido; y que, por lo tanto, forma el último eslabon de la cadena de progreso en que la vida, originándose en nuestro globo de una manera indeterminada hasta ahora, ha continuado desenvolviéndose en nuevas formas, siempre avanzando en la escala del sér y culminando al presente en el hombre.

Consideremos tan sucintamente como sea posible: primero, qué bases hay para la creencia en la antigüedad del hombre, y segundo, hasta qué punto puede justificarse que Darwin y otros naturalistas le consideren como evolucion de otra forma inferior.

I.

Sir Charles Lyell, en su célebre obra sobre la antigüedad del hombre, trata el asunto con toda su habilidad de geólogo y naturalista, y han sido aceptadas como definitivas sus de-

ducciones por la gran generalidad de los escritores posteriores. Sin embargo, todos los testimonios acumulados por Lyell encuentran al hombre solamente en los comienzos de la última época geológica, que él denomina post-pleiocena ó pleistocena y designada por otros geólogos como cuaternaria: y más allá de esta hay épocas de incalculable extensión, en todas las cuales tierra y océano rebosaban vida, y algunas de cuyas formas pueden ser trazadas hasta el día, pero de la cual están ausentes el hombre y aún el cuadrumano.

Con todo, Sir Charles Lyell piensa que pueden encontrarse restos de hombre en el terreno plioceno, y exploradores más recientes en ese campo en que Lyell fué de avanzada creen ya haberlo conseguido. Sir John Lubbock dice: «Mr. Denoyers ha llamado la atención hácia algunas señales notadas por él en huesos encontrados en los yacimientos pliocenos superiores de S. Prest y cree que dichas señales fueron hechas por el hombre,» notando, especialmente, algunos cráneos de venado, «todos rotos de un modo particular, por un golpe violento dado en la base de los cuernos y entre ellos.» Mr. Steenstrup ha observado fracturas de esta clase en otros cráneos de rumiantes más modernos, y hoy mismo, algunas de las tribus del Norte tratan de igual modo los cráneos de los rumiadores.» «En el mismo sitio el abad Bourgeois, infatigable arqueólogo, ha descubierto más recientemente pedernales trabajados, incluyendo en estos lanzas, cuchillos, raspadores.» «En el *meeting* de la Sociedad italiana de Ciencias naturales, en Spezzia, el profesor G. Ramorino exhibió algunos huesos de terreno plioceno, que decia tener señales de «cuchillos» (1).

Sir John Lubbock, aunque rehacio, como todos los verdaderos investigadores científicos, para admitir testimonios que no estén minuciosamente comprobados, vá todavía más allá que Sir Charles Lyell, y cree que el hombre «debe de haber tenido representantes en tiempos miocenos;» pero añade: «No esperemos, sin embargo, encontrar las pruebas en Europa; los tipos más cercanos á nosotros en el reino animal se

(1) Pre-Historic Times, p. 411.

»encuentran en climas templados, casi tropicales, y á tales climas debemos acudir en demanda de las primeras huellas de »la raza humana.» Y, cosa extraña, á pesar del presumido origen tropical del hombre, las reliquias más antiguas de la raza humana descubiertas hasta ahora en Europa indican que la época pre-glacial, glacial ó inmediatamente post-glacial fué la de su primer aparición en este continente, es decir, en un período de frío extremo, aunque la existencia al mismo tiempo del reno, buey almizclado y otros animales que ahora habitan solamente las latitudes más septentrionales, con el elefante, el leon de caverna, la hiena de caverna, rinoceronte, hipopótamo, cuyos modernos representantes viven ahora únicamente en regiones tropicales ó semi-tropicales, han originado muchas opiniones contradictorias sobre el clima de Europa durante el período cuaternario.

Dejando fuera de nuestros cálculos la Edad de Bronce, con la cual comienza Sir John Lubbock su historia de los tiempos prehistóricos, pero que ciertamente bordea los históricos, volvamos á la Edad de Piedra, dividida por los arqueólogos en Neolítica y Paleolítica. En el primero de estos períodos, el último en tiempo, los objetos de piedra usados estaban cuidadosamente afilados y pulimentados; en el último, eran groseros y no pulimentados, estando sencilla aunque á menudo hábilmente formados al despedazar la piedra. No debe, sin embargo, imaginarse que pueda trazarse una línea rígida é invariable entre los dos tipos; frecuentemente se mezclan uno con otro por gradaciones casi imperceptibles; y está generalmente admitido que aún despues de mucho tiempo de ser ya el bronce manufacturado, los útiles de piedra estaban en uso y se conservaron mucho más tiempo todavía para propósitos ceremoniales; porque sabido es que en Egipto, hasta el último período, se empleaba un cuchillo de afilada piedra para hacer la primera incision en el cadáver para embalsamarlo; y está ya reconocido por los anticuarios, que en un período en que el metal era escaso todavía, la piedra que por el contrario era abundante, y que siempre se encontraba á mano, era usada para muchos usos, y que los objetos así empleados serian, probablemente, toscos pedazos de piedra y no utensi-

lios acabados, cuya perfeccion hubiera ocupado bastante tiempo; de aquí la anomalía aparente observada en muchas turberas y túmulos, de armas rudas de piedra mezcladas con las de bronce. Pero á pesar de todas las aparentes contradicciones ofrecidas por hallazgos muy auténticos de utensilios de tipo paleolítico en uso simultáneo con los de bronce, puede sin riesgo asegurarse que hubo una edad en que el metal fué desconocido, cuando las armas más perfectas eran las de pulimentada piedra, además de las de hueso, madera y concha, y que anteriormente puede trazarse un período en el que los únicos útiles conocidos eran piedras rudimentariamente despedazadas y tal vez toscas mazas de raíces y ramas de árboles.

Al período neolítico ó de piedra pulimentada pertenece la mayor parte de las habitaciones lacustres ó palafitos de Suiza y los kiokenmodingos de Dinamarca. En las primeras se han encontrado, no solamente objetos de piedra, sino tambien molinos de grano y otros ejemplares de obras de barro ornamentado. Por los restos hallados entre el fango de los lagos, es sumamente fácil juzgar de la condicion de estos moradores del lago. No vivian enteramente de pescado, sino que cultivaban muchos cereales, de los cuales era uno el trigo egipcio. Se han encontrado muestras de su pan aparentemente sin levadura; pero algunas veces el trigo era tostado, rudamente molido y almacenado en grandes vasijas de barro para comerlo despues de ser humedecido, como todavía sucede en algunas partes de Alemania y Suiza. Tenian manzanas y peras, frambuesas y zarzamoras, avellanas y fabucos.

Los vestigios del hombre encontrados en Dinamarca nos indican un pueblo ménos adelantado en civilizacion que los moradores de los lagos suizos, en cuanto no parece que hayan tenido conocimiento de agricultura ni animal doméstico, si exceptúa el perro, que tambien les servia de alimento; pero debieron haber sido expertos pescadores marítimos, por los restos encontrados de peces de alta mar, y debieron, por lo tanto, haber tenido un conocimiento de navegacion; y verdaderamente han sido desenterradas canoas que probablemente podrian ser atribuidas á este primitivo pueblo; pero la única

medida real de su antigüedad consiste en la presencia en las turberas de animales que ya no habitan en el Norte de Europa, y de los cuales algunos, si no extinguidos, están á punto de extinguirse. El descubrimiento de animales cuyo alimento es el brote de los abetos, parece indicar que los habitantes de los kiokenmodingos vivieron en aquel tiempo remoto en que el país estaba cubierto con bosques de abeto escocés, cuyo árbol fué reemplazado durante la Edad de Bronce por el roble; este á su vez dejó el puesto al haya, que durante todo el período histórico ha continuado siendo el principal árbol forestal de Dinamarca. El espacio de tiempo necesario para estos cambios en la flora de la tierra y la formación de la turba es estimado en 4000 años por lo más corto; pero Sir Charles Lyell dice: «Nada hay en la cantidad observada del crecimiento de los turbales, que se oponga á la conclusión de que el número de siglos no pueda haber sido cuatro veces mayor, aún cuando los vestigios de la existencia del hombre no hayan sido todavía encontrados en la capa más inferior ó amorfa. En cuanto á los turbales de conchas corresponden en fecha á la porción más antigua de las noticias del terreno carbonífero, ó la más temprana parte de la Edad de Piedra conocida en Dinamarca» (1).

Midiendo por el mismo sistema, el de la sucesión de bosques, los antiguos restos de la raza humana en América, parecen dar una inmensa antigüedad á obras de varias clases, indudablemente humanas, de aquel gran continente. Estas consisten especialmente en grandes murallones de diferente uso y fecha, pero que atestiguan toda gran edad. Los utensilios encontrados en América se asemejan en forma á los de Europa, pero difieren en material, pues no aparecen remontarse hasta los tipos paleolíticos; pero son abundantes las señales de civilización antigua.

Aunque el hierro era desconocido, los metales estaban trabajados con suma habilidad y los trabajos de las antiguas minas de cobre son muy extensos, mientras que las huellas de agricultura, que se supone ser indígena, en los antiguos

(1) *Antiquity of Man*, pág. 17.

planteles y más recientes campos de trigo, son de lo más interesante.

Su cerámica también es excelente y altamente ornamentada. Bancroft dice de esta civilización: «No conocemos de
»cierto si es indígena ó exótica; y si lo primero, si atribuir su
»cuna al Norte ó al Sur, á una localidad ó á muchas; ó si lo
»último, si el contacto con el Viejo Mundo fué efectuado en
»uno ó muchos puntos, en una ocasión ó en épocas diver-
»sas, por la agencia de pueblos inmigrantes ó por el adveni-
»miento de civilizadores y maestros individuales. Sin em-
»bargo, la tendencia de la investigación moderna es probar
»la gran antigüedad de la civilización americana y del pueblo
»americano; y si fué derivado de origen extranjero, probable-
»mente fué en época muy remota, anterior á toda cultura del
»Viejo Mundo hoy existente» (1).

Volviendo al hemisferio oriental, encontramos tentativas hechas para medir la antigüedad del hombre en el sitio más antiguo de la civilización, Egipto, por las agregaciones de fango del Nilo al rededor de algunos monumentos de conocida fecha. En excavaciones hechas con este intento se han encontrado objetos de barro á una profundidad de 39 piés, que, de acuerdo con los cálculos de Mr. Horner, indicarian una antigüedad de 13.000 años. Otro fragmento de ladrillo fué encontrado 72 piés bajo la superficie, y debe, pues, según el modo de formarse estas acumulaciones, haber estado enterado por más de 30.000 años; pero Sir Charles Lyell indica que estos cálculos deben ser mirados con gran desconfianza, hasta que pueda averiguarse en qué fecha los antiguos parapetos que rodearon en otros tiempos los antiguos monumentos quedaron tan descuidados que permitieron que el río inundase el sitio del templo, obelisco ó estatua; y también es necesario saber si tales monumentos estuvieron en un principio hundidos en la tierra ó erigidos sobre plataformas (2). Pero dejando á un lado estas tentativas imperfectas de medir la antigüedad de la raza humana, hay otras fechas que, si igualmente vagas

(1) Bancroft's civilized Races of North América vol. II, pág. 85.

(2) Antiquity of Man. pág. 39.

en lo que se refiere á era definida, son con todo absolutamente incompatibles con teoría alguna de un origen relativamente moderno. El testimonio ofrecido por las cuevas de Bélgica, Francia y Gran Bretaña con tanta diligencia exploradas últimamente, tiende á dar una antigüedad hasta aquí no soñada al hombre como habitante de Europa. Las primeras tentativas de exploracion en caverna fueron hechas en 1828 en el Mediodía de Francia, por los Sres. Tournal y Christol, quienes al publicar los resultados de sus exploraciones expresaban la opinion de que los restos humanos que habian encontrado mezclados con los de animales extinguidos «no habian »sido ciertamente traídos por una catástrofe diluvial, sino que »debían haber sido introducidos gradualmente. La presencia »de la cerámica, sin embargo, arroja mucha duda sobre la »supuesta antigüedad de estos restos» (1). Anteriormente las cuevas habian sido saqueadas para usar los huesos en la medicina, y en 1821 el doctor Buckland exploró las cuevas de Kirkdale y publicó su «Reliquiæ Diluvianæ,» pero sin creer en la presencia del hombre en la cueva como contemporáneo de los animales extinguidos cuyas reliquias describió (2).

Con gran diligencia y esquisita investigacion ha visitado y descrito Mr. Pengelly la cueva de Kent en Inglaterra, para lo cual dióle un privilegio la Asociacion Británica, y tal vez lo mejor será copiar sus mismas palabras con respecto á la antigüedad de estos depósitos:

«Que los depósitos, con los procesos constructores y destructores descritos, no eran solamente distintos y sucesivos, »sino tambien términos muy prolongados en la cronología de »Caverna, se vé claramente al considerar los cambios que »indican: 1.º Durante el período de brecha (depósitos los »más bajos conocidos hasta ahora) existió algo capaz de trasportar de Lincombe ó Warberry Hill, ó de las dos partes, ó »de alguna distancia aún mayor, fragmentos de arena de un »rojo oscuro, variable en tamaño desde piezas de cuatro pul-

(1) Pre-Historic Times, pág. 303.

(2) Boyd Dawkins on Cave Hunting.

»gadas de diámetro á verdadera arenilla, y de acomodarla en
»la caverna. Ese algo desapareció tan por completo, que nada
»más fué trasportado, y el depósito que allí ya existía quedó
»cubierto con una capa espesa de estalagmitas, formadas
»por la solución con el agua acidulada de porciones de la
»piedra caliza, en cuyo seno está colocada la cueva. Con-
»cluido también este período, las estalagmitas fueron destrui-
»das por algún agente natural, cuyo exacto carácter es difícil
»averiguar, pero que realizó su obra, no por un solo esfuerzo,
»sino por muchos sucesivos, y gran parte al ménos de la bre-
»cha que la estalagmita cubría, fué desalojada y sacada de la
»caverna. Este período reexcavador tuvo su término de un
»modo semejante y se introdujo un segundo depósito; pero
»en vez de consistir en arena y piedra de rojo oscuro como
»en el primer caso, se componía de una arcilla de rojo claro,
»y en ella embebidos pequeños fragmentos de piedra caliza
»que, por sus angulosidades, no pudieron haber sido ro-
»dados, sino que fueron con toda probabilidad el deshecho de
»los muros y techo de la misma caverna; 2.º La paleontolo-
»gía de los dos depósitos es acaso aún más significativa que los
»cambios físicos y consecuente absorción de tiempo. Cuando
»se recuerda las costumbres de las hienas de guarecerse en ca-
»vernas, se verá que su completa ausencia de la fauna de la
»brecha, y su notable preponderancia en la de la tierra de
»cueva, hace eminentemente probable que no fué un habi-
»tante de Bretaña durante el período primitivo.

»Aceptar esto, no obstante, y parece no haber otro reme-
»dio, es aceptar la opinión de que entre las eras de la brecha
»y de la tierra de cueva había sido posible para la hiena lle-
»gar á este país, puesto que ya se la encuentra y en gran nú-
»mero. En otras palabras, en el período ursino de la caverna
»y de los hombres de la brecha, era este país una isla tal
»como hoy la vemos, á ménos, en verdad, que su época
»fuese anterior á esta insularidad, cuando también estaba
»ocupado por osos y leones, pero no por hienas; mientras
»que en el tiempo de sus descendientes ó sucesores el con-
»junto de la Europa Occidental se había elevado tanto,
»que el canal que ántes y después la separó del continente

»quedó seco, y Bretaña en una condicion continental» (1).

Por lo que antecede se verá que de acuerdo con las indicaciones señaladas por los contenidos de la caverna de Kent, Mr. Pengelly está dispuesto á señalar al hombre una antigüedad mayor que la que le atribuye Sir Charles Lyell, que escribió ántes del descubrimiento de los útiles de la brecha, y á colocarle entre las dos épocas glaciales, en un período en que esta isla formaba parte integrante del continente europeo. Es evidentísimo que los enormes mammouths, hallados en la cueva, en las arenas de los rios y en bosques sumergidos, nunca hubieran llegado allí si nuestra tierra hubiese sido siempre una isla como presentemente, ni tampoco el hombre primitivo, quien á juzgar por la rudeza de sus utensilios, no podia tener en aquel temprano período conocimiento alguno de la navegacion. Ahora bien; los geólogos marcan dos períodos continentales, en el primero de los cuales, los osos y los leones alcanzaron nuestras costas con el hombre en estado de completa barbárie, y este período corresponde con la brecha de la caverna de Kent y los restos del bosque sumergido de Cromer en la costa de Norfolk, y tambien se supone que representa una era preglacial. Así, pues, llegó un tiempo de sumersion, durante el cual la estalagmita cristalina se formó, la fauna no recibió adiciones nuevas y áun tal vez perecieron algunos tipos; despues llegó un segundo elevamiento y apareció la hiena, que celebró banquetes con los huesos del mammouth, alce, bisonte, etc., mientras que las obras del hombre se caracterizan por un adelanto en arte. Sus instrumentos de piedra son todavía rudos y no pulimentados, pero más pequeños y mejores que los de la brecha, y á su lado se encuentran los de hueso; las agujas encontradas sugieren el uso de vestidos, y un diente de tejon perforado muestra que ya habia empezado á estudiar el arte de adornar la persona. Este grado de progreso corresponde singularmente al hallado en las cuevas francesas, aunque hasta ahora no se han encontrado en Bretaña obras de arte semejantes á los

(1) Report of Transactions of Plymouth Institution, 1875, on "Flint Implements found in Kent's Cavern" by W. Pengelly. F. G. S.

dibujos descubiertos en las cuevas pertenecientes al período del reno en Dordogne.

Sir John Lubbock en su *Pre-Historic Times* dá un hábil resúmen de las diferentes opiniones defendidas por los sábios en cuanto al modo de verificarse estos grandes cambios geográficos, que causan las variaciones de temperatura que se pueden observar en varias partes de la superficie de la tierra en épocas remotas. Primero trata de las varias hipótesis de Mr. Hopkins para explicar los períodos glaciales, el cual los refiere ya á una variacion en la intensidad de la radiacion solar, ya á la posibilidad de que el sol, en su movimiento en el espacio, pueda haber pasado recientemente de una region más fria á otra de más calor: pero ámbas teorías son desechadas como insostenibles, porque está demostrado que la formacion de ventisqueros ó glaciares requiere una *alternacion de calor y frio*. Una tercera hipótesis sugiere la posibilidad de una alteracion en el eje de la tierra. Una cuarta supone la ausencia de la Corriente de Golfo, que se presume haria descender diez grados la temperatura de la Europa occidental, mientras que una corriente fria del Norte haria una diferencia mayor en dos ó tres grados; y Mr. Hopkins considera que esto no es una hipótesis, sino consecuencia necesaria de la sumersion de la América del Norte. Esto, sin embargo, como Sir John Lubbock hace ver, necesitaria tambien un inmenso tiempo, porque «si cuando los cascajos y *loess* del Somma y del Sena fueron depositados, la Corriente de Golfo pasaba por encima de lo que hoy es el valle del Mississippí, se deduce de aquí que la formacion del *loess* en aquel valle y su delta, acumulacion que Sir Charles Lyell ha demostrado necesitar un período de unos 100.000 años, seria subsiguiente á la excavacion del valle del Somme, y á la presencia del hombre en la Europa occidental» (1).

La teoría inmediata es la de Mr. Adhemar, quien refiere todos los cambios de temperatura á una acumulacion gradual de hielo al rededor de un polo, causada por la mayor duracion del invierno en ese hemisferio á consecuencia de la pre-

(1) *Pre-Historic Times*, p. 393.

cesion de los equinocios, hasta que al fin la acumulacion es suficiente para causar un cambio en el centro de gravedad de la tierra; y de aquí que lanzándose el mar alternativamente del N. al S. y del S. al N. cada 10.500 años, se siga un diluvio que forzosamente altere la disposicion de tierra y agua. Pero debemos juzgar esta teoría opuesta á las enseñanzas de la geología, que indican más bien cambios graduales que repentinos cataclismos. La última teoría dada es la de Mr. Croll, quien calculando la excentricidad de la órbita de la tierra por un millon de años ántes del 1800 de nuestra era, da dos ó tres períodos en que la órbita de la tierra se alargó tanto, tomando la forma de una elipse exagerada, en vez de ser como al presente casi circular, que fué causa de sensible diferencia en la temperatura. Segun los cálculos de Mr. Croll, hay dos períodos en los que esta excentricidad puede haber dado por resultado una época glacial, uno hace 200.000 años, el otro 800.000. Sir Charles Lyell se inclina á la última fecha como la del período glacial; pero Sir John Lubbock prefiere la primera como la más posible, porque «no parece probable »que la fauna presente de Europa haya continuado existiendo sin alteracion por un período tan largo como 800.000 años, y las *variaciones en la colocacion y distribucion de los animales acuáticos y terrestres* pudieran haber ocurrido en »ménos de 200.000 años bajo los grandes cambios de temperatura que se han verificado» (1). Viendo que los geólogos describen, al ménos, dos épocas glaciales, es posible que entrambos, Lyell y Lubbock, tengan razon, y que la teoría de Mr. Croll pueda ser la verdadera solucion de la dificultad que han encontrado hasta ahora los geólogos para dar cuenta de las alteraciones de calor y frio claramente marcadas en la historia pasada del mundo; confesamos, sin embargo, que la teoría que las atribuye á un cambio en el eje de la tierra es la que más raíces tiene en nuestra mente, y aparece ganar terreno en el mundo científico.

Con respecto á ella, observa Sir John Lubbock: «La posibilidad de tal cambio ha sido negada por muchos astróno-

(1) Pre-Historic Times, p. 403.

»mos. Mi padre, el difunto Sir J. W. Lubbock, por el con-
»trario, ha mantenido que seria necesaria consecuencia de
»las elevaciones y depresiones de la superficie terrestre, con
»solo que estas fueran de magnitud suficiente. La misma
»opinion ha sido recientemente apoyada por otros matemáti-
»cos. Esta sugestion, sin embargo, envuelve inmensos cam-
»bios geográficos, y hubiera, por lo tanto, requerido necesari-
»amente un enorme intervalo de tiempo» (1).

Pero, supuesto que «este enorme intervalo de tiempo» es necesario para otros cambios, no parece ser objecion insuperable á una teoría que ciertamente explica muchos hechos de los que no se puede dar cuenta de otro modo. Suponiendo que la tierra haya conservado su forma actual desde un período remoto, y que los polos hayan circulado gradualmente alrededor del mundo, es evidente que los lugares sobre los cuales hayan pasado los polos no sólo habrán experimentado un largo período glacial, sino tambien habrán estado más ó ménos sumergidos á consecuencia del aplana- miento de las regiones polares, y más ó ménos elevados cuando se aproximaban al Ecuador, con una variacion de clima correspondiente; y evidente tambien que resultaria una revolucion completa, necesariamente dos épocas glaciales tal vez de intensidad variable, segun la excentricidad de la ór- bita de la tierra al mismo tiempo. Varias observaciones recientes parecen confirmar la verdad de esta teoría.

Hace mucho tiempo que Humboldt notó la direccion hácia el N. O. de todas las cordilleras de montañas, y lo mismo ha observado el capitan Stokes en el hemisferio meridional. Linneo vió los cambios del nivel del mar y marcó sus intrusiones con una piedra que está ahora 340 piés más cerca del agua (2). En los ferro-carriles que corren en direccion del meridiano en América, se ha observado un serpenteo particular de los carriles hácia el S., siendo mayores siempre las ondulaciones del carril del O.; y por último, se han hecho observaciones en San Petersburgo que demuestran una dis-

(1) Pre-Historic Times. pág. 392.

(2) *British Lycemu*, Nov. 1870.

minucion de su latitud, y tambien en Greenwich, Washington, París, Milan, Roma, Nápoles y Koenisberg, que solamente pueden ser explicadas por un cambio en el eje de la tierra (1). Pero sea cualquiera la decision definitiva de los sábios con respecto á las causas de los cambios geográficos y climatéricos de la tierra, una cosa es cierta: que exigen dar vastísima extension á los límites asignados por los teólogos á la edad del mundo y del hombre. La edad y distribucion de la raza humana no puede explicarse sola, sino que debe verse á la luz de los cambios geográficos y geológicos y por la distribucion de otras formas animales. A pesar de todo, á despecho de todos los hechos que diariamente se acumulan para atestiguar la inmensa antigüedad del hombre, todavía se encuentran escritores que tal vez estén convencidos ellos mismos y tratan de persuadir á los demás, de que todos los testimonios de la geología, astronomía, antropología y arqueología no son más que mitos, sueños de hombres de ciencia llenos de entusiasmo. Así, aún en la última reunion de la Asociacion Británica, se levantó un caballero á negar el origen humano de los utensilios de pedernal encontrados en la caverna de Kent, y se ha publicado recientemente en Filadelfia un libro titulado «*Orígen reciente del hombre, como lo explican la geología y la ciencia moderna de arqueología prehistórica*» (2), en el cual, su autor Mr. Sout-hall trata de probar que el hombre «comenzó su carrera hace seis ú ocho mil años, en una condicion civilizada, en las templadas regiones del Este.» Es imposible entrar, dentro de los límites de este artículo, en los argumentos de Mr. Sout-hall, pero acaso volvamos á ellos más tarde en otro.

Baste por ahora decir, que dudando de los testimonios aducidos por hombres de ciencias, pasando por alto el crecimiento de depósitos tales como cascajos de rio y turbales de musgo, y haciendo que la edad de la fauna extinguida venga á estar casi dentro del período histórico, cree que ha esta-

(1) *Public Opinion*, Oct. 16, 1875.

(2) *The Recent Origin of Man, as illustrated by geology and the Modern Science of Pre-Historic archeology.*

blecido sus asertos. Naturalmente, sostiene la teoría de degradacion, y supone al hombre paleolítico de la Europa occidental descendiente de los pueblos civilizados del Oriente; pero deja de explicar entónces el hecho significativo de que los rudimentarios utensilios paleolíticos hayan sido encontrados en Egipto, India y Palestina lo mismo que en el Occidente de Europa. Ni explana cómo es que, en los mismos terrenos que por testimonio geológico y por los restos existentes de fauna y flora casi extintas se suponen razonablemente que son los más viejos de nuestro globo terráqueo presente, encontramos tambien al hombre en el estado más inferior de barbarie. Si el hombre tuvo su origen en el Asia central en un estado civilizado solamente seis ú ocho mil años há, ¿cómo, sin creer en creaciones sin número de diferentes especies de raza humana, nos explicaremos su distribucion sobre el mundo en varios grados de progreso, y en tantas variedades? Particularmente ¿cómo podemos imaginarle haber llegado á Australia en el estado en que fué primeramente hallado, sin canoas ni medios de trasporte, estando á tantos miles de millas del centro original de emigracion? Es evidente que esta posicion pudo únicamente ser alcanzada cuando la distribucion de agua y tierra era completamente distinta de la actual. Si, no obstante, en vez de considerar al hombre primitivo como un sér civilizado, que se esparce desde algun punto del Asia central, y que se va degradando gradualmente hasta el estado de la barbárie en diversas tierras remotas, seguimos la huella de los más modernos naturalistas y le suponemos en su origen un poco más alto que los brutos, nace la cuestion siguiente: la ligera barrera que le separa de los monos superiores ¿puede derribarse, y la teoría darwinista admitirse ó probarse en su totalidad?

E. G.

*(Westminster Review.)**(Se concluirá.)*

HISTORIA DEL DERECHO DE RECOGIDAS

Recientemente hemos consignado en el opúsculo titulado *Principios constituyentes*, que debe darse ménos importancia á multiplicar en la Constitucion las delaraciones de principios, que á poner fuera de duda y de litigio la posesion de pocos, pero sólidamente establecidos derechos, cuyo respeto y observancia conduzca á que se vayan formando las costumbres políticas, y como consecuencia indeclinable de ello, se afiance sobre indestructibles bases el régimen de la libertad.

En el mismo escrito deciamos, hablando de las vicisitudes por que ha pasado la imprenta periódica, que el sistema de la recogida preventiva tenia una historia demasiado curiosa para dejar de ser conocida, como pudiendo servir de ejemplo de la virtud y eficacia de las resistencias legales, cuando estas se apoyan en garantías que no puedan ser violadas impunemente.

La sencilla relacion de esta historia, además del interés que en sí misma ofrece, suministrará la inequívoca prueba de que la infraccion de las leyes se hace imposible, aún para los poderes más osados, cuando el derecho puede apoyarse en una tan poderosa garantía, cual lo es la de la libertad de imprenta, hallándose esta amparada contra los embates de la arbitrariedad.

En las dos primeras épocas del régimen constitucional, que abrazan de 1810 á 1814 y de 1820 á 1823, la novedad de la franquicia, el desbordamiento que generalmente acompaña el súbito trance del régimen de la censura al régimen de la libertad y lo defectuosas que naturalmente tenian que ser las primeras improvisadas disposiciones en materia de imprenta, produjeron, como no podia ménos de suceder, mayor núme-

ro de libelos, de difamaciones y de calumnias, que de publicaciones serias y encaminadas á ilustrar la opinion. El partido que por aquellos años fué designado con el apodo de *servil*, abusó sin tasa de la imprenta, y no fueron menores en 1820 y años siguientes las demasías á que se entregaron los agentes secretos de Fernando VII por un lado y el liberismo exagerado por otro, resultando de todo ello que la opinion desapasionada y sensata se impresionase ménos de los beneficios de la libertad de imprenta que de los abusos á que se habia dejado arrastrar.

La reaccion absolutista de 1824 cortó por lo sano, prohibiendo todos los periódicos, menos la *Gaceta oficial* del gobierno. Al inaugurarse la tercera época constitucional, las meticulosidades que acompañaron al régimen del Estatuto Real, no se atrevieron á sustraer los periódicos á la censura previa, y durante todo aquel período solo existió una tolerancia de imprenta bastante más indulgente sin embargo que aquella de que en la actualidad goza la prensa.

La proclamacion en 1836 del Código de 1812 cambió en sentido enteramente opuesto el ejercicio de la libertad de escribir, y los prudentes legisladores que votaron la Constitucion de 1837, antes de separarse decretaron una legislacion de imprenta, la que, aunque sumamente amplia y amparada por el jurado, dictó precauciones suficientes para impedir que las publicaciones anárquicas y subversivas pudiesen circular libremente desde el momento de su aparicion hasta aquel en que el tribunal que dicha ley establecia llegase á condenarlas. Era una de sus disposiciones, como más adelante lo expondremos, la de prescribir que el primer número de toda publicacion debiese ser entregado á la autoridad civil y al fiscal de imprenta para que si en juicio de estos los impresos fuesen susceptibles de comprometer el orden público, pudiese su circulacion ser detenida, ínterin el tribunal competente pronunciase la absolucion ó la culpabilidad.

El régimen de aquella ley estuvo en observancia desde su promulgacion en Octubre de 1837 hasta el dia 5 de Junio de 1839 en que apareció en la *Gaceta de Madrid* una real orden concebida en los términos siguientes:

«S. M. la reina gobernadora, oído el unánime dictámen de su Consejo de ministros, y conformándose con él, se ha servido mandar se observen las disposiciones siguientes:

1.^a Los jefes políticos cuidarán, bajo la más estrecha y rigurosa responsabilidad, de que se cumpla exactamente por los editores, impresores y demás personas á quienes corresponda, cuanto está prescrito en las leyes de imprenta, vigilando muy particularmente sobre su puntual observancia.

2.^a Los mismos jefes políticos cuidarán, sobre todo, de que los editores de periódicos, los impresores de hojas sueltas y demás personas responsables presenten dos horas ántes de la distribucion á los suscritores ó venta de cada número, un ejemplar para que la autoridad pueda prevenir, dentro de los límites legales, el daño que causaria su publicacion.

3.^a Tan luego como se presente dicho ejemplar, el jefe político lo examinará por sí, ó lo hará examinar por una ó más personas ilustradas y de su mayor confianza; y si se hallaren artículos capaces de comprometer la tranquilidad pública, que ataquen la religion ú ofendan la moral, las costumbres ó el pudor, usará sin pérdida de tiempo del derecho que le dá el art. 14 de la ley de 17 de Octubre de 1837, suspendiendo inmediatamente su circulacion y tomando las medidas más eficaces para que no corran hasta ser calificados por el jurado.

4.^a Se procederá inmediatamente, y sin levantar mano, á rectificar las listas de jueces de hecho, cuidándose de que se incluyan en ellas todos los ciudadanos que tengan las calidades que requiere la ley para serlo, y solamente estos; y los jefes políticos tomarán las medidas que juzguen oportunas para que esta operacion se verifique con toda urgencia, escrupulosidad y exactitud.

5.^a Los promotores fiscales asistirán á los sorteos del jurado que haya de conocer de los escritos que hubieren denunciado; á cuyo efecto los jefes políticos les comunicarán el aviso que con la necesaria anticipacion les den los alcaldes del sitio, dia y hora en que aquellos actos hayan de verificarse, con arreglo á lo prevenido en la real órden de 23 de Agosto del año próximo pasado; y bajo la misma responsabilidad respectiva cumplirán con todos los deberes de su severo é imparcial encargo.

6.^a Los jueces de primera instancia tomarán las necesarias precauciones, impartiendo en su caso el auxilio de las demás autoridades, para que no se turbe el órden en los juicios públicos, á fin de que el jurado no se vea coartado en el ejercicio de sus funciones, y se asegure la libertad del juicio.

7.^a Se prohíbe publicar por las calles la venta de hojas sueltas y periódicos; y á los que contravengan á esta disposicion se les multará, ó arrestará y encausará con arreglo á las leyes.

8.^a Los jefes políticos cuidarán, finalmente, de emplear todos los medios que estén á su alcance para el puntual cumplimiento de estas disposiciones, haciendo que por bandos de buen gobierno se publiquen y lleguen á noticia de todos los ciudadanos.

De real órden lo comunico á Vd. para su inteligencia y puntual cumplimiento. Dios guarde á Vd. muchos años. Madrid 5 de Junio de 1839.—Carramolino.—Sr.....»

No necesitaba de comentarios el decreto que precede para poner de manifiesto que el intento del gobierno era el de alterar la ley hecha en Córtes suspendiendo la circulacion de los periódicos durante el tiempo que se reservaba para ejercer su criterio sobre el carácter de las publicaciones, criterio que en las nuevas condiciones impuestas por el decreto operaria sin responsabilidad por parte del gobierno, toda vez que no habiendo circulado los impresos, la opinion ni la conciencia pública podian apreciar los fundamentos de la suspension que á virtud de su privado juicio dispusiese la autoridad.

Los periódicos de la capital se conmovieron en vista de una novedad de tanta trascendencia, juzgáronse con sobrado motivo amenazados, tanto más, cuanto que no era para nadie un misterio que por aquellos tiempos existia la más estrecha intimidad entre el gabinete presidido por el Sr. Perez de Castro y el cuartel general del ejército del Norte, al que con razon ó sin ella se atribuia inteligencias con la córte dirigidas á algo parecido á un golpe de Estado. Los directores de los periódicos de Madrid conferenciaron y acordaron tener una reunion en la que se resolviese acerca de la conducta que deberian observar en presencia del decreto que los sujetaba á disposiciones no autorizadas por la ley.

Verificóse, en efecto, la proyectada reunion, en la que los periódicos, cuyo acuerdo vamos á transcribir, se hallaron representados: *El Eco del Comercio*, por su director el señor D. Angel Iznardi; *El Correo Nacional*, por el secretario de su redaccion D. Luis José Sartorius; *El Castellano*, por su

propietario D. Aniceto de Alvaro; *Fray Gerundio*, por don Modesto Lafuente; *El Guirigay*, por D. Luis Gonzalez Brabo, y *El Constitucional*, por uno de sus redactores, cuyo nombre ha escapado á nuestra memoria. La discusion fué ámplia y animada. Hubo en ella diversidad de pareceres sobre la conveniencia de dejar de cumplir al pié de la letra lo que disponia el decreto, así como sobre los riesgos que de no hacerlo correrian las empresas; pero el Sr. Sartorius manifestó que llevaba instrucciones terminantes del director de *El Correo Nacional* para protestar contra el ilegal precepto de las dos horas de tiempo que el gobierno pretendia reservarse ántes de permitir la circulacion de los números. Añadió el encargado de transmitir á la reunion lo que tenia deliberadamente resuelto el director del periódico representado por el Sr. Sartorius, que *El Correo Nacional* en ningun caso ni de ninguna manera cumpliria el precepto de suspender su reparticion durante las dos horas que prescribia el decreto, no obstante que sumiso á las disposiciones de la ley vigente, obedeceria el mandato de la autoridad, si despues de entregado el primer número del periódico á la fiscalía, fuese significado á la empresa que suspendiese la circulacion. Lo terminante de esta declaracion por parte del director de *El Correo Nacional*, cuya autoridad moral era grande en aquella época por la sencilla razon de que ejerciendo una grande influencia no la empleaba para su medro personal, puso fin á las vacilaciones y á las dudas, y por unanimidad quedó acordado que los periódicos allí congregados publicarian en cabeza de sus respectivos números la siguiente declaracion:

«Los redactores de los periódicos *El Eco del Comercio*, *El Correo Nacional*, *El Castellano*, *Fray Gerundio*, *El Guirigay* y *El Constitucional*, que son los que hasta ahora han podido entenderse, han visto con sorpresa lo prevenido en la circular de 5 del que rige, inserta en la *Gaceta* de ayer, porque en varias de sus disposiciones, y especialmente en los artículos 2.º y 3.º, se infringe lo mandado en los 13 y 14 de la ley de 17 de Octubre de 1837.

»Sin faltar al respeto debido al gobierno, su deber como escritores públicos es el de atenerse estrictamente á lo que la

ley vigente dispone, cumpliendo la circular en todo lo que no se opone á aquella.»

En la mañana del 7 de Junio de 1839 y á continuacion del texto de la presente declaracion, *El Correo Nacional* trajo el siguiente artículo:

«La *Gaceta* de ayer publica, bajo la modesta forma de circular, un decreto de la mayor importancia, puesto que por él se intenta suplir á la insuficiencia ó al silencio de la ley.

»Este decreto tiene por objeto aparente poner en vigor las disposiciones vigentes acerca de la publicacion de los periódicos; por objeto real, imponer una censura disfrazada y tomar el pulso á la opinion para propasarse, segun todas las apariencias, á mayores tentativas.

»Lamentamos como el que más los excesos de la imprenta; reconocemos lo defectuoso de la ley, y muchas veces hemos recomendado la importancia de constituir una prensa moral y responsable que ofreciese á la sociedad abundantes garantías contra los deplorables abusos que en épocas de agitacion suele hacerse de la facultad de escribir.

»Las consideraciones á que sobre este punto se extiende el preámbulo de la circular, prueban ante todo la *imprevision del ministerio*, que este ha desconocido las necesidades del país y del gobierno, que no ha sabido atemperarse á la legalidad existente. ¿Es acaso ahora cuando se han echado de ver los defectos de la legislacion de imprenta? Si tan urgente era remediar los males que el preámbulo enumera, ¿por qué no presentó el ministerio un proyecto de ley á las Córtes antes de suspenderlas? Entónces hubiera sido legal y conveniente ocuparse de robustecer la accion de la autoridad contra los presumibles excesos de escritores imprudentes ó mal intencionados. Pero *innovar* en las actuales circunstancias, comentar y suplir la ley de imprenta cuando acaban de ser disueltas las Córtes y se va á proceder á elecciones generales, cuando se teme con sobrado fundamento que el gobierno aspira á hacerse superior á las leyes, es dar la razon á los que hace tiempo señalan la tendencia del actual gabinete.

»Muy persuadidos estamos de que bajo las instituciones que nos rigen, se necesitan, más que bajo otro régimen de gobier-

no, garantías efectivas y medios eficaces para contener la acción desorganizadora de las malas doctrinas. Pero esta necesidad no es de hoy; el gobierno ha podido conocerla antes y remediar á ella por medios constitucionales.

»¿Qué es lo que se propone el ministerio con la circular fecha de ayer? Poner en pleno ejercicio las disposiciones de la ley de las Córtes constituyentes, fecha 17 de Octubre de 1837 en la que se apoya la circular?

»Esta ley establece:

»En su art. 13: «Que la expedicion de cualquier periódico se empezará necesariamente, y bajo la multa de 500 rs., por entregar un ejemplar al jefe político, y si no le hubiese, al alcalde primero nombrado, y otro al promotor fiscal. Estos dos ejemplares serán corregidos y firmados por el editor responsable.»

«Art. 14. Si el gobierno, los jefes políticos, ó los alcaldes primeros nombrados, donde no residen aquellos, tuviesen fundado motivo para *considerar que se pone en peligro la tranquilidad pública con la circulacion de algun escrito*, podrán suspenderla y asegurar en depósito los ejemplares existentes; pero en tal caso el escrito *deberá ser denunciado dentro de las doce horas, y calificado por el jurado de acusacion antes de las cuarenta y ocho*. Trascurridos estos términos, ó declarado que no há lugar á la formacion de causa, queda alzada por el mismo hecho la suspension, y se devolverán los ejemplares depositados; quedando tambien salvo el derecho de los interesados para reclamar contra el abuso de autoridad si la hubiese habido.»

»Esto dispone la ley vigente, esto y nada más.

»Poner en vigor las disposiciones mencionadas respecto á los periódicos que han llenado las formalidades prescritas, que tienen constituido un depósito y un editor responsable, es lo más á que podia aspirarse en el círculo de la legalidad, aunque pudiera disputarse si el art. 14 de dicha ley *comprende á los periódicos, ó solo habla con los impresos sueltos que salen sin fiador y sin fianza*.

»A esta interpretacion se hubiera prestado el público sensato, y nosotros por nuestra parte, en vista de los deplorables

escándalos que lamentábamos hace dos días, no hubiéramos combatido una medida reducida á detener en la forma que previene el citado art. 14, la circulacion de los escritos denunciados al jurado.

»Pero la cláusula de que *dos horas* antes de su publicacion se remitan los periódicos al gobierno político para que éste decida si há lugar á detenerlos ó no, es una pretension de todo punto ilegal, un verdadero conato de censura.

»El país desea y nosotros solicitamos que se ponga coto á los escándalos y difamaciones que por medio de la prensa cometen algunos escritores; á la manera de los que haciendo un uso punible de armas confiadas para la defensa del Estado, las convirtieran en daño y detrimento de la sociedad.

»Pero, bajo pretexto de poner trabas á los difamadores y á los díscolos, coartar los legítimos derechos de la prensa responsable, de la prensa moral, de los escritores que defienden el trono, la libertad, la religion, las instituciones, es una empresa en la que los que la intenten podrán muy bien equivocarse si creen que la opinion ha de ser favorable á sus miras, y que verá con indiferencia que á sus órganos legítimos y acreditados se los pretende confundir con los libelistas, y privar á la opinion de sus guías bajo pretexto de libertarla de sus tíranos.

»Difícil, amarga, quizás expuesta es la situacion en que se coloca á los escritores que por conviccion y principios defienden la causa de la nacion.

»Templanza y fortaleza se requieren para no faltar á lo que el interés del órden público exige, sin olvidar lo que debemos al país y á la causa de la libertad.

»No daremos nosotros el ejemplo de las demasías; pero si la ley se viola en nosotros, en su nombre usaremos de todos los derechos que ella nos concede.

»No será la primera vez que la fuerza prepotente y engreida ha cedido ante el poder indefenso de la conciencia y de la razon.

»De la lucha no somos árbitros, porque no hemos sido los provocadores. De la victoria no respondemos, porque á la opinion de nuestros conciudadanos, más que á nuestros esfuerzos, toca alcanzarla.

»De una sola cosa estamos seguros. De cumplir con nuestro deber sin desmerecer el aprecio de nuestros amigos ni del país.—ANDRÉS BORREGO.»

Este artículo, cuya publicación parecería, si en la actualidad hubiese sido hecha, como un acto de pura pedantería, como la impotente manifestación de la vanidad ofendida, bastó, sin embargo, merced á las garantías en que descansaba la libertad bajo el régimen de la Constitución de 1837, para contener al ministerio en el mal camino que emprendía, pues fué tal el efecto que en la opinión produjo la mesurada, pero enérgica actitud de *El Correo Nacional*, tan explícitas las manifestaciones en apoyo de la prensa por parte de las autoridades populares y de la Milicia Nacional, que los aspirantes á dictadores, aunque amparados en la simpatía del cuartel general, no se atrevieron á hacer cumplir el art. 2.º del real decreto que hemos transcrito, y el intento de sujetar los periódicos á suspender su libre circulación durante dos horas, quedó en proyecto y fué letra muerta durante los años de 1839, 40, 41, 42, 43 y 44, pues aunque en este último el gabinete presidido por D. Luis Gonzalez Brabo legisló ámpliamente por real decreto, en materia de imprenta se abstuvo de prescribir la entrega obligatoria á la autoridad del primer número de los periódicos dos horas antes de su circulación.

Escapó, pues, la prensa entónces mediante á la actitud resuelta y digna que observó ante la circular del Sr. Carramolino á la amenaza de las recogidas preventivas, sistema que no se intentó restablecer á pesar de las severidades de que fué objeto la prensa en 1845, cuando por un simple decreto del primer gabinete del general Narvaez se abolió el jurado y se desterraba en calesa al Sr. D. Fernando Corradi. Dos años más duró la inmunidad de que gozó la imprenta en punto á aplicarle la codiciada medida de establecer la censura prévia, bajo pretexto de la suspensión durante dos horas de la circulación de los periódicos, hasta que un memorable suceso, que marca época en nuestra historia, hizo revivir el contenido conato y preparó el *desideratum* de privar á la imprenta de la plenitud del derecho consignado en la Constitución.

Sabido es que uno de los más codiciados, tal vez el primordial objeto de la reforma de la Constitución de 1837, lo fué el de sustraer el matrimonio de la reina á la prévia sancion de las Córtes, reemplazando, como lo fué, en la Constitución de 1845, aquella disposicion por la de dar simplemente cuenta á las Córtes.

La opinion se preocupó grandemente de cómo se efectuaría el régio enlace; la mayoría del Congreso, aunque acérrimamente conservadora, mostró veleidades de independenciam con ocasion de la candidatura matrimonial del conde de Trápani, eventualidad que la prensa, que todavía gozaba de libertad, batió en brecha hasta el punto de hacer completamente imposible su realizacion; y eliminada que fué aquella candidatura, la opinion se fijó en desechar las conocidas aspiraciones del gabinete francés, á que la reina no se casase sino con un príncipe aceptable para el rey Luis Felipe.

Hubo disidencias muy sérias entre la córte de España y la de Francia sobre la eleccion de marido de la reina, disidencias que al fin se transigieron estipulándose que doña Isabel se casaría con su primo el infante D. Francisco de Asís, y la infanta doña María Luisa Fernanda, presunta heredera entonces de la reina, con S. A. el señor duque de Montpensier.

La oposicion que este último enlace suscitó de parte de los progresistas por un lado, y por otro de los conservadores que se hallaban separados del gabinete, no se fundaba seguramente en consideraciones ofensivas para el príncipe francés y su augusta familia; pero era demasiado grave la completa ignorancia con que la córte y los negociadores de las bodas reales abordaron la negociacion relativa al matrimonio de la infanta con un hijo del rey de los franceses, ignorancia que consistia en haber desconocido los impedimentos legales que esta boda encontraba, y que debia haber sido cuidado del ministerio remover antes de poner en conocimiento del público el hecho consumado, descuido y falta que la oposicion, cumpliendo con su deber, no pudo ménos de utilizar con tanto más fundamento, cuanto que tenia á la mano pruebas auténticas á la vez que irrecusables de la torpeza con que los

negociadores de la boda régia condujeron asunto tan importante.

La *Gaceta de Madrid* del día 30 de Agosto de 1848 anunciaba al público la celebracion de los contratos matrimoniales, y al siguiente día 31 el periódico *El Español* se expresaba en los términos siguientes:

«IMPEDIMENTO CONSTITUCIONAL

AL PROYECTADO ENLACE DE LA INFANTA HEREDERA CON UN HIJO
DEL REY DE LOS FRANCESES.

»Más arriba hemos apuntado que la estipulacion obtenida por el embajador de Francia destinando la mano de la infanta para el duque de Montpensier, era una mera ilusion, un deseo estéril de los negociadores de la doble boda.

»En efecto, solo habiendo perdido de vista las más importantes estipulaciones del derecho público europeo y nuestro derecho pátrio, han podido obcecarse los que hace tanto tiempo acarician la idea de reservar la mano de la sucesora á la corona de España para un príncipe de la casa de Orleans, hasta el punto de habérseles ocultado los insuperables obstáculos que se oponen á la realizacion de este matrimonio.

»No hablaremos de la resistencia que la combinacion de casar la infanta con el señor duque de Montpensier pueda encontrar en la opinion de los españoles; no hablaremos de cómo recibirá la Europa, y los gabinetes del Norte en particular, la idea de que el rey de los franceses, no solo ha influido poderosamente en la eleccion de esposo de la reina Isabel, sino que coloque á un hijo suyo en la grada inmediata al sólio; no hablaremos de lo que hará la Inglaterra, que segun tenemos entendido, ha rehusado apoyar la candidatura de un príncipe Coburgo por no tener que conceder á la Francia la del duque de Montpensier.

»De nada de esto nos haremos cargo. Solo hemos querido hablar del impedimento legal que existe para proponer á las Córtes el matrimonio de la infanta con el príncipe francés.

»Aquí debemos callar nosotros para dejar hablar las leyes del reino.

»En los archivos de la secretaría de Estado se halla el original del tratado celebrado en Utrech en 13 de Julio de 1713, entre cuyos comprobantes y anexos han podido y debido ver los señores ministros y el señor conde de Bressou, embajador del rey de los franceses, el documento núm. 5, cuyo tenor, en la parte que hace referencia al asunto que nos ocupa, es el siguiente:

«RENUNCIA DEL SEÑOR DUQUE DE ORLEANS Á LA SUCESION
DE LA CORONA DE ESPAÑA.

»Felipe, nieto de la casa de Francia, duque de Orleans, Valois, Ehatres y Nemours. A todos los reyes, príncipes, repúblicas, potentados, comunidades y á todas las demás personas, así presentes como venideras, hacemos saber por las presentes que, habiendo sido el temor de la union de las dos coronas de Francia y España el principal motivo de la presente guerra, y habiendo las demás potencias de Europa recelado siempre que estas dos coronas recayesen en unas mismas sienes, han ajustado por cimientó de la paz que al presente se trata y que se espera establecer más y más para el reposo de tantos Estados que se han sacrificado como otras tantas víctimas, para oponerse al peligro de que se creyeron amenazados, que era necesario establecer una especie de igualdad y de equilibrio entre los príncipes que se hallaban en disputa y separar para siempre de un modo irrevocable los derechos que pretenden tener y que defendian con las armas en las manos con una efusion de sangre recíproca.

»Con la mira, pues, de establecer esta igualdad, la reina de la Gran Bretaña ha propuesto, y sobre sus instancias ha quedado convenido por el rey, nuestro muy respetado señor y tío y por el rey católico, nuestro muy caro sobrino, que para evitar en cualquier tiempo la union de las coronas de Francia y España, hagan recíprocas renunciaciones, á saber: el rey católico Felipe V, nuestro sobrino, por sí y por todos sus descendientes á la sucesion de la corona de Francia, como así mismo el duque de Berry, nuestro muy caro sobrino, y nos, por nosotros y por todos nuestros descendientes á la corona de España, con condicion tambien que la casa de Austria ni ninguno de sus descendientes, no podrán suceder á la corona de España; porque esta casa, aun sin la union del imperio, seria formidable si añadiese una potencia nueva á sus antiguos dominios; y por consecuencia cesaria aquel equilibrio que para el bien de los príncipes y Estados de la Europa

se quiere establecer; además de ser cierto que sin este equilibrio los Estados sienten el peso de su propia grandeza, ó que la envidia empeña á sus vecinos á hacer alianzas para invadirlos y reducirlos á tal punto, que estas grandes potencias inspiren ménos temor y no puedan aspirar á la monarquía universal.

»Para llegar al fin que se proponen y mediante haber hecho su magestad católica por su parte su renuncia el dia 5 del presente mes, consentimos que en defecto de Felipe V, nuestro sobrino, y de sus descendientes, pase la corona de España á la casa del duque de Saboya, cuyos derechos son claros y conocidos, por cuanto descende de la infanta Catalina, hija de Felipe II, que es llamado por los demás reyes sus sucesores; de suerte que su derecho á la sucesion de España es incontestable.

»Y deseando por nuestra parte concurrir al glorioso fin que se propone de restablecer la tranquilidad pública y evitar los recelos que podrian causar los derechos de nuestro nacimiento, y todos los demás que podrian pertenecernos, hemos resuelto hacer este desistimiento, abdicacion y renuncia de todos nuestro derechos por nos y en nombre de todos nuestros sucesores y descendientes.

»Y para cumplimiento de esta resolucion que hemos tomado de nuestra pura, libre y espontánea voluntad, *declaramos y tenemos desde ahora á nos y á nuestros hijos y descendientes por escludos é inhábiles absolutamente y para siempre y sin limitacion ni distincion de personas, de grados y de sexo, de toda accion y todo derecho á la sucesion de la corona de España: queremos y consentimos por nos y por nuestros descendientes que desde ahora y para siempre se nos tenga á nos y á los nuestros por escludos, inhábiles é incapaces en cualquiera gráo en que nos hallemos, y de cualquier modo que la sucesion pueda tocar á nuestra línea, y á todas las demás, sea de la casa de Francia ó de la de Austria, y de todos los descendientes de la una ó de la otra casa; quienes (como queda dicho y sentado) deben tenerse tambien por separados y escludos; y que por esta razon la sucesion de dicha corona de España se repute devuelta y trasferida á aquel á quien la herencia de dicha corona deba ser traspasada en tal caso y en cualquier tiempo: de suerte que le tengamos y reputemos por legítimo y verdadero sucesor, porque ni nos ni nuestros descendientes, no debemos ser ya considerados como quien tiene fundamento alguno de representacion activa ó pasiva, ó quien forma una continuacion de línea efectiva ó contentiva de sustancia, sangre ó calidad, ni deducir derecho de nuestra des-*

endencia, ó descontar los grados de la reina Ana de Austria, nuestra respetada señora y abuela, ni de los gloriosos reyes sus ascendientes. Al contrario, ratificamos la renuncia que la dicha señora reina Ana ha hecho, y todas las cláusulas que los reyes Felipe III y Felipe IV insertaron en sus testamentos.

»Igualmente renunciamos á todo aquel derecho que puede pertenecer á nos y á nuestros descendientes, en virtud de la declaracion hecha en Madrid en 29 de Octubre de 1703 por Felipe V rey de España, y nuestro sobrino; y de cualquier derecho que pueda tocarnos, por nos y por nuestros descendientes, nos desistimos, y renunciamos á él por nos y por ellos. Prometemos y nos obligamos por nos y nuestros hijos y descendientes presentes y venideros, emplearnos con todo nuestro poder á hacer observar y cumplir las presentes, sin permitir y sufrir el que directa ni indirectamente se contravenga á ellas en todo ó en parte; y nos desistimos de todos los medios ordinarios y extraordinarios que de derecho común ó por cualquier privilegio especial pudieren pertenecernos á nos y á nuestros hijos y descendientes: á los cuales medios renunciamos absolutamente, en particular al de la evidente, enorme y enormísima lesion que se puede hallar en la renuncia á sucesion de la dicha corona de España, y queremos que ninguno de los dichos medios nos sirvan, ni puedan valerlos; y que si debajo de este pretesto ú de otro cualquier color quisiésemos apoderarnos del dicho reino de España por fuerza de armas, la guerra que hiciéremos ó moviéremos se tenga por injusta, ilícita, é indebidamente emprendida; y que al contrario, las que nos hiciese aquel que en virtud á esta renuncia tuviere derecho á suceder á la corona de España, se tenga por permitida y justa; y que todos los súbditos y pueblos de España le reconozcan, y obedezcan, y defiendan, y hagan y presten homenaje y juramento de fidelidad como á su rey y legítimo señor.

»Y para mayor firmeza y seguridad de todo lo que decimos y prometemos por nos, y en nombre de nuestros sucesores y descendientes, juramos solemnemente sobre los Santos Evangelios contenidos en este misal, en el cual ponemos la mano derecha, que lo guardaremos, mantendremos y cumpliremos en todo y por todo, y que no pediremos nunca relajacion, y si alguna persona la pidiere, ó nos fuere concedido motu proprio, no nos serviremos ni prevaldremos de ella; antes bien, en caso que se nos concediese, hacemos juramento de que el presente subsistirá y permanecerá siempre, no obstante cualesquier dispensaciones que se nos puedan conceder.

» Tambien juramos y prometemos no haber hecho, ni haremos, en público ó secreto, protesta ni reclamacion alguna contraria que pueda impedir lo contenido en las presentes ó disminuir su fuerza; y que si las hacemos, no obstante cualquier juramento de que se hallen acompañadas, no podrán tener fuerza ni vigor, ni producir efecto alguno.

» Y para mayor seguridad, hemos otorgado y otorgamos el presente acto de renuncia, abdicacion y desistimiento, ante los infrascritos Antonio Lemoine y Alejandro Lefevre, consejeros del rey, notarios guardanotas y guardasellos en el Chatelet de París.

» En nuestro real palacio de París, año de 1712, en 10 de Noviembre, antes del medio dia. Y para hacer publicar y registrar las presentes en todas aquellas partes donde conviniere, hemos constituido por nuestro procurador al portador de éstas, y las hemos firmado, cuya minuta pára en poder del dicho notario Lefevre.—FELIPE DE ORLEANS.—LEMOINE.—LEFEVRE.»

» Parécenos que á nadie podria caber duda, despues de haber leído este documento, que constituye parte de un tratado internacional, y que, como tal, compone parte integrante de nuestra legislacion, que los descendientes de la casa de Orleans se hallan por ley del reino *excluidos* é inhábiles, absolutamente y para siempre, y sin limitacion ni exclusion de personas, de grados y de sexo, de toda accion y de todo derecho á la sucesion de la corona de España, de cualquier modo que la sucesion pueda venir á tocar á los príncipes ó princesas de esta *ilustre casa*.

» Las estipulaciones de este tratado, vigente y en todo su vigor, bastarian, pues, de por sí solas para que las Córtes por su parte y los gabinetes extranjeros por la suya, hagan valer el derecho que les asiste para oponerse al matrimonio de un príncipe de Orleans con la heredera de la corona de España. En realidad la exclusion se halla, no solo en la letra del tratado, sino en su espíritu.

» Felipe V, al establecer la ley Sálica, renunció á sus derechos á la corona de Francia, y por su parte el duque de Berry y los demás príncipes nietos de Luis XIV, renunciaron á los que podian invocar á la sucesion de Felipe V. Pero quedaba la rama de Orleans, que aunque no inmediata sucesora

á la corona de Francia, podia, en virtud de la ley Sállica, ser llamada al trono de España.

»Esto fué precisamente lo que quiso impedir España y Europa, y para ello se exigió una renuncia formal, tan amplia y tan absoluta como la que acabamos de leer, del jefe de la casa de Orleans, abuelo del actual rey de los franceses.

»Claro es que, siguiendo el espíritu del tratado y para conservar el equilibrio europeo, que éste tuvo por objeto preservar y garantizar, si la ley Sállica se hubiera considerado como existente en tiempo de Felipe V, si las hembras hubieran sido llamadas á reinar, la exclusion se extenderia tambien á la eventualidad de contraer matrimonio un príncipe de Orleans con una princesa española; pues no otro sentido podria entonces darse á las palabras del tratado, en el que, hablando de sus sucesores, el jefe de la rama de Orleans los declara *inhábiles, absolutamente y para siempre, y sin limitacion ni exclusion de personas, de grados ni de sexo, á ejercer toda accion y á reclamar ningun derecho á la corona de España*. Pero no queremos que el tratado, que es ley del reino, signifique tanto. No queremos que diga que un príncipe de Orleans no pueda casarse con una princesa llamada á suceder á la corona de España.

»El tratado dice, sin embargo, y sobre esto no cabe duda ni interpretacion ni sofistería, que todos los descendientes de la casa de Orleans se hallan excluidos para *siempre* de la sucesion á la corona de España.

»Esto dice el tratado; lo demás lo dice la *Constitucion de la monarquía*.

«El párrafo 3.º del art. 47 de la reformada en 1845 dispone terminantemente que:

«Ni el rey ni el inmediato sucesor pueden contraer matrimonio con persona que por ley esté excluida de la sucesion á la corona.

»Ahora bien; estando por tratados internacionales, que no solo son leyes del reino, sino estipulaciones de derecho público europeo, *excluidos* de la sucesion á la corona de España los descendientes de la casa *de Orleans*, las Córtes no podrian autorizar el matrimonio de la infanta con el duque de Mont-

pensier sin violar abiertamente la Constitucion del Estado.

»Esto no lo consentiria el país, y la Europa tiene además un interés directo, una obligacion de oponerse á ello.»

Nada iguala al asombro con que fué recibida por el público la manifestacion que precede, que tan en claro ponía la indiscrecion del gobierno, su ignorancia de un impedimento legal tan palpable como el que resultaba del párrafo 3.º del art. 47 de la Constitucion y al que daba ineludible aplicacion la pragmática sancion de Felipe V. No cabe duda de que el artículo de la Constitucion se redactó con el exclusivo objeto de inhabilitar á la descendencia del pretendiente D. Carlos de poder aspirar á la mano de ninguna de las dos hijas de Fernando VII; pero habia otros príncipes excluidos de la sucesion á la corona de España, lo cual por no haberlo conocido ó salvado los negociadores, pusieron á los adversarios de su política en el caso de probar que eran infractores de la Constitucion y las leyes del reino.

La confusion de que cubria á los ministros la revelacion hecha por el periódico *El Español* y la profunda impresion que en la opinion produjo el reto lanzado al gobierno y á la córte por un simple periodista escudado en el uso de su derecho, llevó el desconcierto á las regiones oficiales, en las que no sabiéndose qué partido tomar, se recurrió al de desenterrar el ya olvidado decreto de 5 de Julio de 1839, prescribiéndose al señor gobernador de la provincia pusiese en vigor el artículo del referido decreto que hacia obligatorio á las empresas entregar á la autoridad ejemplares de los periódicos dos horas antes de serles lícito ponerlos en circulacion.

A consecuencia de esta severa medida encontróse por segunda vez el director de *El Español* en idéntica situacion á la en que siete años antes se habia encontrado como director de *El Correo Nacional*, cuando por primera vez se intentó establecer la prévia censura. Habia, sin embargo, una diferencia notable entre ámbas situaciones. En 1839, la prensa, escudada por las instituciones entónces vigentes, poseía una fuerza moral superior á la que podia oponerle el débil gabinete de Perez de Castro. En 1846, el principio de autoridad, enérgicamente restablecido por Narvaez y sus sucesores, abo-

lido el jurado y en medio del engrimiento de que participaban los hombres adictos á la situacion y esperanzados en recoger ámplia cosecha de ascensos y de honores, haciéndose los cortesanos de las bodas régias, eran seguramente circunstancias que hacian no solo muy difícil, sino hasta peligroso dejar de acatar el mandato de la autoridad.

Inspirado sin embargo por la conciencia de los altos deberes que en 1839 lo dispusieron á negar su obediencia á disposiciones contrarias á la ley, el director de *El Español* conformó su conducta á la que en circunstancias análogas habia observado *El Correo Nacional*, con la diferencia á que la prudencia obligaba ante un gobierno que revivia el intento de saltar por cima de las leyes, evitando hacer pública ostentacion de su negativa al precepto de suspender durante dos horas la circulacion de los números impresos.

Nada dijo *El Español* acerca de su propósito de no dar cumplimiento á lo mandado; pero de hecho prescindió en un todo de su observancia, limitándose á cuidar muy escrupulosamente de que los primeros ejemplares fuesen presentados á la autoridad, pero sin detener por ello un solo momento la distribucion de los números en cuanto salian de prensa.

Como la polémica en aquellos dias era ardiente y la oposicion que el periódico hacia, aunque puramente de principio, no era una oposicion al *agua de rosa*, no tardó la autoridad en apercibirse de que *El Español* eludia el cumplimiento de su mandato. Pero el digno gobernador que lo era de la capital en aquella época, el Sr. D. Simon de Rodas, no abusó cual podia haberlo hecho de los medios de represion á su alcance y se contentó con imponer al periódico una multa de 2.000 rs. por cada uno de los dias en que circuló sin aguardar la vénia de la autoridad. Memorable y digna de ser consignada fué la lucha sostenida entre la moderacion del dignísimo gobernador y la perseverante firmeza del publicista en no sacrificar su derecho. Diez y seis multas de á 2.000 rs. pagó *El Español* sin murmurar y sin hacer alarde del costoso sacrificio que se le imponia.

Terminada que fué la polémica ardiente á consecuencia de la consumacion de los enlaces régios, el Sr. D. Simon de Ro-

das, espontáneamente y sin que mediase la menor instancia directa ni indirecta, llamó al director de *El Español* y le hizo generosamente entrega de los 32.000 rs. importe de las multas que habia satisfecho.

Despues de aquella crisis por que pasó la prensa, y aunque no se derogó la órden de entregar los primeros números impresos de los periódicos á la autoridad dos horas antes de que pudiesen circular, hubo mucha lenidad en hacer cumplir el precepto, y todavía pudo verse la prensa libre de la prévia censura que envuelve la recogida preventiva, hasta que en 1848, y al abrigo de las medidas extraordinarias y de la dictadura legal ejercida por el gabinete Narvaez á consecuencia de las medidas extraordinarias otorgádole por las Córtes, quedó consumada la esclavitud de la imprenta, la que no volvió á respirar hasta que el movimiento de 1854 y el bienio de los progresistas puso tregua á la situacion de completa dependencia de la autoridad en que se han visto colocados los periódicos á partir de la citada época de 1848; dependencia y sujecion que no tuvo otra excepcion que la de la templanza con que la union liberal aplicó los rigores de la ley Nocedal, y la de los períodos de desenfreno y de licencia que rebajaron y envilecieron la imprenta, durante el fugaz reinado de D. Amadeo, y el del predominio del cantonalismo republicano.

La minuciosa pero fiel historia que acabamos de relatar de las vicisitudes por que pasó desde su aparicion hasta su definitivo establecimiento, el conato de sujetar la prensa periódica á la censura prévia, abolida por todas las Constituciones que nos han regido desde 1837 hasta la época actual, demuestra palpablemente la victoriosa resistencia que durante nueve años se opuso á la pretension del gobierno dirigida á convertir en el ejercicio de la censura prévia, la inofensiva precaucion que la ley de 1837 autorizaba al gobierno á tomar, á efecto de proceder despues de publicados contra los escritos susceptibles de alterar el órden público.

Aquella resistencia, para la cual bastó emplear medios pacíficos y completamente legales, dá una incontestable autoridad á la doctrina por nosotros asentada de que la posesion

de pocos pero claros y definidos derechos, es mucho más provechosa para el afianzamiento de la libertad que puede serlo la multiplicación de las declaraciones de principios de que tanto han abundado las diversas Constituciones que nos han regido de 40 años á esta parte.

Modesto y poco ruidoso ha sido el trabajo empleado á costo de perseverantes sacrificios, por el que el 7 de Junio de 1839 tomó la iniciativa de negarse al cumplimiento del real decreto fecha 5 del citado mes y año; pero si algun dia han de verse arraigadas en España las costumbres de la libertad, tendrán que serlo por medios análogos á los que dieron por resultado paralizar por espacio de nueve años la tentativa, desgraciadamente realizada, de menoscabar esencialmente el sacrosanto principio de la libertad del pensamiento.

ANDRÉS BORREGO.

EL ARTE.

Era el Eden: la creacion naciente,
Aislados tipos del Autor Divino;
Y el arte reservaba su destino
En la forma inicial de la serpiente.

Era la rosa al márgen de la fuente...
Mujer, desnuda en su fatal camino,
La vió al mirarse el rostro peregrino
En claro espejo de agua trasparente.

Entónces fué la femenil flaqueza;
Primera envidia donde al arte cupo
Enmendar la infantil naturaleza.

Eva la flor en el cabello supo
Prenderse, y fué de la ideal belleza,
La mujer y la rosa el primer grupo.

A. ROS DE OLANO.

LA HISTORIA DEL MATERIALISMO (1)

El hombre ha deseado largo tiempo conocer la verdad; en sus grandiosos sueños ha creído concebir lo absoluto y pensar lo infinito. Defraudado su orgullo; convencido de su nada, no busca ya en las cosas más que lo verosímil y lo relativo. La historia de esos ardores juveniles, de esas desesperanzas y de esta resignación del entendimiento humano, es la historia toda de la filosofía. Todas las vistas del hombre sobre el universo han sido necesarias y, por consecuencia, legítimas, porque corresponden á estados definidos de conciencia y porque nada existe de más, así en la vida intelectual de la especie, como en la del individuo. En la lucha de las ideas por la existencia, las teorías de nuestra época no han podido presentarse y vencer en la universal contienda sino despues de la ruina y destrucción de las antiguas. Lo que cae y se descompone por el progreso natural del tiempo está legítimamente condenado, y no volverá á renacer sino bajo formas eternamente efímeras y perecederas.

De aquí la vanidad y también la necesidad de las doctrinas extremas en la evolución del espíritu, del materialismo y del idealismo, del empirismo y de la especulación. Parece haber pasado ya el período de las grandes construcciones metafísicas, de los sistemas *á priori*. El propósito más elevado de los hombres de esta época consiste en anotar y clasificar los hechos con exactitud en todos los órdenes de conocimiento.

(1) F. A. Lange. *Geschichte des Materialismus und Kritik seiner Bedeutung*, in der Gegenwart. (Historia del materialismo y crítica de su importancia en la actualidad.)—Leipsick.—1875.

Pero es preciso convenir que una inteligencia privilegiada no penetra en el detalle de las cosas más que para descubrir sus afinidades secretas y deducir sus leyes. La descripción exacta de un fenómeno es cosa delicada; pero, ¿un hecho bien descrito está explicado? El método gráfico aplicado al estudio clínico de las enfermedades presenta á la vista un cuadro exacto de las curvas, de la frecuencia del pulso y de la temperatura en los accesos de fiebre; mas ¿nos dice, acaso, qué es la fiebre, cuya evolución nos muestra? Sustituir el sujeto con el objeto en la naturaleza; reducir el hombre á la acción pasiva de instrumento registrador, tal es el ideal de cierta filosofía que quiere que se proceda, no del hombre á las cosas, sino de las cosas al hombre. Nada parece más lógico, considerando solo el lugar de nuestra especie en el tiempo y en el espacio; mas el hombre, por más que haga, nunca conocerá otra cosa que á sí propio. Sus sensaciones son puros símbolos. De las cosas que en torno suyo están, solo posee signos. Él es quien hace fluir la luz y resonar los miles ruidos terribles ó armoniosos de este universo en donde todo es silencio y tinieblas.

Lo que se llama naturaleza es una creación de nuestro espíritu. Nuestra conciencia del mundo responde ciertamente á algo real. Puede tenerse plena confianza en la observación y la experiencia. Sin embargo, toda noción solo es una representación subjetiva, una hija de la imaginación, y creyendo conocer las cosas, solo conocemos la manera como nos afectan. Es preciso dejar á ciertos filósofos la pueril convicción de que ven al mundo tal como es, y no como les parece ser. La verdad es, como poco há decía Carpenter siguiendo á Helmholtz, Spencer y Tyndall, que la naturaleza es para el pintor lo que vé, para el poeta lo que siente, y para el científico lo que cree. Todos los razonamientos científicos descansan en imágenes é interpretaciones intelectuales de una realidad desconocida é inaccesible. Puede creerse en la necesidad y universalidad de las grandes leyes cósmicas, descubiertas por el hombre desde su rincón del universo; pero, ¿y los medios de comprobarlas alguna vez?

El que sabe descubrir los vicios del idealismo, debe adver-

tir también los del materialismo. Alberto Lange, el historiador eminente de esta doctrina, no los ha disimulado: él pertenece á esa gran familia de espíritus juiciosos, cada vez más numerosos en Europa, que confiesan que en conciencia lo real y lo ideal no son separables más que en el espíritu del hombre. Cuando se extinguió esta bella inteligencia, el 21 de Noviembre de 1875, apesadumbrada con tristes presentimientos con respecto á humanidad, trabajada por largos sufrimientos, pero siempre dulce y altiva, soñaba con complacencia en los destinos de una nueva alianza de la ciencia con la filosofía. En la hora en que los espíritus más firmes se doblan y pliegan como servil rebaño bajo el peso de seculares supersticiones, Alberto Lange mostró una vez más al mundo cómo se muere sin esperanza y sin Dios. Y es, que si en la ciencia, en el arte y en la vida concedía Lange al ideal la parte que le rehusa el común de los materialistas, sabía también perfectamente que este ideal no tiene realidad alguna fuera de nuestro espíritu, y que la experiencia no nos revela otra existencia en el universo que la de la materia en movimiento. A sus ojos, como á los nuestros, eran todavía el ateísmo y el materialismo ensayos de explicación de las cosas ménos alejadas de la realidad ignota que eternamente nos huye.

El mundo verá de nuevo la antigua alianza de la ciencia y de la filosofía; porque si toda hipótesis solo es una vista del espíritu, las listas y catálogos de los hechos no constituyen una ciencia. No hay física sin metafísica. Esas dos disciplinas, aunque distintas, deben partir del mismo principio—quiero decir—de la experiencia, y el método para construir la ciencia y la teoría de la ciencia debe ser el mismo. Todas las conquistas, empero, de la ciencia realizadas en estos últimos siglos en el dominio de la naturaleza, de la inteligencia, del lenguaje y de la historia, descansan en algunas nociones fundamentales: la uniformidad de la naturaleza, la conservación y equivalencia de las fuerzas, etc., que es preciso admitir como universal postulado, sin vanamente imaginarse alcanzar una prueba fuera de los límites de nuestro campo experimental. Toda demostración se apoya en última instancia en algún principio que no se puede demostrar. No son de

Homero los más grandes poemas. El sistema atomístico de Demócrito, la hipótesis newtoniana de la gravitación, la hipótesis nebulosa de Kant y de Laplace, la hipótesis darwinista del trasformismo y de la pangénesis, son sublimes ficciones que acaso algun día se conviertan en verdades, pero en su mayoría serán para siempre indemostrables. Para formar esas construcciones inmensas piensan los hombres desde cientos de miles de años; mas los innumerables hechos laboriosamente reunidos permanecerán estériles como el caos, sin la creadora imaginación del génio. En este sentido, sobre todo, puede decirse que los filósofos de génio son la conciencia viviente de la humanidad, el lugar donde se despierta y contempla el paso de las grandes sombras de sus sueños.

I.

LOS FÍSICOS DE JONIA.

En las islas del mar Egeo, sobre las costas del Asia menor, así que la reflexión se despertó en los helenos, fué su primera mirada para la naturaleza. Vivir, era á la sazón dulce, y ver el fulgor de la luz, la suprema dicha. Todo en el mundo era luz y armonía. Ya los Dioses se marchaban y se escapaban poco á poco á las miradas de las nevadas cimas del Olimpo. Sólo el hombre, delante de la naturaleza, no la adoró. Un clima seco y sano, un cielo de una pureza y transparencia incomparable, un mar sembrado de islas, de costas escarpadas y pendientes, masas sombrías y serenas que proyectan sus grandes sombras sobre las olas, un paisaje austero, y la vida de marino y aventurero, preservaron á los helenos de la molición páfida y del languidecimiento que en el valle de Ganges enervaron desde muy temprano á sus hermanos de la India, y los absorbieron en un voluptuoso desvanecimiento. Los espíritus delicados y penetrantes, los hombres más especialmente dotados para observar y comparar, todos aquellos que sin distraerse por la cosa pública permanecieron, sin embargo, más extraños que otros á las revoluciones políticas que estallaban por do quier en Grecia; en tiempo de la guerra de



los persas, en una palabra, los pensadores se aplicaron sobre todo á las matemáticas y á la astronomía. Desde muy presto habian adquirido los helenos ese poder de abstraccion, en virtud del cual los números, signo de las cosas, llegan á ser principios de todo un órden de ciencias subjetivas.

El sol, la luna, los astros innumerables que todas las noches parecian iluminarse en los profundos azules del cielo y apagarse cada mañana así que la aurora descorria los velos del dia, la necesidad que ese pueblo de marinos y comerciantes tenia de conocer los fenómenos celestes, esa pureza y transparencia, en fin, de la atmósfera que hacen de Atenas uno de los sitios más apropósito para un observatorio, todo esto evidentemente contribuyó muy mucho á que germinara en los griegos la práctica y el gusto de la astronomía. Al principio del siglo VI, se encontraban acaso en esta ciencia en suficiente adelanto para predecir los eclipses de sol. Sabian que la luna recibe del sol su luz. Habian tratado de calcular el volumen y distancia de los cuerpos celestes. En cuanto á la tierra que se habian imaginado primero como una inmensa llanura, las revoluciones de los astros que reaparecen iguales cada dia brillando en el Oriente despues de haberse ocultado la víspera en el Ocaso, los lejanos viajes de los navegantes, de los viajeros como Hecáteo de Mileto les enseñaron que no se extiende hasta lo infinito y que está aislada en el espacio y presenta una forma esférica.

La impresion que los fenómenos celestes ó terrestres ejercieron en los helenos es el origen de la primera concepcion científica del universo, del primer sistema del mundo, digno, verdaderamente, de este nombre, así por su grandeza, como por su sencillez. Impresionados primeramente por las trasformaciones que sufre la materia al pasar por los tres estados, sólido, líquido y gaseoso, consideraron, ya la una, ya la otra de estas formas, como los distintos estados fundamentales de la sustancia universal, y el aire, el agua, el fuego y la tierra fueron sucesivamente considerados por Tales, Anaximeno, Heráclito y Empédocles como el principio de las cosas. Un instinto seguro y verdaderamente maravilloso, una tendencia invencible impulsaba á todos á explicar el mundo por las pro-

piudades de la materia eterna y de las leyes que resultan. La indagacion y justificacion de estas leyes fueron, sobre todo, la obra de los filósofos pitagóricos establecidos en Sicilia y la Italia meridional. Estos matemáticos, ébrios del ritmo universal, no vieron en la naturaleza más que números y medidas. Graves y pensativos, religiosos y puros como los brahmanes, oían en silencio y anotaban la armonía de las esferas.

Ninguna persona medianamente ilustrada tratará de negar que las tentativas de los griegos del sexto ó quinto siglo para comprender y explicar el mundo, fundadas como estaban en la observacion general de los fenómenos naturales, lejos de haber sido estériles é inútiles, fueron por el contrario preciosas y fecundas para el porvenir. La teoría atómica que en breve expondremos detalladamente, aunque permaneció extraña á la idea propiamente dicha de combinacion, representa todo un aspecto de nuestras teorías moleculares, con una precision que apenas ha sido superada (1). La doctrina de los cuatro elementos que por espacio de más de dos mil años ha reinado casi sin rival en todas las partes del mundo civilizado, esa doctrina famosa que Empédocles habia enseñado antes de Aristóteles, nos prueba la ciencia que se ha aproximado con el tiempo á las opiniones modernas de la química sobre la combinacion y formacion de los cuerpos compuestos. Por último, ni aún en los elementos primeros y similares de Anaxágoras, en los homœomerios ha dejado de reconocer un químico eminente de nuestra época «los gérmenes confusos de las ideas actuales sobre la constitucion de los cuerpos y la de los principios inmediatos» (2). No hay temor alguno en afirmar que en el siglo V, antes de la era cristiana, habian ya nacido en Grecia nuestras ideas generales, que eran conocidos los principios fundamentales de nuestra ciencia y que habia sido entrevista nuestra actual concepcion del mundo.

Nadie ha comprendido mejor que Lange esta primera evolucion del génio griego y lo que podria llamarse tiempos he-

(1) M. Berthelot. *Chimie organique*. 1. 34.

(2) Berthelot.

róicos de la filosofía. La libertad y audacia del pensamiento, el seguro y penetrante golpe de vista que distingue las causas y sorprende las consecuencias, el poder de generalización y deducción científicas, son unos de los rasgos del espíritu helénico que ha señalado A. Lange. Con este motivo ha hecho notar que se menosprecia demasiado el valor de la deducción en Inglaterra, sobre todo desde Bacon; hubiera podido recordar, según Bain, que en último término no es otra cosa la deducción que una inducción. La escuela de la filosofía deductiva fundada por los griegos ha dado al mundo los elementos de las matemáticas y los principios de la lógica formal. La historia del materialismo, tal como Lange la ha concebido, es propiamente la historia de las ciencias inductivas y deductivas.

Por eso estampa en el comienzo de su libro: «El materialismo es tan antiguo como la filosofía.» No lo estima más antiguo convencido de que las concepciones antiguas del mundo, cosmogonías y teogonías, no pudieron elevarse sobre las contradicciones del dualismo. Es ese un error ya antiguo, en que comulga con otros muchos historiadores de la filosofía, más familiarizados con los monumentos del mundo clásico que con los de la antigüedad oriental. Lejos de ser la concepción dualista del mundo un hecho primitivo en la conciencia humana, es en todas partes un producto de la especulación filosófica, y de él no se encuentra rastro alguno en las cosmogonías semíticas de Babilonia y Nínive, conservadas en los textos cuneiformes que hasta nosotros han llegado; antes al contrario, se halla la noción del caos ó de la materia eterna, madre universal de donde nacieron cielos, dioses, hombres y todo cuanto existe, por vía de evolución ó de generación espontánea en el principio húmedo. Justo es también que advertamos que los descubrimientos á que aludimos han sido hechos recientemente, y que apenas han podido ser conocidos de Lange.

Otro mérito de Lange es haber insistido en los conflictos entre la ciencia y la religión en Grecia. Se ha repetido demasiado que los griegos no tenían religión de Estado, ni clero, ni teólogos. Existe en esto una ilusión muy singular, produ-

cida por la distancia de los tiempos y el silencio de los grandes escritores helenos cuyas obras han llegado hasta nosotros. Es propio de los grandes hombres conciliar las tendencias contrarias de su época. Nada se advierte de las corrientes violentas que á sus pies, en las grandes profundidades, agitan á las masas. La mitología, que se nos presenta bajo los ligeros y brillantes velos de que la han revestido los poetas griegos y romanos, no fué nunca la religion del pueblo. No eran los helenos una nacion de pensadores libres y alegres; no la hay nunca la ha habido, ni aún en Grecia. Siempre y en todas partes há menester el pueblo de una religion: es la única parte de ideal concedida á los sencillos de corazon y á los desventurados. La plebe de Mileto, de Samos ó de Atenas creian infinitamente ménos en los dioses del Olimpo con su sábia gerarquía, que en las divinidades locales y nacionales, en los buenos dioses viejos de la ciudad, y aún mejor, en los de éste ó el otro barrio, cuyas imágenes veneraba expuestas en el fondo de los antiguos santuarios. Estas no eran en modo alguno magníficas obras de arte, dioses de oro y marfil como más tarde se vieron, sino frecuentemente groseros ídolos ahumados, trozos de madera informes y apenas labrados, especie de monstruosos fetiches. Seguramente no eran los adoradores de estos dioses finos escépticos. El populacho crédulo, fanatizado por sacerdotes no ménos supersticiosos y en posesion de una tradicion sagrada y de privilegios en la ciudad, guardaba con no poco celo los santuarios. Casi todos los espíritus libres, Protágoras, Anaxágoras, Aristóteles, Stilpon, Teofrasto, Teodoro (el Ateo) y, sin duda, Diógenes de Apolonia, no mencionando á Sócrates, que bebió la cicuta, al poeta Diágoras de Melos, cuya cabeza se puso á precio, á Esquilo, Eurípides, etc., etc., fueron perseguidos ó desterrados como convictos de impiedad. Existia en la Atenas de Pericles una ortodoxia religiosa, así como en el París de Voltaire, y muchos siglos ántes de que se quemaran en las gradas del Palais los escritos de los filósofos del siglo XVIII, se habian quemado en el ágora de Atenas las obras de Protágoras.

Era, sin duda, mejor la vida en el seno de las opulentas ciudades jónicas de las costas del Asia menor ó en las colo-

nias dóricas de Sicilia y la Italia meridional. El comercio y las alianzas políticas con las antiguas monarquías de Lidia y Frigia, tan empapadas en los usos y costumbres de los grandes imperios de la Mesopotamia, habían iniciado muy pronto á los jónicos en toda clase de refinamientos de cultura y pensamiento. Entre los ricos comerciantes griegos de Mileto, Efezo ó Samos; en la clase media ilustrada, de donde procedían Tales, Anaximandro, Heráclito y Pitágoras, propendíase al escepticismo preferentemente, á una hábil y suave ironía, y no á las creencias religiosas que en el vulgo existían. Se viajaba muchísimo en ese mundo griego compuesto de islas; recorriendo tierras, visitando el Egipto y los países del Eufrates y el Tígris, se formaba el juicio, mejor, se adquiría la convicción —que á tantos espíritus perturbó cuando las cruzadas— de que sobre la tierra existe una multitud de religiones y una gran variedad de costumbres, fundadas todas igualmente en apariencia, sin ser, tal vez, ninguna verdadera. Por lo demás, nada de espíritu de propaganda ni de proselitismo en los libres pensadores jónicos del siglo VI. Si se les compara con los atenienses de los siglos V y VI, de suyo tan militantes, presentan casi la misma oposición de los pensadores ingleses del siglo XVI con los filósofos franceses del XVIII.

En un cuadro tan acabado del pensamiento de los helenos, no podía darse al olvido la famosa cuestión del origen indígeno ó extranjero de la filosofía griega. Después de Ed. Zeller la ha tratado Lange con una discreción tal que no hay más remedio que aprobar en el actual estado de la ciencia. Un hecho que justifica la influencia del Oriente en los comienzos de la cultura helénica mejor que todos los viajes más ó menos legendarios de los filósofos griegos, es el haberse despertado el espíritu científico en Jonia, al Este del mundo griego, en ciudades que estaban en contacto con Egipto, Fenicia, Asiria y Persia. Desde luego, nadie niega ya el adelanto de muchos siglos que esas naciones tuvieron sobre los griegos en materia de matemáticas, y de astronomía en particular, para no decir ahora nada de artes ni de civilización material. Y sin embargo, á pesar de todas estas influencias cruzadas, la filosofía griega no es ménos original que el arte

griego. Porque los materiales de una ciencia no son la ciencia. Todas las observaciones siderales de los caldeos no han constituido nunca una astronomía. Los fecundos gérmenes del saber humano llevados á Grecia de diferentes puntos, hallaron un terreno propicio; se desarrollaron con incomparable vigor en gigantesca vegetacion. ¿No es precisamente en las matemáticas cuyos primeros elementos recibieron de afuera los helenos donde sobrepusieron á todos los pueblos antiguos? Las especulaciones sobre el origen y la sustancia del universo no podian aspirar á la solidez duradera de los resultados obtenidos en aquel ramo de la ciencia. Un método mismo, pero á tan diferentes hechos aplicado, habia de llevar aquí á progresos seguros, allí á errores sin cuento. Despues de las admirables conquistas de las matemáticas en el siglo XVII, su influencia en los sistemas de Descartes, Spinoza y Leibnitz ha producido un efecto análogo; y han tenido esos sistemas el mérito al ménos de librar al mundo moderno de las cadenas de la escolástica. Tambien en Grecia las cosmogonías filosóficas y las explicaciones naturalistas del universo disiparon las nubes místicas que vagaban sobre el caos é introdujeron en el dominio propio de la razon y la observacion hechos é ideas hasta entónces abandonados á los sacerdotes y poetas. El origen de esta gran evolucion del espíritu humano debe buscarse en la contemplacion reflexiva de las realidades del universo ó de lo que tal parece, y no en modo alguno en la observacion estéril de un yo, á quien se ve vivir y pensar. Para todos los pensadores antiguos de Jonia, el cuerpo del hombre vivo y animado siente y piensa. Todavía no habian nacido los que iban á descubrir en el mundo un plan y una voluntad. Nada aún de causas finales. Ni deismo, ni misticismo, ni vaga religiosidad, ninguna de las groseras supersticiones que habian de propagar un dia en Occidente las razas semíticas con el monoteismo.

II.

DEMÓCRITO Y EL ATOMISMO.

El progreso quizá más considerable que se ha hecho en tiempo alguno, en la explicacion de la naturaleza, se debe á

una filosofía, sin duda muy antigua (la filosofía atomista) elaborada por Leucipo y llevada por Demócrito al más alto grado de generalización, rigor científico y consecuencia lógica. Uno de los rasgos de genio de Bacon de Verulam es haber reconocido sin vacilación alguna la capital importancia de la obra de Demócrito en la historia del espíritu humano; le dió el primer puesto entre los filósofos griegos, tanto tiempo usurpado por Sócrates, Platon ó Aristóteles. Así como Thales y Pitágoras procede Demócrito de Abdera, de la clase media, rica é ilustrada de las colonias griegas orientales. Que en las lejanas riberas de la Tracia haya adquirido un heleno del quinto siglo el prodigioso saber enciclopédico que la antigüedad toda concede á Demócrito, cosa es que aún excita ménos sorpresa que admiración. La duda no es posible en esto, aunque en tiempo de Simplicio los escritos del antiguo maestro estuviesen perdidos, Aristóteles, Teofrasto y Eudemo los conocían seguramente. El Estagirita, un adversario, le cita incesantemente y siempre con respeto. Es probable que en sus estudios sobre la naturaleza haya tomado mucho de Demócrito sin nombrarle. De todos los filósofos griegos ni uno sobrepaja á Demócrito en saber ni en genio: matemáticas, ciencias naturales, ética, estética, gramática, etc., las poseía todas, así como Aristóteles, á quien tanto se admira. A juzgar por los fragmentos, parecen sus libros de física, sobre todo, haber sido muy numerosos. Ahí se hallaban sus principales ideas filosóficas, expuestas en un lenguaje claro, sobrio, elegante, y que en su sencillez tenía tanta galanura, que los antiguos críticos ponían en este respecto Demócrito al lado de Platon.

No es solo la doctrina atomística moderna la que procede de Demócrito; los principios más elevados y generales de nuestra física, la grandiosa idea de una explicación puramente mecánica del universo, el sentimiento de la necesidad y fatalidad de las leyes de la naturaleza, destruyendo así toda teología, muchos de los análisis de sensaciones y de la ciencia que profesa la psicología experimental contemporánea y algunas de las hipótesis evolucionistas de nuestra época fueron también introducidas en el mundo por el filósofo de Abdera.

Para convencerse basta abrir la gran colección de Mullach y comentar con Lange los principales fragmentos de Demócrito. No es que comunmente se ignore este hecho; sin embargo, los ménos prevenidos están tan inclinados á no ver la filosofía antigua sino á través de Sócrates, Platon y Aristóteles, y la historia de la filosofía casi exclusivamente escrita por espiritualistas, ha sido tan singularmente falseada y desnaturalizada, que acaso no sea completamente inútil recordar brevemente algunos puntos de la doctrina del viejo maestro.

Nada viene de la nada ni se pierde en la nada. Decir que nada se crea y nada se pierde en lo que en el universo existe, quedando á través de todas las trasformaciones resultantes del encuentro ó separacion de los elementos siempre la misma cantidad de sustancia, es enunciar las dos fundamentales proposiciones de la física moderna, la indestructibilidad de la materia y la conservacion de la fuerza. Estaba reservado á otros tiempos descubrir todo el alcance de este principio y reconocer la ley general de las fuerzas mecánicas y moleculares en el axioma que domina la física, la química y la biología. Mas desde la remota antigüedad helénica, la idea de persistencia de lo que es y de lo que se considera como principio de las cosas, cualquiera que sea, se presenta en todos los pensadores. Segun Thales, es ese principio el agua; para Anaximandro una sustancia indeterminada; segun Heráclito es el fuego primordial en que terminan y nacen periódicamente los mundos. Parménides negaba con tanta fuerza como Leucipo y Demócrito que cosa alguna pudiera comenzar ó dejar de ser: el sér, concebido como una perfecta esfera, está en el universo en invárible cantidad; es uno y todo, y nada puede imaginarse fuera de él. Si los eleates desconocian la pluralidad de las cosas es que no podian concebir los modos de la sustancia sin la existencia del vacío, y que á su vez el vacío es un no sér. Leucipo convenia en esto, pero pensaba alcanzar la razon de la realidad de los fenómenos, del nacimiento y de la muerte, de la pluralidad y del movimiento de los cuerpos, admitiendo esta existencia de un no sér ó del vacío al lado del sér ó de la plenitud. Los atomistas llegaron hasta á decir que ni el sér ni el no sér existen, porque el vacío y los cuerpos existen igualmente. El sér dejó de ser el

Uno de los eleatas para transformarse en una multitud infinita de partículas materiales en movimiento en el vacío. Desde entónces todo lo que en el mundo acontece, los cambios y transformaciones de la sustancia se reducen á la union y separacion de esos corpúsculos. La misma concepcion se vé en Empédocles y Anaxágoras. Mas que esos filósofos hayan hecho proceder todo de las modificaciones de una sustancia única por medio de rarefaccion y condensacion ó que hayan explicado las causas de todos los fenómenos por la forma, órden y posicion de las partículas últimas de los cuerpos, todos al ménos están unánimes en considerar el principio de las cosas como increado, inmutable é imperecedero.

Es una verdad casi vulgar y siempre, sin embargo, útil de recordar que los griegos naturalmente admitian la eternidad de la materia existiendo por sí misma. Al contrario, como ha notado A. Vain al examinar lo que debe pensarse de la prueba llamada inconcebibilidad del contrario, muchos de los hombres modernos pretenden que es absolutamente inconcebible la existencia por sí de la materia. No hay duda alguna que la influencia de las religiones monoteistas con su dogma de la creacion haya engendrado en los cristianos esta grave modificación mental de la concepcion del mundo. Sea lo que quiera, la idea de la eternidad de la materia y persistencia de lo que la constituye á través de todas las transformaciones, es general en todos los filósofos griegos (1). Ahora, si se examina desde el punto de vista de nuestros actuales conocimientos el valor relativo de las diferentes teorías establecidas por esos antiguos pensadores, se prueba de una parte que «puede concederse alguna verosimilitud al sueño de los antiguos, de alcanzar una unidad fundamental última en medio de la diversidad aparentemente infinita de la naturaleza (2),» y por otra parte, «somos conducidos al atomismo profesado por Demócrito, Gassendi y Descartes. Mas—añade Saint-Robert—si solo era un sistema filosófico, en apoyo del cual no po-

(1) Todas las escuelas indias de filosofía ignoran igualmente la creacion *ex nihilo*, lo mismo tocante al mundo material ó al inmaterial.

(2) A. Vain, *Lógica*, II, 179-80 de la traduccion francesa.

dia darse ninguna prueba seria de las que reclama la verdadera ciencia, es hoy una hipótesis física que muchos hechos confirman y que está muy próxima de ser una verdad (1).» *Nada sucede por azar, y todo acontece según una razón y por necesidad.* Si se tiene en cuenta que «la razón» solo es la ley mecánica y matemática seguida de toda necesidad por los átomos en movimiento dentro del ciclo eterno de la producción y destrucción de los mundos, se advertirá que la teleología no tiene lugar alguno en este sistema. Es la derrota más brillante de «esa enemiga hereditaria de las ciencias de la naturaleza,» como la llama Alberto Lange. No es el azar, el ciego destino, el que domina esta concepción, como tantas veces se ha repetido desde Cicerón. Así como tampoco el universo, el fenómeno más pequeño no es obra del azar; está el mundo gobernado por leyes fatales, abstractas expresiones de la relación natural de las cosas. Para que la ciencia pudiera aparecer, era menester descartar resueltamente todas las interpretaciones antropomórficas y religiosas de la naturaleza; era preciso desterrar sin piedad del gobierno del universo las intenciones morales y las vistas racionales del hombre. En una palabra, se necesitaba conjurar, exorcisar hasta las fantasmas de la causa final. De esto se lamentaba Aristóteles, y Bacon aplaudía. Mientras lo divino ó sobrenatural interviene en cualquier cosa que sea, en los acontecimientos del mundo, no hay ciencia de la naturaleza. Creer en una finalidad del universo, en un ideal que se realiza, en una conciencia que se hace ó en una ley de interior desarrollo de las cosas, es seguir creyendo en los milagros. Cuando el rayo estallaba en los cielos encapotados, cuando las cometas aparecían y el sol ó la luna se eclipsaban, los hombres de aquellos días se horrorizaban, dice Demócrito, convencidos de que los dioses eran los autores de esos prodigios.

Nada existe verdaderamente más que el átomo y el vacío. «Está aquí, escribe Lange, en una sola proposición el lado fuerte y el lado débil de todo atomismo.» Recuerda que

(1) P. de Saint-Robert. *La nature de la force dans la conservation de l'énergie*, por Valfour Stewart, pág. 201.

el fundamento de toda explicación racional de la naturaleza, de todos los grandes descubrimientos de los tiempos modernos, ha sido la reducción de los fenómenos al movimiento de las partículas más pequeñas de la materia. No hay duda alguna que sin la reacción contra las investigaciones naturales que partió de Atenas y Sócrates personifica, no hubiera llegado la antigüedad, en el camino que se encontraba, á grandes é importantes resultados. Hoy todavía por el atomismo se explican las leyes del sonido, de la luz, del calor, de las acciones nerviosas, en una palabra, de todos los cambios químicos y físicos que sufren las cosas. Mas, así hoy como en tiempo de Demócrito, no es posible explicar la menor sensación de sonido, de luz, calor, gusto, etc. «A pesar de todos los progresos de la ciencia y de todas las transformaciones de la idea de átomo, permanece el abismo casi tan grande y no disminuirá si se llega á constituir una teoría completa de las funciones del cerebro, á indicar exactamente su origen y sus consecuencias, los movimientos mecánicos que responden á la sensación ó que la hacen nacer.» Así, según Lange, no es dudoso que la ciencia pueda alguna vez explicar todas las acciones del hombre, y por tanto sus pensamientos por medio de desprendimientos de fuerza nerviosa en el cerebro, consecutivamente por las excitaciones de los nervios, según las solas leyes de la conservación de la energía: nos está *eternamente* impedido hallar el término intermedio que separa la sensación del proceso nervioso. Con todo el respeto que impone la palabra de tal maestro, es permitido hacer en esto alguna reserva. Además de que se comience ó no á ver en el movimiento nervioso y en el pensamiento más que un solo y mismo hecho considerado bajo dos aspectos diferentes, el objetivo y el subjetivo—explicación que simplifica extraordinariamente el problema si no le resuelve del todo—es siempre temerario hacer predicciones á largo plazo. ¿Quién es el hombre, además, para hablar de la eternidad?

Lo que es cierto, y que casi todos admitirán con Lange, en virtud del principio de la inconcebibilidad de lo contrario, es que Demócrito ha tenido razón en mostrar el carácter absolutamente subjetivo de nuestras sensaciones: *Es en la*

opinion donde lo dulce existe, en la opinion lo amargo, en la opinion el calor, en la opinion el frio, en la opinion el color; nada existe en realidad sino átomos y el vacío. La influencia de la escuela eleática parece aquí como antes; en la concepcion del sér, trasporta Demócrito á las cualidades sensibles de los cuerpos lo que los eleatas decian del movimiento y del cambio: no son más que mera apariéncia. Las diferencias de todas las cosas, decia Demócrito, se derivan de la diversidad de los átomos que las constituyen en cuanto á número, tamaño, forma y situacion (1). Nada de diferencia cualitativa, nada de «estados internos» de los átomos: solo actúan los unos sobre los otros por la presion y el choque. Asi, pues, la naturaleza de nuestras impresiones subjetivas depende de los diversos agrupamientos de los átomos en figuras que recuerdan los schemas de nuestros químicos. No existe en la naturaleza el color, ni sabor, ni olor, etc.; no hay más que combinacion de átomos, de figuras ó *schemas*, que abordando todos los puntos de los organismos, determinan la aparicion de esas nociones completamente subjetivas. A cada sabor, por ejemplo, corresponde una figura atómica: á lo dulce, un schema constituido por átomos redondos y bastante grandes; á lo ágrío, figuras muy grandes, ásperas, puntiagudas y angulosas, etc. «El schema existe en sí (*καθ'αυτό*); pero lo dulce y en general la cualidad de la sensacion, solo existe en relacion á otra cosa..... (2)» Por manera, que toda sensacion se retrotrae á una especie de sensacion táctil, á una modificacion del tacto. Las opiniones que de las cosas tenemos dependen de la manera como nos afectan, y la misma cosa pudiendo afectar distintamente á diferentes personas y á nosotros mismos, segun tiempos y circunstancias, son todas á la vez verdaderas y falsas. La verdadera esencia de los objetos, su única realidad, el átomo, huye á nuestros intentos y se hace inaccesible. Hé ahí por qué vive el hombre sumido en un

(1). Aristóteles, *Metafísica*, I, 3. «Dicen que las diferencias del sér proceden de la configuracion, disposicion y manera; ahora bien: la configuracion es la forma, la disposicion el órden, y la manera es la posicion. Así A difiere de N por la forma. A N de N A por el órden, y Z de N por la posicion.»

(2) *Fragmenta philosophor. Græcor.* (Mullach) I, 362.

mundo de ilusiones y de mentidas formas, que el espíritu vulgar cree realidades. Parece todavía escucharse el amargo y triste acento del filósofo de Abdera en estas palabras: *A decir verdad, no sabemos nada: la verdad está en el fondo de los abismos.*

Demócrito no es, empero, un escéptico; por más que no pueda negarse que el escepticismo de los que le hicieron su maestro está en germen en su doctrina. Él distinguía, parece ser, la reflexión (*διανοια*) de la percepción sensible (*αισθησις*), y, aunque ámbas tuvieran un mismo origen (1), creía poder conceder á aquella tanta certidumbre como negaba á esta última. La fundamental proposición de Demócrito: *nada en realidad existe á no ser los átomos y el vacío*, dice de sobra que no es un escéptico, aunque la experiencia no haya podido mostrarle nada de la esencia y principio de las cosas, de los átomos. Porque el atomismo descansa, así como toda explicación universal, en una hipótesis trascendente, y no se escapa mejor de la metafísica el materialismo que el idealismo. Mas con esos antiguos pensadores, de la Helada conviene no insistir demasiado en la crítica y análisis psicológicos. Algunos han tenido el grandísimo mérito de plantear el problema sobre el origen de nuestros conocimientos, casi en los mismos términos que Locke, y de presentir y hasta indicar las dificultades, insuperables todavía para nosotros.

El sistema del mundo de Demócrito es obra de un físico y matemático de génio: los átomos son infinitos en número y de infinita diversidad de formas. En un movimiento eterno de caída á través del espacio infinito, los más grandes, cayendo más pronto, rebotan sobre los más pequeños; los movimientos laterales y el torbellino de átomos que resulta, son el comienzo ú origen de la formación de mundos. Innumerables mundos se forman de esta suerte y perecen coetánea ó sucesivamente. Lange se maravilla de la grandeza de esta concepción. En todo caso, se acomoda mejor á nuestras actuales ideas que la de Aristóteles, que prueba *á priori* la imposibilidad de que exista un mundo fuera del nuestro. La hi-

(1) Zeller, Die Philosophie der Griechen, I, 740-741.

pótesis cósmica de Demócrito nos maravillaría más si Epicuro y Lucrecio no la hubieran propalado por el mundo, no ciertamente sin haberla modificado en algunos puntos secundarios. Epicuro admitía, es verdad, que los átomos eran infinitos en número, mas no creía fueran infinitamente diferentes de forma. Todavía más importante es la innovación que en el sistema introdujo á fin de explicar el origen de los movimientos laterales ó de la declinación de los átomos. Pero en su base, digámoslo así, es donde peca toda esta teoría, y Aristóteles, de acuerdo aquí con la física moderna, advirtió esta falta. Demócrito pretende que los átomos grandes caen con mayor rapidez y que rebotan sobre los más pequeños. Mas, objeta Aristóteles, al admitir la existencia del vacío, es decir, de un espacio desprovisto de medio inmaterial—cosa que él conceptúa imposible,—todos los cuerpos deben caer con la misma velocidad, puesto que las diferencias observadas en la rapidez de la caída de los cuerpos corresponden á las diferentes densidades de los medios recorridos, como el agua, el aire, etc. Epicuro debió rendirse ante la evidencia de esta intuición genial y enseñar que en el vacío todos los cuerpos caen con igual prisa. Es, sin duda, inútil añadir que, desconociendo los antiguos la teoría de la gravitación, sólo tenían una idea empírica de la caída de los cuerpos. Para los atomistas es un axioma que los cuerpos caen en línea recta en el vacío, sobre poco más ó ménos, como las gotas de lluvia. Así que no fué permitido admitir que los átomos grandes, impulsados por una caída más rápida, rebotaban sobre los más pequeños; ninguna hipótesis plausible ha podido nunca explicar la posibilidad de un encuentro ó de un choque de átomos, indispensable condición para el nacimiento de un mundo. En cuanto al movimiento, así Demócrito como Epicuro y Platon, lo consideran eterno.

La antropología de Demócrito es muchísimo ménos notable que su cosmología. Dice que el alma está formada de átomos finos, pulidos y redondos, semejantes á los del fuego; esos átomos son de una movilidad extrema; recorren incesantemente todo el cuerpo, en el que á cada inspiración entran y al cual dan movimiento, vida y pensamiento,—el pensamiento

to en el cerebro, la cólera en el corazón y el deseo en el hígado. La muerte no es otra cosa sino la separación de los átomos animados del cuerpo entónces inanimado; como no pueden entrar en él y se dispersan, al propio tiempo se desvanece la conciencia individual. Por manera que es el alma, como en Diógenes de Apolonia, una materia particular. Esta materia animada, estos átomos de fuego que absorben á cada instante en sus tejidos los seres organizados, están esparcidos en el universo entero y producen en todas partes con el movimiento y el calor, el alma y la inteligencia. De suerte que porque en el aire hay diseminadas alma y razón, las respiramos, y no solo nosotros, sino también las plantas. Como Zeller ha notado, no admite Demócrito la existencia de esta clase de átomos con objeto de hallar un principio superior para la explicación de las cosas: ellos no tienen nada de común con el *Nous* de Anaxágoras ni con el alma del mundo platónico. Aunque el alma no sea el cuerpo y no haya Demócrito considerado á este más que como la tienda ó morada del alma, está esta constituida por una simple variedad de corpúsculos materiales: es un fenómeno resultante de la naturaleza geométrica de ciertos átomos en sus relaciones con otros. En otros términos, las sensaciones y pensamientos solo son los cambios ó modificaciones del cuerpo, procesos corporales. El alma es un caso especial de la materia en movimiento; los *movimientos racionales*, los procesos de la sensibilidad, del pensamiento y de la voluntad deben ser reductibles como todos los otros movimientos conocidos á las leyes generales de la mecánica. Esta idea es ya evidente, si así puedo expresarme, para todos los psicólogos; acabamos de ver su origen. Ciertos realistas sencillos creen ya el problema resuelto. Admitamos un momento que así sea y que existan tablas de movimientos nerviosos como existen las de movimientos astronómicos; siempre quedará por descubrir qué es una impresión, una sensación, un pensamiento; en una palabra, todo permanecerá tan oscuro como hoy en el dominio de la inteligencia, al ménos que el espíritu, empobrecido por el positivismo, no vaya á encontrar el reposo y suprema dicha en la explicación que define el pensamiento como propiedad del cerebro.

La ética del gran antecesor de la filosofía materialista se deriva naturalmente de su teoría del conocimiento: él distinguió demasiado bien la esencia verdadera de las cosas, de las vanas apariencias sensibles, para situar fuera de nosotros, en el mundo exterior, la dicha de nuestra vida. Solo en la paz y serenidad impasible del alma, en la moderación de los deseos y pureza del corazón, sobre todo, en la cultura extensa y refinada del espíritu, halla el hombre la felicidad más alta. Como se vé, es una filosofía de la dicha. Lo que al alma procura un goce, es útil; lo que la perturba, lo contrario. Por eso todos los bienes exteriores, el oro, la belleza, la voluptuosidad de los sentidos, aunque no despierten en nosotros apetito, solo pueden ser el acompañamiento, y de ninguna suerte el fin de esta bella armonía en que el alma se recoge y encanta. Esta moral, tan alejada de la de Epicuro, como del egoísmo refinado del siglo XVIII (á pesar de las apariencias), carece seguramente del criterio de toda moral idealista, es decir, de un principio de nuestras acciones directamente sacado de la conciencia y puesto independientemente de toda experiencia. Mas para tener el derecho de hallarla inferior, es menester probar que hay otra cosa en la conciencia que nociones meramente empíricas en su origen, y que no es por un artificio del lenguaje, por un sofisma que se trata de elevar por cima de los hechos la idea del bien y la del deber.

Seria bien extraño que despues de haber eliminado toda teleología, hubiera Demócrito olvidado explicar la aparente finalidad de los organismos vivos por el principio de evolucion natural y por la concurrencia vital. Esta doctrina, que ha reaparecido en la ciencia con un nombre nuevo, estaba esparcida en Grecia en la época de Demócrito. Él admira en extremo el bello orden del cuerpo humano; mas no se advierte que buscó sus causas en el desarrollo de los aparatos y de los órganos rudimentarios. Hay aquí, en verdad, una laguna, mas no del sistema, sino de la tradicion que nos la ha transmitido. Porque se sabe por Epicuro y Lucrecio que el problema del origen y de la evolucion de los séres fué resuelto desde muy temprano en un sentido puramente mecánico por los materialistas. Esta teoría era popular, puede decirse, en

las grandes y brillantes ciudades de la Grecia Mayor, puesto que Empédocles la había expuesto en versos. Lo que Darwin ha hecho para nuestra época, apoyado en una considerable cantidad de conocimientos positivos, Empédocles, dice Lange, lo hizo para los pensadores de la antigüedad. No es, sin embargo, un materialista este filósofo, que parece haber inaugurado en Grecia la famosa doctrina de los cuatro elementos: él separó la materia de la fuerza. Quiero decir, que al lado, y encima de los elementos materiales, supuso Empédocles la existencia de dos fuerzas, la Amistad y la Discordia, que representan casi el papel de la atracción y la repulsión en el génesis de los fenómenos naturales. La teoría del origen de los seres vivos que en sus libros de física hallamos, no tiene una importancia ménos capital. Nos muestra los vegetales apareciendo primero, los peces después; los diferentes órganos de los animales pululaban aislados, ojos sin rostros, brazos sin cuerpos, etc.; monstruos nacían de estos monstruos; la naturaleza se ensayaba con creaciones informes, producía seres con dos rostros, doble pecho, andróginos.

Todas las combinaciones orgánicas aparecieron en el seno de las aguas y sobre la tierra, en este inmenso campo de carnicería, donde en la lucha por la existencia sobrevivían y se reproducían únicamente los seres mejor dotados. Tal sería el origen de los seres nacidos del encuentro de los elementos materiales bajo la acción de las fuerzas de la naturaleza. Ueberweg ha observado en este punto que podría compararse esta teoría con la filosofía de la naturaleza de Schelling y Oken y con la teoría de la descendencia de Lamarck y Darwin, aunque esta doctrina no explique en modo alguno el génesis de los seres organizados por la combinación de elementos heterogéneos, sino, al contrario, por una diferenciación sucesiva de formas muy simples.

III.

LOS SOFISTAS Y LOS CIRENAÍCOS.

El sensualismo de los sofistas es una de las formas del materialismo. El materialista asocia en cópula indisoluble la sen-

sacion con la materia actuando por choque ó contacto sobre el organismo, hasta tal punto, que no observa ni aún en los procesos más complejos de la ciencia, más que una consecuencia y trasformacion de movimientos materiales del medio ambiente. El sensualista niega que sepamos algo de la materia como realidad exterior, porque nuestras sensaciones no son más que *para nosotros* é ignoramos su verdadera relacion con la cosa en sí, que ellas quieren representar. De este modo es la sensacion la sola y única materia de nuestras ideas, el único objeto de conocimiento que inmediatamente se dá á la conciencia. Esa doctrina, como se ha visto, estaba ya dada por Demócrito, puesto que fuera de la existencia de los átomos y del vacío no reconoce en todo lo demás, y en particular en nuestras sensaciones subjetivas de sabor, sonido, color, etc., realidad alguna sino en la opinion. El materialismo de Demócrito forma, pues, la transicion entre la concepcion del mundo puramente objetiva de los antiguos físicos y la filosofía subjetiva de los sofistas. Locke vino tambien despues de Hobbes, Condillac, despues de La Mettrie. A su vez no es el sensualismo más que una filosofía de transicion que pueda llevar al idealismo,—de Hobbes á Berkeley por el intermedio de Locke,—porque desde que no se concede existencia real más que á la sensacion, las cosas, desprovistas de toda cualidad propia, oscilan más en la vaguedad y acaban por desvanecerse. La antigüedad, sin embargo, no fué tan léjos.

Se concibe la gran importancia por Lange concedida á Protágoras y á los otros sofistas. Ya concluyeron los tiempos en que la palabra de sofista solo despertaba la idea del desprecio. Esos pensadores no fueron tratados por los historiadores de la filosofía casi mejor que los materialistas, y á pesar de Hegel y los filólogos alemanes, á pesar de Grote y Lewes, es de temer que durante medio siglo, por lo ménos, no se continúe entre nosotros juzgándolos muy mal. Desde Platon y Aristóteles, si ha habido una opinion considerada verdadera y de todo punto evidente, es que los sofistas fueron una peste moral para Atenas y para las otras ciudades griegas de Jonia, de Sicilia y de Italia. Segun la tradicion, es Sócrates el grande, el infatigable adversario de la secta de los sofistas.

Mas ¿qué eran en realidad los sofistas? La palabra que los designa, lejos de haber sido una injuria, era en los siglos VI y V el nombre que se daba de una manera general á todos los letrados, poetas, filósofos y maestros dedicados á la enseñanza; así que Sócrates, Platon y Aristóteles son llamados sofistas del mismo modo que Homero, Solon, Pitágoras, Protágoras, Gorgias é Isócrates. Los sofistas eran los maestros de *sabiduría* práctica, que enseñaban lo que debia saber un griego bien educado, deseoso de alcanzar las primeras dignidades del Estado. En las ciudades griegas del siglo V, en que la democracia era la forma de gobierno, nadie podia ser un ciudadano eminente, poderoso é ilustre si no se elevaba sobre sus conciudadanos por su razon más clara é ilustrada, por su arte más perfecto, por su habilidad extraordinaria en exponer delante del pueblo las ideas que queria se adoptaran ó las causas cuyo triunfo deseaba. Los que enseñaban á los jóvenes el arte de pensar, de hablar y obrar, eran los sofistas. Ellos preparaban á los hombres para la vida civil. Su propósito era hacer oradores, administradores, hombres de Estado. Todos los que deseaban adquirir renombre en la ciudad, iban á buscarlos. Los sofistas pasaban su vida en la Agora. Poseian una gran experiencia de los asuntos y una larga práctica de los hombres; ricos y honrados, fueron con frecuencia diputados como embajadores á las diversas ciudades griegas. Creer que un sofista era una especie de charlatan, que enseñaba á sus discípulos el arte de hablar de todo sin haber aprendido nada, es cosa muy vulgar. ¿Puede imaginarse á los discípulos de tales maestros en la tribuna de Atenas ó en presencia de los jueces del dikasterion? Hubieran hecho reir á la Grecia entera con una de esas carcajadas que Homero atribuye á los dioses del Olimpo. No cabe mayor equivocacion que hacer de los sofistas una secta de filósofos, una escuela dogmática, un cuerpo docente en posesion de doctrinas y métodos perfectamente definidos. Ya no se cree que hayan tenido propiamente una argumentacion dialéctica, cuyo efecto fuera desmoralizar y pervertir á los helenos. Casi Platon únicamente es el que en sus diálogos presenta á los sofistas bajo aspecto tan poco favorable; Xenofonte no le siguió en esto más que en otros asuntos.

Platon, que no nombra una sola vez á Demócrito, da testimonio, así como otros tantos idealistas, de su ódio á las doctrinas, calumniando á las personas. Este artista incomparable no comprendió nada del génio de esos otros artistas, lleno de delicadeza y gusto. A la manera de todos los creyentes, no admitia que de buena fé se negara la verdad, la justicia y los dioses. Confesar que nada se sabe, y sobre todo, que nada puede saberse, le parecia una mala accion. A nosotros, sin embargo, nos parece esta confesion de los sofistas un admirable ejemplo de buen sentido, sinceridad é ingénio.

«Protágoras es el primero, escribe Lange, que no partió del objeto, de la naturaleza exterior, sino del sujeto, del sér espiritual del hombre.» Es un precursor de Sócrates; es á él y no á Sócrates á quien se debe remontar el origen de la reaccion que va á comenzar contra el materialismo. El átomo no es ya para él la cosa en sí: la materia le parece al contrario algo indeterminado, en un flujo y reflujo perpétuo, en una especie de emanacion sin fin, como decia Heráclito; en una palabra, es lo que á cada uno parece. *El hombre es la medida de todas las cosas; del sér en tanto que es, del no sér en tanto que no es.* ¿Háse dicho nunca mejor que las ideas que nos formamos de las cosas dependen de nuestras sensaciones y que solo podemos conocer á estas? De esa suerte se descarta toda concepcion racional *á priori* con carácter de necesidad y universalidad. Nada es cual ó tal cosa en la naturaleza, sino en cuanto es sentido de cierta manera. La misma temperatura parece á un individuo mismo tan pronto fresca como calorosa; ahora bien, las dos impresiones que siente son igualmente verdaderas. Si todo pensamiento es verdadero para el que lo piensa, no hay proposicion que pueda ser contradicha. Por donde llegamos á este famoso axioma: Se puede hacer valer el pró y el contra de todas las cosas. Cuál era el alcance de este elegante y ligero escepticismo, de esta delicada incredulidad, tan extraña á los métodos científicos y al pesado dogmatismo de creyentes y filósofos, se advierte por las primeras palabras del tratado sobre los *dioses* de Protágoras: «En cuanto á los dioses, no puedo decir si existen ó no; muchas

razones me lo impiden. Entre otras, la oscuridad de la cuestión y la brevedad de la vida humana.»

Si para el hombre no es todo más que ilusión y vana apariencia en el mundo; si solo conoce las cosas por la manera como le afectan, de suerte que para él solo son lo que parecen serle, no solamente la verdad *absoluta* se reduce á *relativa* y lo *verdadero* á *verosímil*, sino que también las ideas morales siempre subordinadas á las nociones del entendimiento, como la voluntad lo está á la inteligencia, sufren la misma transformación, y lo justo, el bien y lo útil, no son más que lo que parecen á cada uno. Estas consecuencias éticas del subjetivismo de Protágoras y de los sofistas son los mismos principios de Arístipo de Cirena y de la escuela cirenáica. Allí se sostiene que nada en sí es justo, honrado ó vergonzoso y que esas distinciones proceden tan solo de las leyes y de la costumbre. No creo yo que el sensualismo necesariamente debiera engendrar esta filosofía. No está más conforme con Arístipo, Epicuro que Demócrito. No es tampoco más cierto que Arístipo se adhiera con plena conciencia á la tradición de Protágoras. En lo que no cabe duda es en sus relaciones con Sócrates.

Mas acaso no sea preciso buscar muy léjos el origen de la filosofía del placer. Arístipo también procedía de la clase media opulenta y escéptica de una de las más poderosas colonias del mundo griego. Cuando vino de la costa de Africa á Atenas se inclinaba ya, según se dice, á pensar que el placer era el fin del hombre. En la corte de los Dionisios en Sicilia, donde encontró á Platon, parece caer en el materialismo práctico que instintivamente se seguía también en Corinto como en Siracusa y que nada de comun tiene con la austera doctrina del materialismo teórico. Arístipo se vanagloriaba empero de no ser esclavo de la voluptuosidad, aún entregándose por completo á ella.

Era también demasiado ilustrado para no distinguir entre nuestras impresiones subjetivas y la cosa en sí, situada fuera de nosotros, que las produce: lo que sentimos ó conocemos, solo en nuestra conciencia existe; existe también la cosa en sí, pero esto es todo lo que de ella podemos decir. Arístipo creía,

pues, á la manera de su maestro Sócrates, poder descuidar la indagacion de las causas físicas con el pretexto de que este estudio no podia dar certeza alguna. El distinguia dos modos de sentir, el dolor y el placer: éste era un movimiento dulce, el otro violento. Así, léjos de hacer consistir la dicha en la calma, reposo y paz del alma, exenta de dolor y de temor, los cirenáicos reducian casi toda la felicidad humana al placer inseparable del movimiento. Declaraban al placer un bien, fuera cualquiera su origen, y como las voluptuosidades de los sentidos excitan en el vulgo las sensaciones más vivas, ponian los goces y dolores corporales por cima de los del alma.

No deseamos otra cosa que reconocer con Lange que es Arístipo un moralista de rara consecuencia. El que ya no cree en lo verdadero no puede creer en lo bueno, al ménos en el sentido metafísico de la palabra. Comparados los cirenáicos con los cínicos, parecen gentes lucidas y de gran sentido al lado de maniacos orgullosos y estúpidos. Tienen el mérito de no haber retrocedido ante el fantasma de la moral. Despues nadie se ha atrevido. Los mismos que han confesado con el carácter relativo y puramente humano de nuestros conocimientos, la nonada de nuestros esfuerzos para alcanzar este universo que sin cesar huye de nosotros en eterna fuga, han clavado sobre las ruinas de lo absoluto el estandarte de la conciencia moral y afirmado que si todo es engaño y apariencia, el deber al ménos no es vanidad. ¿Qué saben ellos?

JULES SOURY.

(*Revue philosophique.*)

(Continuará.)

UN PRÍNCIPE DE GALES EN MADRID

HABRÁ COSA DE DOS SIGLOS Y MEDIO

V.

La transición del reinado de Felipe III al de su hijo Felipe IV afectó, siendo un acontecimiento en realidad normal en las monarquías hereditarias, todos los caracteres de violencia reaccionaria, y de rencorosa implacable saña, propios de las revoluciones de serrallo en los despóticos imperios del Oriente.

Aún alentaba, si bien agonizante, el débil sucesor del inflexible fundador del Escorial, cuando ya su hijo, instigado por Olivares y arrogándose antes de tiempo las atribuciones del poder soberano, disponía que D. Alonso de Cabrera «hombre duro de condición,» le saliese al encuentro al duque de Lerma, á quien el moribundo monarca había mandado á llamar de su destierro, y le intimara la orden de volver inmediatamente á él. Olivares temiendo que, una vez el duque de Lerma en la corte, aún falleciendo Felipe III, su prestigio, sus numerosos partidarios, y el afecto del Príncipe, de quien había sido ayo, hicieran de él un rival formidable para su privanza, no vaciló en aconsejar á su joven señor que usurpara, como hemos dicho, las atribuciones del rey aún en vida. Partió, pues, D. Alonso de Cabrera «muy aprisa y á la ligera, con una cédula en que firmaba *el Príncipe*, en tanto que vivía su padre, y otra *del Rey*, por si le alcanzaba (á Lerma), ya muerto (Felipe III) en el camino,» (1) y encontrando

(1) Historia de Felipe III, tomo 2.º, libro 8.º, pág. 341. El autor añade: «Otros dicen que es falso, y que no firmó (Felipe IV), y yo lo creo, sino que «de hecho mandó que lo ejecutase el Consejo,» etc.

en Villacastin al cardenal ex-privado, intimóle la órden de no proseguir adelante en su jornada.

La despótica ilegitimidad de tal procedimiento es tan palmaria, que no he menester detenerme á demostrarlo; pero lo que no puedo ménos de notar, como muy tristemente característico, es que el respetabilísimo Consejo de Castilla, cuerpo, desde los tiempos de San Fernando, tradicionalmente depositario de la jurisprudencia constitucional en la monarquía castellana, se mostró en la ocasion á que voy refiriéndome tan inconsciente de sus deberes, ó tan fácil en conculcarlos para adorar al sol naciente, que tomó parte directa y activa en aquel desafuero, ó mejor dicho, aceptó para sí su responsabilidad entera. D. Fernando de Acebedo, en efecto, arzobispo de Búrgos, y presidente de Castilla, aunque hechura del duque de Lerma—que la ingratitud al caido es la gran virtud de los cortesanos hábiles,—fué quien, sin la menor observacion de su parte, recibió de boca del Príncipe la órden de impedirle al cardenal la venida á la córte, y nombró á Cabrera para ejecutarla, y expidió la necesaria real cédula, si bien «al firmarla arrojando la pluma y sollozando.» (1) ¡De tal modo habia ya para entónces degradado el nivel moral de los caractéres políticos en España el despotismo funesto de la casa de Austria!

Espiró, al cabo, Felipe III el 31 de Marzo de 1621; y de lo ocurrido ya durante su agonía, fácilmente puede colegirse la violencia con que sobre las cabezas de todos los favorecidos durante su reinado, estalló la saña de los favoritos del nuevo.

Escribiendo la historia de aquellos primeros momentos del de Felipe IV, en dos diversos sentidos, entre sí diametralmente opuestos, de una parte el autor de la historia de Felipe III, recientemente publicada, y de otra Quevedo en sus «Grandes anales de quince dias», y no ménos apasionados el eminente poeta que el palaciego ayuda de cámara, convienen, sin embargo, en lo sustancial de los hechos. Aquello fué una reaccion sin regulador, una série de implacables venganzas, un período de recriminaciones y de ódios, y de

(1) Historia de Felipe III, lugar citado, pág. 341.

proscripciones y de suplicios.—¿Por qué?—Porque la inmensa mole de aquella monarquía se desquiciaba en fuerza de su mal gobierno, y, como de costumbre en tales casos, parecía más cómodo atribuírselo á las personas que al sistema.—¿Para qué?—Para exterminar á los que ocupaban las posiciones influyentes y lucrativas, y poder ocuparlas los advenedizos del nuevo reinado. Ya lo he dicho al comenzar: aquello fué una revolucion de serrallo, tan sangrienta como para el Estado estéril; útil solo para los que reemplazaron á las víctimas, y funesta para los desdichados pueblos.

Lerma, que debió á su prevision la cabeza, que sin el birrete cardenalicio muy probablemente hubiera rodado en el cadalso, fué desterrado á Valladolid y despojado en gran parte de sus inmensas riquezas. Su ingrato hijo, el de Uceda, tardó poco en verse tambien proscrito; y el resto de sus parientes y parciales siguió naturalmente la misma suerte. La casa de Sandoval, en suma, hubo de ceder el puesto á la de los Guzmanes.

El desdichado D. Rodrigo Calderon, quizá todavia hoy no imparcialmente juzgado por la posteridad, fué entónces la víctima expiatoria de los pecados de Felipe III y del duque de Lerma; víctima sin piedad inmolada por hombres que, áun supuesta la verdad de todos los cargos contra el marqués de Siete Iglesias formulados por sus enemigos, no valian moralmente más que aquel á quien al verdugo entregaron.

El nuevo rey encontró á D. Rodrigo ya de tiempo atrás en duras prisiones: su proceso contaba larga fecha; habíasele acusado de todo género de crímenes, absurdos unos, imposibles otros, desde el supuesto envenenamiento de la reina, hasta el de hechicero; habian declarado contra él algunos muertos; se le habia dado tormento, y sin embargo, en definitivo resultado un solo delito pudo probársele, y ese, desde luego, confesado por él: la muerte que mandó dar á Joara. Ciertamente, en nuestros dias, un asesinato basta para llevar con justicia á un hombre al cadalso; pero los dias de D. Rodrigo no eran los nuestros. En aquella época, más creyente quizá, pero positivamente en ciertas materias mucho ménos moral que la que atravesamos, la razon de Estado solia serlo

para matar sin forma de proceso; y así los soberanos como sus ministros creíanse frecuentemente con derecho para valerse no ménos del puñal del asesino que del hacha del ejecutor de la justicia. Y tan en las ideas de aquellos siglos estaba que el soberano, y por ende los ministros que le representaban, eran señores de vidas como de haciendas, y podían disponer á su arbitrio y en la forma que lo tuvieran por conveniente, de la existencia de sus vasallos, que, como cosa corriente, pudo Lope dar por sentado que era razon bastante para que un cumplido caballero se encargase de matar á otro de órden del rey, el que este le dijera, contestando á sus objeciones:

«Para su procurador,
 »Sancho Ortiz, no habeis venido,
 »sino para dalle muerte;
 »y pues se la mando dar
 »escondiendo el brazo fuerte,
 »debe á mi honor importar
 »matarle de aquesta suerte.» (1)

La cuestion no estaba, para aquellas gentes, en los trámites del proceso, ni ménos en la forma de la ejecucion de la sentencia, sino en la justicia de esta, y más aún en la autoridad de quien la pronunciaba. Siendo el rey, ó en su representacion sus ministros, todo estaba dicho y todo en regla.

No son ya esas, á Dios gracias, las ideas en la sociedad dominantes; pero éranlo sin disputa todavía en tiempo de Felipe III y de Felipe IV; y así pudo el historiador palaciego, deplorando por injusta la muerte de D. Rodrigo Calderon, escribir de bonísima fé, estas hoy más que singulares razones:

«Si por el asesino (asesinato) solamente padeció (D. Rodrigo) tan recia tempestad de miserias; si por el asesino (asesinato) muere, cuidemos los más entronizados (que hartó lo

(1) *La Estrella de Sevilla*, acto segundo, escena XI.

«estuvo este) de no incurrir en delito tal. Mandar matar á un
 »hombre ordinario, pone á un hombre tan grande en el es-
 »trecho que habemos visto; *si fuera noble* (el asesinado) *y de*
 »*generosas partes, y el aplauso de los más valientes ingénios,*
 »*¿qué haríamos con el agresor?»*

Tan clara alusion al asesinato del célebre conde de Villamediana, ocurrido en Madrid el 21 de Agosto de 1622, en la calle Mayor y al anochecer, acredita con evidencia que, cuando ménos los enemigos de Olivares, á él le atribuian aquel crimen, en su tiempo no castigado, sin embargo de su notoriedad, y hasta hoy todavía no completamente explicado.

Villamediana, sin embargo, fué uno de los más exaltados partidarios del nuevo reinado y del nuevo ministerio, en sus primeros dias, y tambien el escritor que acaso más contribuyó, con sus violentas sátiras, á concitar los ánimos contra los míseros caidos, preparándole así el camino á Olivares, en la opinion pública, para llevar á cabo, como lo hizo sin misericordia, sus maquiavélicos rencorosos designios.

Pero el Conde, aparte la culpa de sus amores *reales*, ciertos ó falsos, y los muchos enemigos que debia á la mordaz, satírica y maldiciente vena de su musa, no era, además, hombre á propósito para satélite de ningun privado. Poco tardó en tratar tan mal ó peor que á los caidos al advenedizo que los reemplazaba. No por eso afirmaré que Olivares fuera, directamente, el que decretó su muerte: pero sí que la opinion pública pudo creerlo con visos de fundamento.

Quevedo, implacable enemigo de Villamediana en la república de las letras, y no ménos, en la política, de Lerma y aún de Uceda, porque entrambos habian, cuando ménos, abandonado indefenso al gran duque de Osuna, patrono y favorecedor constante, mientras pudo, del autor de los «Grandes Anales de Quince dias;» Quevedo, en ese opúsculo histórico, y en otro titulado «Mundo caduco y desvaríos de la edad en los años de 1613 al 1620,» escritos ámbos en su Torre de Juan Abad, que le servia de cárcel, al fallecer Felipe III; Quevedo, repito, en esos dos opúsculos, trazó un severísimo cuadro de los últimos tiempos del reinado del Rey Devoto, y fulminó una tremenda acusacion contra sus ministros. Si su

objeto fué atraer sobre las cabezas de los últimos el rayo de la justicia ó de la venganza, logrólo más cumplidamente de lo que desearlo podia; pero si esperaba la enmienda de sus propios males, y la extirpacion de los que España padecia, poco pudo tardar en desengañarse, y muy amargamente por cierto.

Pero, al llegar aquí, echo de ver que voy extendiéndome más de lo necesario en esta parte, hasta cierto punto episódica, respecto al fin principal con que tomé la pluma; y, en consecuencia, voy á ponerle término, recordando solo, para completar el cuadro, que, amen de la proscripcion de Lerma y de Uceda, y del suplicio de D. Rodrigo Calderon, y de un sinnúmero de destituciones, y embargos y confiscaciones, que recayeron sobre gente de ménos cuenta, Olivares indujo al inexperto monarca á ensañarse con el prócer más ilustre, militar y políticamente hablando, del anterior reinado. Claro está que aludo al gran duque de Osuna, que preso en el castillo de la Alameda, falleció en él al cabo de tres años de cárcel, sin más culpa que la no pequeña en las monarquías absolutas y para los privados sin méritos propios, que la de haberse notablemente distinguido en servicio de su pátria y de su rey, y ser en realidad un notable hombre de Estado.

VI.

Desembarazado así el terreno de todo género de estorbos á su engrandecimiento y exclusiva privanza, poco tardó el conde-duque en ser de hecho, para mengua de la póstuma fama de Felipe IV, y para desdicha tambien de la monarquía española, árbitro de su política, así en los negocios interiores como en los exteriores mismos, que, en suma, eran entónces para nosotros todavía los de Europa entera, y muy señaladamente, además, los del catolicismo en su lucha contra las sectas protestantes.

Nunca más vasta esfera pudo encontrar el génio político, para desplegar anchamente sus alas: pero Olivares, codicioso del poder por sus utilidades, y para que otros no lo ejercieran, y de harto limitada inteligencia para darse siquiera cuenta de las grandes cosas que se habia constituido en obligacion de in-

tentar al ménos, no era más que un ambicioso vulgar, uno de tantos gobernantes que con salir del dia se dan por satisfechos, sin curarse del porvenir, y sobre todo uno de esos hombres que creen que su deber y su interés están en hacer precisamente lo contrario de lo que sus sucesores hicieron, ó los que aspiran á ser sus sucesores se presume que harían.—A esa norma ajustó sus procederes en el negocio del proyectado matrimonio del Príncipe de Gales con la Infanta doña María: asunto cuya negociacion, como sabemos, fué interrumpida por la muerte de Felipe III; y del cual razon es ya que á tratar de propósito volvamos.

Aunque durante muy cerca de dos años (de Abril de 1621 á Marzo 1623) nada nos dicen de él nuestros anales, sin duda porque tampoco nada se dijo por entónces en público, es, sin embargo, seguro que Jacobo I no lo perdió de vista nunca, y que en nuestra córte misma no faltó quien en reanudarlo pensara desde luego.

Para el privado del rey poeta, lo más importante, y sobre todo lo más urgente, era afianzarse en el valimiento, poniendo fuera de combate, cuando ménos, á cuantos á su juicio podian ser sus rivales, ó parciales y mantenedores de quien lo fuese. Logrado ese fin, demasiado por completo, en los primeros meses del reinado, ya con desembarazo podia atender el *alter ego* de Felipe á los negocios diplomáticos, entre los cuales era sin duda uno de los de más importancia el pendiente con el Rey de Inglaterra; y cuando á Olivares no se le ocurriera espontáneamente la idea de ocuparse en él, no faltaban en Madrid personas interesadas en traérselo á la memoria, y recomendárselo á su benevolencia.

De una parte el embajador extraordinario en nuestra córte de Jacobo I, el conde de Bristol, y de otra el conde de Gondomar, aunque español, no ménos celosamente partidario que el diplomático inglés del matrimonio en proyecto, hubieron sin duda alguna de solicitar á Olivares para que lo llevase á cabo, haciéndose así dueño de un lauro á que, segun su manera de ver, habian torpemente renunciado el difunto monarca y sus inhábiles ministros. Ni faltaban tampoco plausibles razones y especiosos argumentos en favor de aquel

proyecto, que si fracasó al cabo, porque realmente en el siglo XVII y dadas las circunstancias y condiciones de los soberanos y de los pueblos de España y de Inglaterra, realizarse no podía, no era, sin embargo, de aquellos que, como absurdos ó utópicos, deben desde luego calificarse de indignos de ocupar la atención de los verdaderos hombres políticos.

La Europa estaba entónces dividida en dos campos entre sí radicalmente opuestos, tanto por motivos religiosos, como por causas políticas, encubriéndose estas con aquellos muchas veces, y más todavía, sirviendo la religion de máscara y pretexto á las ambiciones de los potentados, ó de apoyo á las aspiraciones de los pueblos.

En el bando católico, la casa de Austria llevaba la bandera; en el protestante, los reyes de Suecia y Dinamarca, muchos príncipes del imperio en guerra con él, la república de Holanda y el monarca de Inglaterra. Francia, como católica, naturalmente debiera ser enemiga de la Reforma; pero, como potencia rival de España en todas partes, y no ménos del imperio germánico, más de una vez sirvió poderosamente los intereses de los hereges allende el Rhin, y aún hubo ocasion en que con los turcos mismos contrajo alianza.

Así las cosas, y aún pendiente, casi en su primer período todavía, la guerra de treinta años, fácilmente se comprende hasta qué punto era en realidad importante para Jacobo I procurarse, con la alianza del Rey de España, desde luego un mediador entre su yerno el conde Palatino y el Emperador Fernando, y para lo futuro, una poderosa intercesión en favor de los alemanes protestantes, si la fortuna de las armas llegaba á volverles la espalda. En cuanto á Felipe IV, evidente es cuánto le convenia tener de su parte seguramente al Rey de Inglaterra, en su casi constante lucha con la Francia.

Considerado el asunto bajo ese aspecto, aún sin necesidad de acudir á las muchas y excelentes razones que pueden alegarse siempre para probar la mútua conveniencia, en abstracto y circunstancias aparte, de una alianza entre España é Inglaterra, paréceme que está claro que entrambas partes contratantes, suponiéndolas en la negociacion de buena fé, pudieron muy bien persuadirse de que procuraban un fin tan

útil como legítimo: su error consistió en creer posible lo que en realidad, en aquellos tiempos, no lo era.

Pero ¿estaban de buena fé Jacobo I y Felipe IV, ó por mejor decir Olivares?—¿Hubo error de una parte ó de otra, ó de entrambas, ó, ya la córte de España, ya la de Inglaterra, negociaron á sabiendas de que el matrimonio era irrealizable? Difícil, si no del todo imposible, es hoy contestar categórica y terminantemente á tales preguntas; lo probable me parece que, por ámbas partes, hubo de todo, durante el largo curso de aquella negociacion. Quizá Jacobo, al principio, propuso el casamiento solo como un medio para obtener la intercesion en favor del Palatino; y más tarde llegó á desear con todas veras unir á su hijo con la Infanta. Quizá tambien Olivares y Felipe IV dieron oidos á Bristol y á Gondomar, primeramente, solo porque sabian que se los habian cerrado Lerma y Felipe III; y sin embargo, veremos que llegó, y muy pronto, un momento en que el soberano y su valido, persuadidos de que, en efecto, aquel matrimonio les era conveniente, trataron muy eficazmente de realizarlo.—Los hechos que por referir me quedan, van á darnos bastante más luz sobre ese misterio. Veámoslos.

Mientras en España, en vida aún de Felipe III, pasaban las cosas como sumariamente quedan referidas, habiéndose esparcido en Inglaterra, más de lo que al propósito de su monarca conviniera, la noticia de las negociaciones para el casamiento en Madrid entabladas, la opinion pública entre los protestantes, es decir, la inmensa mayoría de los ingleses ya entónces, pronuncióse enérgicamente contra aquel pensamiento, y á medida que los católicos iban revelando su gozo y las esperanzas que en aquel enlace fundaban, crecia tambien muy naturalmente el espíritu de oposicion de los primeros. Jacobo, como lo he dicho, no era hombre ni de renunciar nunca á lo que una vez sériamente se habia propuesto, ni tampoco de hacerles frente con resolucion enérgica á las tempestades políticas. Su fuerza era la de inercia, y el valor de que carecia, suplíalo con su terquedad invencible. Dejó decir, guardó silencio por su parte, y mantúvose firme en su propósito, sin dejar de negociar un solo instante. La muerte

de Felipe III, interrumpiendo ostensiblemente las negociaciones en Marzo de 1621, sirvió grandemente al rey de Inglaterra, apartando la atención de sus súbditos de aquel delicado asunto; pero es indudable que el monarca siguió siempre pensando en él, y haciendo que en Madrid secretamente lo continuaran tratando Bristol y Gondomar, con el nuevo monarca, ó más bien con el nuevo valido. Y digo que eso es evidente, porque de otra manera sería preciso suponer que Jacobo I, su ministro Buckingham y el Príncipe de Gales, habian perdido completamente el juicio, olvidado toda noción de decoro, y prescindido de toda consideración de régia dignidad, al obrar como en 1623 lo hicieron.

Pero, á mayor abundamiento, el católico Lingard nos dá la clave del misterio, diciéndonos que, alarmado Jacobo I con la noticia de las últimas derrotas del Palatino (en Setiembre 1622), y lamentándose de cuán otras eran las esperanzas que habia, con derecho, fundado en la intervención de la corte española, «dió orden á Bristol de regresar á Inglaterra, si en término de diez dias no recibia contestación satisfactoria.»

Felipe IV, pues, habia proseguido la intercesión por su padre entablada á favor del Palatino, y la negociación del matrimonio no estaba en realidad abandonada; pero todavía añade el historiador inglés y *católico*—no lo olvidemos,—noticias más claras y más importantes.

«Felipe (dice textualmente) supo probar que no habia razón para reconvenirle; ordenó á sus tropas en el Palatinado que obraran de acuerdo con las de Jacobo, y el tratado de casamiento caminó rápidamente á su conclusión. Los artículos religiosos relativos á la Infanta, con muchas correcciones hechas en Roma, fueron firmados por Jacobo y su hijo (el dia 5 de Enero de 1623), y ámbos además prometieron bajo su palabra de Rey y de Príncipe respectivamente, que los católicos ingleses no padecerian en adelante persecución, ni serian violentados, con tal de que limitaran el ejercicio de su culto á las casas particulares. Convínose que la dote de la Princesa seria de dos millones de ducados; que los desposorios tendrian lugar á los cuarenta dias de recibida la dispensa del Papa, y que tres semanas despues partiria la Infanta

»para Inglaterra, bajo la guarda de D. Duarte de Portugal.
 »Hasta los dos últimos puntos en discusion, la época de la
 »consumacion del matrimonio, y los plazos para el pago de la
 »dote, que una de las partes contratantes queria alargar, y
 »la otra acortar, fueron, tras corto debate, amistosamente ar-
 »reglados; y Bristol y su colega, el residente Aston, se feli-
 »citaron de haber terminado satisfactoriamente aquella larga y
 »difícil negociacion.» (1)

Tal era el estado de aquel negocio, que el público, así en España como en Inglaterra, creia completamente abandonado, cuando con universal sorpresa un inesperadísimo acontecimiento hizo sentir á ingleses y españoles que estaban completamente engañados, y que sus respectivos soberanos y gobiernos no habian en manera alguna renunciado al enlace en cuestion.

VII.

Aconteció, pues, que cuando ménos nadie podia esperarlo, fuera de las contadísimas personas en el secreto iniciadas, «dos extranjeros, que se hacian llamar Juan y Tomás Smith» (nos dice Lingard) (2), llegaron á Madrid y á la residencia del conde de Bristol, al anocheecer del dia 7 (3) de Marzo de 1623. Eran el príncipe de Gales y el marqués de Buckingham, que habian salido de Inglaterra el 18 de Febrero, *sin que nadie lo supiera más que el Rey* (Jacobo), y disfrazados y sin más acompañamiento que el de tres personas, habian hecho su viaje á la capital de España.»

El historiador español á que venimos refiriéndonos, difiere del inglés, al dar esta noticia, en afirmar que el Príncipe de Gales habia salido de Lóndres *contra el parecer de un Rey prudente*, en lo cual va errado, como ya hemos visto, y á demostrarlo palmariamente nos bastarán pocas líneas.

Recuérdese, en primer lugar, que desde el *cinco de Enero*

(1) Lingard, History of England; t. VI (Ed. Baudry), cap. III, pág. 134.

(2) Lugar arriba citado.

(3) El historiador de Felipe III dice que la llegada del Príncipe fué el 17 de Marzo, diferencia que se explica bien con recordar que en España regia ya el Calendario Gregoriano y en Inglaterra todavía el Juliano.

(1623) estaban firmadas las bases de las capitulaciones matrimoniales por Jacobo I y su hijo; y añádase á esa importantísima circunstancia lo que Lingard nos revela á renglon seguido del párrafo de su historia que copiado dejamos, diciéndonos:

«La idea de tan extraordinario viaje inicióla Gondomar, »en su embajada del año anterior, y su ejecucion se apresuró »á consecuencia de los despachos de él recibidos durante el »mes anterior.»

Ahora bien, D. Diego de Sarmiento, conde de Gondomar, ya á la sazón relevado en la embajada de Lóndres por D. Carlos Coloma, era persona á los negocios de Estado muy de sobra avezada, para que pueda suponerse que tomó sobre sí la gravísima responsabilidad de aconsejar á la córte de Inglaterra que diera un paso que tan en evidencia la ponía, sin asegurarse él mismo previamente, y muy á su satisfaccion, de que en Madrid habia el Príncipe de ser desde luego recibido, cuando ménos cortés y cordialmente, y tambien de que su casamiento con la infanta habia de tener lugar sin dilacion ni dificultades de ningun género.

Para mí, pues, no cabe la menor duda en que el rey muy probablemente, y de seguro Olivares, tenían conocimiento del viaje del príncipe de Gales, y en realidad lo aprobaban, aunque oficialmente no quisieran comprometer su responsabilidad en el negocio.—A quien casi sorprendió, y no muy agradablemente, la llegada á Madrid de Carlos y de Buckingham, fué al conde de Bristol, á quien la presencia del valido de Jacobo relegaba al segundo plano, y su intervencion en el pendiente asunto á última hora, y vencidas ya—que tal se creía—todas sus dificultades, privaba de la gloria y de los provechos del vencimiento. He dicho que el arribo del Príncipe y su ilustre acompañante *casi sorprendió* á Bristol, y así fué en verdad; porque el embajador británico sabia, por sus conversaciones con Gondomar, que del viaje se trataba; pero habiendo despachado, solo para impedirlo, un correo á Lóndres, que se cruzó en Bayona de Francia con los supuestos Smith, esperaba tal vez que sus razones fueran atendidas. Mas no llegaron á tiempo á su destino, ni quizá aun-

que llegaran produjeran el deseado efecto, porque el rey Jacobo estaba resuelto á todo para salvar á su yerno; Cárlos, mozo á la sazón de poco más de veintidos años y de muy romancesca índole, veía en aquel viaje una aventura propia de un enamorado andante; y para Buckingham, hombre, aunque de algunos más años que el Príncipe, no ménos que aquel novelesco, por su naturaleza frívolo, y que á su gallarda presencia y petulante codiciosa ambición, debía más bien la privanza que á ninguna dote de hombre de Estado, porque de ellas verdaderamente carecía; para Buckingham, la ida á Madrid tenía todos los atractivos de lo excéntrico, de una victoria ya por otros alcanzada para que él de laurel se coronara, y de la casi seguridad de recibir ricos presentes, amén de ganarse el favor de la, á su entender, futura Reina de Inglaterra.

Sea como quiera, secretamente, y sin más acompañamiento que el de tres caballeros de su confianza, sir Francis Cottington, Mr. Endimion Porter y sir Richard Graham, salieron el Príncipe y Buckingham de Lóndres el 18 de Febrero, y, atravesando el Estrecho, tomaron la posta hasta París, donde algún tiempo, aunque poco, y siempre conservando el más riguroso incógnito, hubieron de detenerse, puesto que, según escribe el historiador español y confirman, en cuanto al hecho, todos los ingleses, «como la intención» hacia á dos manos, en un festin ó sarao, de rebozo y encubierto, vieron á los Reyes y á la Infanta, que esta jornada «tiraba á dos pensamientos.» (1)

Estos Reyes y esta Infanta de Francia, á quien el palaciego analista alude tan maliciosamente, eran Luis XIII, su mujer doña Ana de Austria y la Princesa Enriqueta María, hija de Enrique IV de Borbon, hermana, por consiguiente, de su inmediato sucesor, y que dos años más tarde (Mayo 1625), casándose con el ya entónces Cárlos I, fué Reina de Inglaterra.

De ahí y de que, en efecto, ya ántes del 1623 algo se habia tratado de ese enlace entre las córtes de Lóndres y de

(1) Historia de Felipe III, t. II, lib. VIII, p. 424.

París, dedujo nuestro historiador, para quien toda especie de doblez y mala fé en los tratos eran siempre de suponer en los herejes, que Carlos y Buckingham, aún viniendo á Madrid sin más propósito que el de casar al primero con nuestra Infanta, quisieron aprovechar la ocasion de su tránsito por París para enterarse, cuando ménos, de lo que personalmente valia la hija de Enrique IV.

Malicia de sobra me parece esa, y sin fundamento plausible siquiera para tomarla en cuenta, porque el ulterior matrimonio de Carlos con Enriqueta solo prueba que, frustrado su proyectado enlace en España, fué muy naturalmente á buscar esposa en otra parte. Lo único en eso notable, y que solo se explica por la especie de fatalidad que impelia á la raza de los Estuardos á hacerse impopular en Inglaterra, es que fuera precisamente otra Princesa *católica* la elegida para reemplazar á la *católica* Infanta de España. Estaba, sin duda, *escrito*, como los mahometanos dicen.

El resto del viaje, largo, penoso, y no sin algun riesgo en aquellos tiempos, desde la capital de Francia á la de España, hiciéronlo el Príncipe y su séquito sin hallar tropiezo, y sin que nadie sospechara quiénes eran. No habia entónces ni periódicos que todo lo averiguaran y á la publicidad lo entregasen, ni telégrafos que en instantes trasmitieran las noticias desde el punto de su origen á centenares, cuando no á millares, de leguas, ni siquiera correos ordinarios para la correspondencia oficial ó privada; y solo de ese modo se comprende que, faltando de Lóndres, donde á muy poco le echó el público de ménos, el Príncipe heredero de la corona, nada ménos que veintisiete dias (1), no se tuviera noticia alguna de ello ni en Francia ni en España.

Bristol, sorprendido con la presencia de tales huéspedes, hubo menester de toda su presencia de espíritu y de toda su diplomática práctica de ponerle al mal tiempo buena cara, para disimular su disgusto, y sustituir á la queja que ya casi le asomaba al lábio, las frases de rendimiento á su futuro soberano, y de profunda consideracion al primer ministro de

(1) Desde el 18 de Febrero al 17 de Marzo.

Jacobo, que la ocasion requería. Hízolo, sin embargo, á satisfaccion del augusto viajero y de su acompañante; y sin pérdida de momento mandó á llamar al conde de Gondomar, alma de todo aquel negocio, para informarle de que, en efecto, su deseo se habia realizado.

«Pasó volando (Gondomar) á darle la noticia al conde de Olivares, los cuales á un mismo tiempo se la dieron al Rey; y este ruido y esta novedad comenzó luego á extenderse por la córte. Viéronse ámbos, Príncipe y Rey, aquella noche de secreto y retirados, y.....»—Pero una observacion importante, antes de proseguir la comenzada cita.

Llegó Cárlos á Madrid, segun Lingard, al anocheecer; otro autor, Céspedes me parece, dice que á las once de la noche; pero tomemos de esas dos la hora más temprana, y todavía veremos la prisa con que hubieron de andar, Bristol en avisar á Gondomar, este en llevar la noticia á Olivares, los dos juntos en ponerla en conocimiento de Felipe IV, y el Rey mismo en disponer lo necesario para celebrar su secreta entrevista con el Príncipe; todo eso en aquella misma noche del 17 de Marzo, y dejando tiempo para que el recién llegado se trasladara, como lo hizo, con todo su séquito, desde la casa del embajador inglés al convento de San Jerónimo del Paso, ó del Prado como hoy decimos, donde, (escribe nuestro puntualísimo ayuda de cámara) «para hacerse con solemnidad su entrada (en Madrid) y recibimiento, sin perdonar ninguna circunstancia de gasto, ni de como se hace á las personas reales en Castilla, se le hizo el aposento, en el cuarto que tienen allí los reyes.»

Si el Rey y su ministro hubieran ignorado el viaje de Cárlos Estuardo, todo eso no cupiera en tan breve espacio de tiempo. La severidad prolija de la etiqueta en la casa de Austria, todo el mundo la sabe; aquellos monarcas vivían á compás y pautadamente, por decirlo así; la más leve alteracion en las fórmulas más nimias del ritual palaciego, era, como vulgarmente se dice, obra de romanos; y es absurdamente inverosímil suponer que, en pocos minutos, aceptara Felipe IV una visita de aquel género, siendo para él inesperada, y que Olivares se prestase á patronizarla, y anduviera

hecho un azacan toda la noche para disponer el alojamiento del Príncipe en San Jerónimo.

Nó: la verdad que salta á los ojos, es que Gondomar habia propuesto el viaje con acuerdo del conde-duque y beneplácito del monarca; que este y aquel aguardaban de un momento á otro la llegada del Príncipe; y que, cuando esa se verificó, como era prevista, todo estaba de antemano conveniente aunque sigilosamente dispuesto para recibirle como era debido. He de advertir, sin embargo, que el relato de Céspedes, cuya historia se imprimió la vez primera en Lisboa el año de 1631, difiere en este punto notablemente del que hace el autor del libro á que vengo generalmente refiriéndome.

Conviene con el historiador de Felipe III el de Felipe IV, en que la fecha de la llegada del Príncipe á Madrid fué la del viernes 17 de Marzo, pero no en otra cosa. Segun él, hubiera querido el Rey que aquel acontecimiento no se divulgara, cosa que no fué posible, «mayormente con la venida de un correo por el Coloma (embajador español en Lóndres) despachado, que en un instante lo extendió,» si bien las gentes al principio se negaban á dar crédito á la noticia juzgándola inverosímil. Hasta el dia siguiente, sábado, no fué el conde de Olivares, y eso como de secreto, por el jardin de la Priora á visitar á Buckingham, con quien «habló largo, pasando algo despues á dar la bienvenida al Príncipe de parte de su magestad.»

El domingo siguiente (19) salió el Rey en público con la Reina, la Infanta y los Infantes, y «caminando su carroza por la calle Mayor, casi abordó la que, encubierto, traia al Príncipe, á los embajadores de su padre, al *Buquingan* (sic) y á Gondomar; con el marqués de Flores de Avila. S. M., en confrontando, se destocó, como cumpliendo con los embajadores.»

Aquella misma tarde, ó más bien al empezarse la noche de aquel dia, volvieron á encontrarse (de propósito) en el Prado, las dos carrozas del Rey y del Príncipe, «con un gran número de hachas que suspendieron más el dia;» y regresando de allí Carlos á su posada, siguióle Olivares para anunciarle la visita que S. M. habia resuelto hacerle en la misma noche, como lo verificó, asistiendo á ella el mimo conde-duque,

Buckingham, Bristol y Gondomar. Al día siguiente, lunes (20), dispuso el Rey que se tratase en el Consejo del modo y forma que se tendría que recibir y hospedar al Príncipe; y la deliberación debió de ser espaciosa, pues aunque se acordó que todo se hiciera con solemnidad y esplendor, lo cierto es que, si hemos de creer á Céspedes, hasta el otro domingo (26 de Marzo), es decir, hasta el noveno día de su llegada á Madrid, no se trasladó el Príncipe de Gales á San Gerónimo, á donde nos dice que le condujeron *cuatro ministros del Estado*, D. Agustín Mexía, el marqués de Montes Claros, don Fernando Giron y el indispensable Gondomar.

Mucho más en consonancia con los hábitos de pausada gravedad y lenta manera de proceder de nuestra corte al principio del siglo XVII, confieso que me parece la relación de Céspedes, que la de la historia de Felipe III; pero la circunstancia de ser el autor de la última un criado de palacio, testigo, por tanto, forzosamente presencial de la mayor parte de los hechos que refiere, me inclina grandemente á darle entero crédito. Dejo, sin embargo, en plena libertad al lector discreto, para que elija, entre las dos versiones que á su consideración he sometido, la que mejor le parezca.

Sea la que fuere la que se adopte, á mi juicio queda siempre demostrado que el Príncipe de Gales y Buckingham vinieron á Madrid, sabiéndolo, consintiéndolo, tal vez ordenándolo Jacobo I: que despachos del conde de Gondomar apresuraron el viaje; que Bristol no tuvo noticia de ello hasta cuando ya era tarde para impedirlo, como quisiera; y en fin, lo que es más importante, que no fué la venida contra la voluntad, si no muy á sabiendas de Felipe IV y de su primer ministro. Es posible, aunque yo no lo creo, que acaso llegara Carlos á Madrid días ántes de lo que el Rey y Olivares lo esperaban; pero, vuelvo á decirlo, ni para el monarca, ni para el privado, pudo ser aquel un acontecimiento imprevisto, ni mucho menos á sus miras y voluntad contrario.

VIII.

No cabe en los naturales límites de este ligero ensayo, aunque sería curiosa, entretenida, y como estudio de costum-

bres instructiva, una detallada descripción de las solemnes funciones con que la corte y la villa de Madrid, celebraron la llegada del Príncipe de Gales á las orillas del Manzanares. La gente palaciega siguió entónces, como siempre, el rumbo que al monarca le plugo señalarle; si algunos, y eran bastantes en número, miraban con repugnancia y hasta con aversion el proyectado enlace, hubieron de abstenerse, por temor al castigo, de toda demostracion que sus sentimientos revelara; y para el pueblo, siempre ansioso de novedades y de olvidar sus miserias, aturdiéndose con el estrépito de los públicos espectáculos, para el pueblo de entónces, tan gratas eran las fiestas hechas al futuro Pontífice de la luterana Iglesia de Inglaterra, como las lúgubres pompas del auto de fé, en que á la hoguera se entregaban los cuerpos de algunas docenas de protestantes y judíos y supuestas brujas.

Con razon, pues, escribia Jacobo, en su más que familiar estilo, á su hijo y á su favorito: «la noticia de vuestra gloriosa »recepccion en ese país, me hace temer que ámbos cuando »acá regreseis, desconozcais á nuestro viejo papá;» y con razon tambien dice Lingard que, «el Rey, la grandeza y el pueblo »de Madrid, parecian no saber cómo dar testimonio de su »alegría con motivo de aquel inesperado acontecimiento.» (1)

Nuestros propios historiadores están en ese punto completamente de acuerdo con los ingleses.

El de Felipe III, que ya muchas veces me ha servido de texto, resume, á mi parecer con notable exactitud, todo lo en esa materia ocurrido, diciéndonos:

«Otro dia (el siguiente al del establecimiento del Príncipe »en San Gerónimo del Paso), con todo el aparato y pompa »de la corte, habiéndole besado la mano los Consejos, salió »el Rey de palacio á caballo, y fué al monasterio, donde, des- »pues de algunos cumplimientos y debidas cortesías, subie- »ron á caballo (el Rey y el Príncipe), y debajo de un riquísimo »pálio que junto á la huerta del duque tenian prevenido los »regidores de la villa, le trujo á su mano derecha á palacio, »haciendo lo mismo el conde de Olivares con el marqués de

(1) Lingard, t. VI. págs. 135 y 136.

»Boquingan (sic). Llegaron á palacio con el mayor concurso
 »de pueblo que se habia visto en muchos años; hizo visita (el
 »Príncipe) á la Reina y á la Infanta, y visitáronle despues en
 »su cuarto los Infantes D. Cárlos y D. Fernando, y despues
 »todos los grandes, prelados y personas ilustres de la córte;
 »el hospedaje fué de los más lucidos y generosos de que hoy
 »se tiene noticia en el mundo. Envióse orden á los Consejos
 »de que todo cuanto pidiese se despachase en su nombre, y
 »al Príncipe se le avisó, de orden del Rey, hiciese lo que qui-
 »siera en esta materia; muchos títulos y caballeros fueron se-
 »ñalados para su servicio; la atencion, magnificencia y cui-
 »dado que en él se tuvo, fué del que siempre acostumbra y
 »se hapreciado España. Hiciéronse muy reales fiestas, jugó
 »el Rey las cañas, entreteniéndose, despues de esto, muchos
 »dias en correr lanzas, en que el inglés no parecia mal ejer-
 »citado.»

Lingard dice además, en el lugar citado, que en honra de Cárlos, «se abrieron las cárceles, que se le dió lugar prefe-
 »rente al del Rey mismo, y que dos llaves de oro le facilita-
 »ron acceso á todas horas á las régias habitaciones.» Respecto á lo de *abrirse las cárceles*, hasta cierto punto, la asercion es exacta, puesto que Céspedes nos dice (1) que las dos primeras cosas que, para solemnizar la entrada del Príncipe en Madrid, acordó el Consejo, fueron la suspension de las pragmáticas que se habian poco ántes publicado (2), y *la soltura de los presos que hubiese, sin partes* (es decir: sin parte agraviada que los persiguiera), *en las cárceles*. Tan antigua es la costumbre de solemnizar ciertos acontecimientos con indultos generales que, si piadosas en la apariencia, quizás en la realidad tanto como aprovechan á los malos, perjudican á los buenos.

En cuanto á lo de *las dos llaves de oro*, yo no hallo noticia alguna en nuestros historiadores, ni admite la cosa más esplicacion plausible que la de suponer que se dieran al *Príncipe*, y sin duda á Buckingham, las llaves de gentiles-hombres de

(1) Hist. de Felipe IV, lib IV, pág. 282, col. 2.^a

(2) Sobre la reformation de los trajes en Castilla, ó sea contra el lujo.

cámara con ejercicio; en cuya hipótesis, por lo que hace á Carlos, más habria de humildad sobrada de su parte en aceptar aquel signo, honorífico sin duda, pero de servidumbre al cabo, que de gracia de parte de nuestro monarca al concedérselo. Supongo, pues, que hay error en lo que afirma el historiador inglés, al ménos en cuanto al Príncipe; y afirmo que les dá á las tales llaves un poder de que ya carecian en tiempo de Felipe IV, si es que alguna vez lo tuvieron, en efecto. La llave de gentil-hombre dá derecho al que la lleva á presentarse en la real cámara cuando lo tenga por oportuno en horas convenientes; pero no á penetrar á su arbitrio en las reales habitaciones.

En todo caso, es evidente que la acogida que encontró el Príncipe de Gales en nuestra córte, fué extraordinariamente cordial y sin ejemplo afectuosa; prueba inequívoca de la importancia que se le daba á su venida, ó lo que es lo mismo, al proyectado, al pactado, al casi definitivamente convenido enlace.

Y sin embargo de todo eso, y no obstante que despues del acto solemne de la aceptacion y juramento de las principales condiciones del tratado por Jacobo I y su hijo, parecia que en Madrid poco ó nada quedaba que hacer en el asunto, más que terminarlo con la celebracion de los esponsales, todo volvió á ponerse en tela de juicio, como si nada anteriormente se hubiera hecho, desde el momento mismo de la llegada del Príncipe y Buckingham.

Por vez primera se comunicó entónces aquel proyecto al Consejo de Estado; convocóse además una junta compuesta de los más eminentes teólogos y catedráticos de Salamanca, de Alcalá de Henares y de las demás universidades de España, para que examinase el caso como de conciencia para el Rey (1); y este, á mayor abundamiento, circuló cartas de ruego y encargo á todos los prelados de sus reinos, para que «cada uno en su diócesis, hiciesen con muy grandes veras encomendar á Dios las cosas que ocasionaron su venida» (la de Príncipe).

(1) Historia de Felipe III, lib. VIII, pág. 426.

Por su parte Olivares, que no sin cierta repugnancia habia consentido en los artículos del tratado que se celebró con Bristol y Aston, porque sabia que en España el clero y la nobleza eran opuestos á aquel matrimonio, y temia que siendo el Rey, como lo era, menor de edad, pues contaba solos 18 años, toda la inmensa responsabilidad de tan grave negocio pesara exclusivamente sobre sus hombros, vió en la llegada del régio huésped una esperanza de obtener mucho más favorables condiciones para España. Prometíase que la inexperiencia del Príncipe y de Buckingham, jóvenes ámbos, le haria ménos cautos que lo fueron los embajadores, y su ardor ménos obstinado tambien que aquellos; y puesto que tan imprudentemente habian ido á ponerse, por decirlo así, á merced del ministro español, propúsose este reducir á Carlos á la alternativa forzosa de consentir en cuantas condiciones para obtener á la Infanta se le impusieran, ó de sufrir el desaire consiguiente á la impresion de haber cruzado el mar en demanda de una empresa propia solo de un insensato visionario (1).

Cómo se prescindió hasta entónces de la consideracion de las dificultades gravísimas que á tal matrimonio se oponian realmente; cómo se cometió la imprudencia de formar con los embajadores un tratado que, procediendo de buena fé, resolvía la cuestion de plano; cómo se autorizaron ó se consintieron, cuando ménos, las gestiones oficiosas de Gondomar para traer á Madrid al Príncipe; y cómo, en fin, precisamente cuando ya Carlos estaba en palacio, y el pacto jurado en Lóndres, y la dispensa de Gregorio XV obtenida, fué el momento escogido para ponerlo todo de nuevo en tela de juicio y dilatar el desenlace lo bastante para que el negocio se frustrara, cosas son que ni se conciben, ni se explican sino conviniendo en que Olivares era un hombre absolutamente incapaz de la gobernacion de un Estado.

Por dicha suya, al ménos en el primer momento, ni el Príncipe ni el ministro bajo cuya tutela se le habia enviado á España, eran más capaces, ni más hábiles, ni tampoco más

(1) Lingard, lugar citado, página 137.

leales que él en materia de negocios políticos; y así, cuando el conde-duque en una conferencia, con entrambos á solas celebrada, les manifestó que lo negociado con Bristol habia sido más aparente que real, y que el momento de tratar de veras era precisamente aquel, pues todo género de dificultades se orillarían con la presencia del Príncipe y la sabiduría de su consejero, uno y otro jóven dejáronse alucinar por las lisonjas y arterías del privado de Felipe, y desatendiendo las observaciones de los embajadores de Jacobo, consintieron en que fuesen de nuevo discutidos todos los artículos ya anteriormente aprobados y jurados. Cárlos, que sobre ser muy jóven carecia y careció siempre, muy para su mal, de sentido político, poco tiene de extraño que en la red cayera; pero en Buckingham, tan gran torpeza no admite disculpa de ningun género, como por tal no se tenga una, que es á mi juicio en realidad circunstancia agravante de su pecado, á saber: que considerando á Bristol como un rival, desoyó sus consejos y quiso además humillarle excluyéndole de la negociacion, que el embajador fundadamente se envanecia de haber felizmente terminado pocos meses antes.

Desde aquel momento, empero, sin blasonar del don de profecía, á cualquier estadista medianamente versado en asuntos diplomáticos, que conociera bien su época y los hombres que intervenian en el que nos ocupa, fácil le fuera predecir su resultado.

El verdadero, el fundamental objeto del Rey de Inglaterra, era salvar, si podia, á su yerno el ex-electoral Palatino; en segundo término, y solo como medio para su fin principal, trataba del matrimonio, no ménos impopular entre los protestantes ingleses que entre los católicos españoles.

Para Felipe IV y su valido, el tal matrimonio tampoco era más que un medio para apartar á Jacobo de la alianza francesa; una esperanza, á lo más, de aliviar la suerte de los católicos en la Gran Bretaña, y acaso tambien una ilusion de reducir al gremio de la Iglesia de Roma á la familia allí reinante.

Ahora bien: salvar al desdichado Federico V era imposible de toda imposibilidad, tanto porque, en principio, el Emperador Fernando estaba firmemente resuelto á no perdonar-

le, y mucho más á no rehabilitarle jamás en su perdida dignidad electoral, cuanto porque precisamente por aquel tiempo las armas imperiales, y las españolas sus aliadas, obtuvieron señaladas y repetidas victorias en Alemania, sobre la liga protestante. Así Felipe IV negoció de tan buena fé, sin duda, como lo habia hecho Felipe III en favor del Palatino: pero encontró tambien en la córte de Viena la misma invencible resistencia que antes de su padre.

Para Jacobo, pues, del matrimonio de su hijo con la Infanta doña María quedaban solamente los inconvenientes y peligros de su impopularidad en Inglaterra.

Respecto á Felipe, por una parte, con solo prolongar la negociacion lográbbase el principal fin político apetecido, pues mientras solicitara Cárlos la mano de la Infanta, no habia su padre de contraer alianza con el Rey de Francia. La prosperidad, por el momento, de las armas imperiales, era además un motivo para temer ménos á nuestro traspirenáico vecino, y en la escasa prevision y ridícula vanidad de Olivares, eso bastaba para que fuerte se creyese. Podia, pues, á su entender, proceder con desembarazo y resolucion en los otros dos puntos de su aspiracion, posibles ámbos, en rigor, aunque no de fácil logro ninguno de ellos.

Jacobo I no hubiera tenido dificultad ninguna personal en levantar mano en la persecucion de los católicos; porque la doctrina de estos, respecto al principio de autoridad política, personificada en los Reyes, conforme con la de la Iglesia anglicana, aunque acaso ménos exagerada, era naturalmente tan de su gusto, como lo fué, lo es y lo será siempre del de todo monarca. Con quien no podia capitular nunca de buen grado, era con las sectas disidentes, con los calvinistas en general; porque en el fondo de las creencias de esos, hay realmente siempre algo de republicano. Pero Jacobo I era Rey constitucional; y el Parlamento, tanto en Inglaterra como en Escocia, esencialmente anticatólico. Por tanto, Jacobo no hizo ni pudo hacer nunca sobre eso tratados, ni siquiera promesas, más que reservadamente, sin la sancion legal necesaria, y que si á algo le obligaban—moralmente y no más—era á intentar, no á conseguir que cesara la persecucion á

los católicos, cosa que realmente no estaba en su mano.

Restaba, pues, no más que la esperanza de convertir al catolicismo al Príncipe de Gales, y quizá también por su medio al Rey su padre. En verdad la ortodoxia de Jacobo I y de su infeliz sucesor en la fé anglicana, fué considerada siempre como sospechosa para muchos protestantes, y no me parece por tanto muy extraño que alimentaran algunos católicos, sobre todo en Madrid, la esperanza de que se trata; pero no por eso he de ocultar que pecaron de cándidos, más ó ménos interesadamente, los hombres políticos que en tan frágil fundamento basaron sus proyectos. El hijo de la católica María Estuardo, que por reinar en Escocia se habia hecho allí campeón del pretestantismo presbiteriano, y por no comprometer su derecho á la sucesion al trono de Inglaterra, capituló con los asesinos de su infelicísima madre, con evidencia no era hombre capaz de comprometer su corona, á tan caro precio comprada, por consideraciones meramente de conciencia, dado que en realidad la suya le inclinara á la fé católica, lo cual no me parece probado ni mucho ménos.

Y que inclinarse al catolicismo y profesarlo personalmente le hubiera indudablemente costado la corona á Jacobo I en su época misma, nadie que conociera el estado de Inglaterra podia dudarlo; y, años más tarde, lo demostró hasta la evidencia la triste suerte de su nieto Jacobo II.

En cuanto á Cárlos, tan lejos estaba, cuando á Madrid vino, de inclinarse á la religion de la Infanta que pretendia, como sin ambages de ningun género nos lo dice el historiador de Felipe III en las siguientes frases:

«A esto (las discusiones del Consejo y de la junta de teólogos) se agregaba el fastidio (para el Príncipe de Gales) de muchas personas de buen celo que le pretendian reducir al camino verdadero del Evangelio; *mas el hereje era constantísimo preceptor de sus abusos, y Boquingan mucho más y más pertinaz que Calvino y Lutero, con que no se descuidaba de la inteligencia, ni le dejaban un punto tres consejeros de Estado y tres teólogos.*»

Como se vé, pues, en realidad se trataba en aquella negociacion de llegar á un fin que á ninguna de las dos partes con-

tratantes podia ser útil, antes por el contrario, perjudicial sobre todo bajo su aspecto religioso, que era en aquella época el más importante y trascendental; pero, á mayor abundamiento, los medios de que los negociadores se valieron, parecian calculados de propósito para llegar pronto, como sucedió en efecto, á un definitivo rompimiento.

Los ingleses insistian con inconsiderada tenacidad en lo que realmente les importaba: la restauracion del Palatino á sus dignidades y Estados. Los españoles discutian, á ciencia y paciencia del jóven Príncipe de Gales, sobre su condicion de hereje y exigian terminantes y seguras garantías en favor de los católicos de la Gran Bretaña. No alcanzo, decia con verdad Olivares, á vencer la resistencia del Emperador Fernando; y tambien con verdad, replicaba Buckingham, no tiene poder el Rey de Inglaterra para relevar á los católicos en sus dominios de las penas que las leyes les imponen por el ejercicio de su culto. Pero ni uno ni otro querian tomar sobre sí la responsabilidad del rompimiento de aquella negociacion; y en vez de reconocer francamente que era preciso renunciar á lo imposible, afectaban cada vez más empeño en que el casamiento se celebrara, y al mismo tiempo agotaban todos los recursos del pequeño maquiavelismo diplomático, para obligar cada cual á su adversario á que asumiera la odiosidad de la iniciativa.

Nuestro conde-duque alcanzó la triste honra de mostrarse en aquella lid de mal género el más hábil de los combatientes, consiguiendo al cabo agotar la paciencia del Príncipe, herir en lo más vivo el orgullo satánico de Buckingham, y obligar al mismo Jacobo I á llamar apresuradamente á Lóndres á su hijo y á su favorito. No tengo ya espacio para entrar en pormenores; pero aunque muy sucintamente, procuraré que el lector pueda formar idea de los procederes del valido de Felipe IV.

Ya he dicho que, en primer lugar, consiguió que la negociacion se entablara á la llegada de Cárlos á Madrid, como si nada en ese punto antes se hubiera hecho; ahora añadiré que en el nuevo procedimiento halló medio para hacer interminable el asunto. Cada cuestion se ventilaba, en efecto, pri-

mero directamente entre Olivares y Buckingham, y una vez así resuelta, pasaba en consulta al Consejo de Estado, y de este á la junta de teólogos y canonistas de que ya tenemos noticia; por manera que, áun de acuerdo todos los pareceres, no hay para qué encarecer el tiempo que se perdía en obtenerlos; y á la menor discrepancia, á la más leve dificultad, era preciso empezar de nuevo irremisiblemente.

Nuestras exigencias católicas ofendían al protestante Buckingham; las réplicas, más ó ménos heréticas, del representante de Jacobo I, irritaban en general á nuestros ortodoxos intolerantes teólogos, y muy en particular la vanidad quiquillosa de Olivares.

Poco tardaron él y Buckingham en ser y declararse jurados enemigos; y apenas si la intervencion de Felipe IV de una parte, y de Cárlos Estuardo por otra, bastaba á contener á uno y otro ministro en los límites del decoro cortesano. Como es natural, las historias británicas cargan todo lo odioso sobre Olivares, pero las nuestras son de contrario sentir, y la misma de Felipe III, cuyo autor de todo tenía ménos de parcial del valido de Felipe IV, dice de Buckingham, que al recibir la noticia de que el Emperador se negaba resueltamente á mostrarle ningun género de indulgencia al Palatino, «tomaba el cielo con las manos y no le alcanzaba por hereje, y dándose á correr por su perverso natural, en ninguna cosa de cuantas dejaban acordadas el conde de Olivares y él, en orden al casamiento, tenía consistencia; y si hoy se proponía y asentaba alguna cosa, mañana la negaba (¡propia condicion de hereje!).»

No lo era, ciertamente, el conde-duque, mas no por eso le trata con gran consideracion el cronista que citamos, pues añade á renglon seguido de lo copiado: «El conde de Olivares, tambien con esta confusion de cosas, perdía pié sin saber en qué rumbo ó paraje navegaba, con que la amistad y buena alianza en que se habian confirmado en sus principios, comenzó á decaer y enfriarse, convirtiéndose en rencor y pesadumbre y poca seguridad en el trato.»

Mientras así los negociadores se desavenían en la córte de Madrid, el Príncipe mismo, como ya lo hemos visto, acosado

por teólogos más celosos que discretos, comenzaba á sentir que, con la Infanta y su séquito, llevaria consigo toda una hueste de catequistas; la opinion se pronunciaba cada vez más en contra del casamiento, en España y en Inglaterra; Jacobo comenzaba á inquietarse por las consecuencias posibles y aún probables, del descontento de sus súbditos; la Francia y las demás córtes interesadas en estorbar la alianza entre España y la Gran Bretaña, ponian en juego todos sus recursos, para que la negociacion fracasara; y en Roma misma, debilitándose las ilusorias esperanzas del primer momento, se ponian condiciones cada vez más exigentes, para conceder la segunda dispensa, necesaria por haber ya caducado la primera que otorgó Gregorio XV.

Tantos y tan poderosos y tan lógicos elementos de ruina para el temerario proyecto de Jacobo I, produjeron al cabo su inevitable efecto: el matrimonio no tuvo lugar, y un rompimiento tardó poco en estallar entre las córtes de Lóndres y de Madrid; pero ámbas llevaron, sin embargo, su disimulo, por no decir su hipocresía, hasta el último extremo. En efecto, á pesar de todos los pesares, el 22 de Agosto de 1623 firmóse un nuevo tratado, segun el cual los desposorios debian celebrarse en las próximas fiestas de Navidad, representando al Príncipe, en virtud de poderes por este otorgados, el Rey Felipe ó su hermano el Infante D. Cárlos, tomando desde luego la Infanta el título de Princesa de Gales, pero permaneciendo en la córte de su padre, hasta que la tolerancia ofrecida á los católicos fuese un hecho en Inglaterra.

¿Por qué Buckingham, que estaba ya resuelto á que el matrimonio no se hiciera, tal vez con anuencia del Príncipe, consintió en que tal tratado se firmase y se jurara solemnemente?

Sin duda por temor á que, si en Madrid mismo osaba revelar sus verdaderos sentimientos de ódio á nuestra córte, esa abusara tal vez de su fuerza y secuestrase, no solamente su persona, sino tambien la del Príncipe mismo. En aquel siglo, tal recelo no era tan absurdo como lo seria en el nuestro; y á mayor abundamiento, Buckingham tenia derecho á temerlo todo de Olivares, si es verdad que este, como aun-

que no afirmándolo positivamente lo insinúa el ayuda de cámara historiador, acusó ante Carlos á su privado de estar en correspondencia con el Palatino, nada ménos que para procurarle la sucesion al trono de Inglaterra, abreviando la vida del legítimo heredero de aquella corona (1).

En todo caso, la verdad es que Buckingham habia impetrado de Jacobo órdenes terminantes y repetidas, para que su hijo regresara á Lóndres inmediatamente, sin perjuicio (se escribía ostensiblemente) de proseguir la negociacion; que en su virtud se hizo el último tratado; y que apenas fuera de Madrid y en camino para embarcarse en Santander (Setiembre 1623), desde Segovia envió un correo al conde de Bristol con instrucciones cuyo objeto era, difiriendo la entrega al Rey del poder del Príncipe para desposarse en su nombre, impedir que el matrimonio se realizara.

Dícese que, al despedirse los dos validos, Buckingham dijo á Olivares: «Del Rey, de la Reina y de la Infanta, probaré siempre que soy muy humilde servidor: vuestro, jamás;» y que le replicó el conde: «Me doy por honrado con tal cumplimiento» (2).

Embarcáronse el Príncipe y su comitiva en Santander antes de mediar Setiembre, esto es, á los seis meses no cabales de su venida á España, y al abandonar ellos sus costas quedó definitivamente desvanecida hasta la esperanza de aquel casamiento, en que tantas y tan quiméricas las habian fundado las córtes de Inglaterra y de Castilla.

Todo lo que dió de sí aquel utópico proyecto fué exacerbar el ódio religioso y la enemistad política entre ámbas naciones y ámbos gobiernos: ordinario resultado de intentar, en materias tan graves y delicadas, transacciones imposibles y avenencias entre doctrinas é intereses entre sí radical y diametralmente opuestos.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

(1) T. II. p. 433.

(2) Lingard, lugar citado, p. 141.

LUIS DE LEON UND DIE SPANISCHE INQUISITION

VON DR. FR. HEINRICH REUSCH. (1)

Luis de Leon es uno de esos hombres, raros en todos los países, que poseen el privilegio de excitar el interés de la posteridad así por el valor moral de su carácter como por los productos de su actividad científica. La firmeza, perseverancia y abnegación de que dió muestra durante la instrucción de su proceso y cautividad; la reserva tan digna de su talento y erudición que observó al salir de las prisiones de la Inquisición y reanudar en la universidad sus lecciones, y otros muchos rasgos, en suma, no ménos elevados de su carácter, han hecho á este hombre extremadamente simpático entre todos los amigos de la ciencia, y más en particular á los que siguen las mismas sendas de ese ilustre maestro. Por otra parte, y no hablando de las obras puramente literarias de Luis de Leon, de sus inimitables poesías líricas, puede decirse que sus trabajos de exégesis bíblica, á pesar de los enormes progresos de una ciencia que comenzó apenas en el siglo XVI, conservan todavía un gran valor para el teólogo de nuestros días. No hay por tanto razón para maravillarse de que un profesor de teología católica de una universidad alemana haya elegido la figura de Luis de Leon para objeto del estudio que creemos útil analizar brevemente en esta REVISTA, á fin de que el trabajo del erudito extranjero no pase del todo desapercibido en España.

El título del trabajo de Mr. Reusch, *Luis de Leon y la Inquisición española*, no indica exactamente su contenido. Este volumen se compone de dos partes completamente distintas: la primera es la reproducción de una conferencia tenida ante un público *mezclado*, es decir, no universitario, en donde el profe-

(1) *Luis de Leon y la Inquisición española*, por el Dr. Fr. Enrique Reusch, profesor de teología católica en la universidad de Bona, 1873.

sor ha expuesto la vida de Luis de Leon, insistiendo particularmente en el episodio del proceso de la Inquisicion de Valladolid y dejando á un lado todo aparato científico y toda discusion de las doctrinas del teólogo de Salamanca; la segunda parte es de un género muy diferente: consiste en la reunion de diez disertaciones críticas, referentes ya al hombre mismo, ya á sus doctrinas. Ha abandonado aquí M. Reusch, como la mayoría de los profesores alemanes, toda investigacion de estilo y de composicion; es un estudio de pura erudicion.

La lista de estos diez capítulos son: 1.º *Literatura* (es decir, exámen de las obras consagradas á Luis de Leon ó á sus obras); 2.º *Obras de Luis de Leon*; 3.º *La familia de Luis de Leon*; 4.º *Luis de Leon en Salamanca, 1543-1572*; 5.º *La Biblia de Vatablo*; 6.º *Explicacion del cantar de los cantares*; 7.º *La Vulgata*; 8.º *Bartolomé de Medina y Leon de Castro* (los dos colegas de Luis de Leon, que impulsados por la envidia tuvieron tan triste papel en el proceso); 9.º *El Proceso*; 10.º *Vida de Luis despues de su cautividad*.

A pesar de los trabajos notables de Mayans, de Merino, y últimamente de D. José Gonzalez de Tejada (1), ningun historiador hasta Mr. Reusch habia ordenado críticamente la enorme cantidad de noticias é informes que contienen los tomos X y XI de la Coleccion de documentos inéditos para la historia de España con respecto al proceso original que la Inquisicion de Valladolid hizo al maestro Fray Luis de Leon. Mr. Reusch se ha dedicado á este trabajo minucioso, y ha podido de esta suerte presentar una relacion exacta y detallada de las fases más importantes de la vida del gran teólogo, y darnos una idea clara de sus grandes trabajos de exégesis. El profesor de Bona declara que no ha tenido la intencion de escribir una biografía completa de Luis de Leon; la falta de tiempo y, sobre todo, de obras completamente indispensables para el conocimiento de la civilizacion española del siglo XVI, y en particular del medio en que se formó el profesor de Salamanca, han impedido al erudito aleman darnos hoy otra cosa que los prolegómenos de una biografía razonada que todavía está por hacer.

Hay razon para esperar que no se detendrá aquí Mr. Reusch y que no dejará á otros el cuidado de completar un trabajo que tan bien ha comenzado, y para cuyo término parece mejor dispuesto que otro cualquiera, así por su

(1) Mr. Reusch caracteriza de esta suerte la *Vida de Luis de Leon* (Madrid 1873) de este erudito:

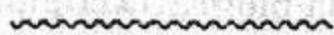
"Trabajo sin grande importancia, pero que contiene muchos documentos y noticias de valor á más de una lista considerable de ediciones y manuscritos de las obras de Luis de Leon."

gran erudición teológica, como por su conocimiento más que suficiente de la lengua castellana (1).

Si nos es permitido aventurar aquí un consejo, le recomendaríamos la lectura de los teólogos españoles del siglo XVI, y en particular de los grandes reformadores contemporáneos de Luis, que le suministrarán una multitud de datos sobre la vida moral de la época. También debe proponerse el profesor de Bona realizar un viaje á España para investigar los documentos inéditos que todavía deben abundar en las bibliotecas y archivos de la Península, y de manuscritos que le permitirían retrotraer á su primitiva pureza el texto de las más bellas producciones del gran poeta y profundo moralista. Cualesquiera que sean las modificaciones que nuevos descubrimientos puedan causar en la exposición de ciertos hechos, tal como se encuentra consignada en la presente Memoria, la crítica desde hoy debe manifestar su profundo reconocimiento al teólogo alemán por la sábia y hábil aplicación que ha dado á los materiales que tenía á su alcance.

¡Ojalá que estas cortas líneas inciten á Mr. Reusch á coronar un edificio cuyos fundamentos ha establecido con mano tan maestra!

ALFREDO MOREL-FATIO.



(1) No he observado ningun error en los pasajes traducidos del español; además, Mr. Reusch se muestra muy circunspecto y se abstiene, por ejemplo, de juzgar el mérito literario de las obras de Leon. En la pág. 21 cita, segun Tejada, un artículo sobre Leon del pintor Francisco Pacheco, publicado en el *Semanario Pintoresco*, Noviembre 1844. ¿Sabe Mr. Reusch que este artículo no es otra cosa que el elogio de Leon, sacado del *Libro de retratos* del célebre artista andaluz, casi contemporáneo del teólogo de Salamanca?

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.



LA PINTURA Y LA ESCULTURA EN 1876.

PARÍS 12 DE MAYO DE 1876.

Uno de los principales acontecimientos de la vida parisiense es á no dudarlo la Exposicion de pintura y de escultura que se abre en la primavera, el 1.º de Mayo, y se prolonga hasta los últimos días del mes de Junio. Verifícase en los Campos Elíseos, en el palacio de la Industria levantado con motivo de la Exposicion Universal de 1855, monumento bastante feo por lo demás, preciso es hacerle esta justicia, y del cual se adivinaria difícilmente que su utilidad principal consiste actualmente en ofrecer un abrigo á las bellas artes. Los grandes salones del primer piso están destinados á los cuadros; la escultura ocupa el gran patio de vidrieras del piso bajo convertido en jardin y en que las estatuas están agradablemente distribuidas á lo largo de las veredas, en medio de bosquecillos de azulejos y otras flores preciosas. Cuéntanse por cientos de miles las personas que durante las seis ó siete semanas que dura la Exposicion acuden á visitarla; ella atrae á París un considerable número de extranjeros, y apenas hay un parisiense que no la visite varias veces. Sin hablar del jueves y el domingo, días en que la entrada es gratuita, puede decirse que todos ellos, desde la una de la tarde hasta las cuatro ó las cinco, es casi imposible discurrir por los salones dedicados á la pintura, que es la que excita sobre todo la pública curiosidad. Diríase que se acude á ella para atropellarse tanto como para mirar; hasta tal punto es imposible ver entónces con alguna comodidad, en medio de la multitud, los cuadros que obtienen algun éxito. Si estais convidados á comer en alguna parte; si pasais la noche, no ya en un círculo de artistas ó literatos ó en una de esas tertulias elegantes que siempre han blasonado de interesarse en la prosperidad de las artes, sino en cualquier familia de la clase media, podeis estar seguros de que muy luego recaerá la conversacion en el *salon*, pues este es el nombre que se da en Francia á estas Exposiciones, y de que cada cual alabará ó atacará una obra cualquiera de arte con la pasion más vehemente. Estoy lejos de pretender que la mayoría es buen juez en materias de arte, y creo además que en pocas se dicen generalmente tantas tonterías como en esta; pero ese apasionamiento es al ménos una prueba del interés que se consagra á tales cuestiones. Esta preocupacion es señal de la importancia que ha adquirido el arte en nuestra sociedad francesa; y si vais en jueves

ó domingo á la Exposicion vereis que los comerciantes al por menor, que los obreros, que el pueblo, no atiende á nuestros *salones* con ménos interés que la clase media ó la aristocracia.

Os señalo el hecho porque me parece uno de los rasgos más característicos de nuestra época. Si comparais la curiosidad artística de la poblacion de París con esa misma curiosidad hace cien años, en tiempo de Diderot por ejemplo, os sorprenderá el progreso que se ha cumplido. La democracia realiza su obra. Los goces del espíritu atraen á un número siempre creciente de individuos. Al lado de tantos malos síntomas que muchos espíritus propensos á la tristeza se complacen en apuntar, yo me alegro de señalar ese que honra á nuestra democracia. Si los productos de la industria parisiense se distinguen por su característica elegancia y son solicitados en todas partes, no me parece dudoso que el mérito de que así sea, recae primeramente en esa curiosidad que se experimenta por las obras de arte y que se desarrolla sin cesar entre nosotros.

Grandes han sido nuestras desgracias en los últimos años, y como no hay para el hombre mejor consejero que la adversidad, somos hoy en dia los primeros en comprender que no habia nada más necio que nuestra estrecha vanidad francesa y que habiamos merecido no poca parte de las pruebas que nos fueron impuestas. Los vencidos hacen severos exámenes de conciencia, y si pecamos en lo sucesivo por algo, no será por una confianza exagerada en nosotros mismos. No es bien, por lo demás, llegar á dudar demasiado de sí propio, pues á fuerza de despreciarse se llegaria fácilmente á abandonarse y á perder la esperanza. Ese movimiento artístico de que Francia es teatro, ejerce, os lo aseguro, una saludable influencia en nuestra nacion. Al ver todo lo que hacen entre mis compatriotas tantos artistas laboriosos, el número de extranjeros que acuden á nuestras Exposiciones, el número de artistas que llegan de todas las naciones del mundo, y dicho sea de pasada, nunca fué este número mayor, para que París ponga el sello en cierto modo á su reputacion, nos sentimos reanimados. Nunca se sale de nuestras Exposiciones sin decirse á sí mismo: „no, á pesar de nuestras desgracias, la Francia no ha muerto,“ y este pensamiento nos da á todos valor para trabajar y devolver, si es posible, á nuestra pátria, el glorioso rango de que tenemos el arrepentimiento de haberla dejado descender. No soñamos venganzas ni conquistas; pero tenemos la ambicion de seguir ejerciendo sobre el mundo, por medio de la literatura, del arte, del pensamiento, una influencia grande y fecunda como la de nuestros padres. ¿Quién podrá censurarnos esta ambicion?

Dejadme, pues, que haga constar primeramente sin arrogancia, pero con legítimo orgullo, que esta Exposicion de 1876 es la más brillante que se ha verificado hace muchos años. Señalábase hace tres ó cuatro una progresion constante, no solo en el número de las obras expuestas, á pesar de la creciente severidad del jurado que guarda la entrada del *salon*, sino tambien en el valor y el carácter de las obras de arte. Este año el progreso ha sido más manifiesto todavía. Es lícito esperar para muy en breve un renacimiento del arte, semejante al que caracterizó entre nosotros los últimos años de la restauracion de los Borbones é indicó el advenimiento de la gloriosa generacion romántica de 1830. No puedo tener la pretension de enumerar y ménos aún de apreciar

en algunas páginas las obras importantes que figuran en el *salon* actual, y solo me propongo decir algunas palabras de las principales.

Empecemos por la escultura. La escultura es evidentemente un tanto desatendida por la masa del público que la encuentra demasiado austera; carece para ellos de vida y, sobre todo, de color; los asuntos en que se ocupa son rara vez los de moda; pero los artistas y los críticos están casi unánimes tiempo há en proclamar la superioridad que tienen nuestros escultores sobre nuestros pintores. La razón de esta superioridad es bastante sencilla. Los pintores, gracias al favor público, se conquistan con tanta rapidez un nombre hoy en día, alcanzan boga tan pronto, que la mayor parte han renunciado á tomarse la molestia de trabajar seriamente. Disputase el público á precio de oro el más pequeño lienzo en que dibujan algunos personajes, y arrojan algunos colores; tienen demasiada prisa en producir para enriquecerse, y ellos mismos, aturcidos por exagerados elogios, se figuran muy luego que no necesitan aprender más, cuando en realidad necesitan aprender mucho. De este modo llega á ser la popularidad del arte un peligro para el arte mismo.

Los escultores se educan en más severa escuela. Su oficio es difícil de aprender, y este aprendizaje es largo; no pueden escamotear un éxito lisonjero por medio de un agradable colorido, y la obligación de abordar incesantemente el desnudo les impone el paciente estudio de la naturaleza. No alcanzan renombre sino muy lentamente, y solo lo obtienen aquellos que lo han merecido con perseverantes esfuerzos.

Entre nuestros escultores el artista más apreciado es Mr. Paul Dubois. Hace trece ó catorce años empezó su reputación con su *Cantor florentino*, que ha sido el más favorecido modelo de nuestro gran comerciante en bronce Barbedienne. Es Mr. Dubois un escultor que produce poco, pero solo obras largamente estudiadas. Tiene cuarenta y seis ó cuarenta y siete años. En esta Exposición ha expuesto dos figuras, destinadas á adornar en la catedral de Nantes la tumba de Lamoriciere, el general francés que puso fin en la Argelia á las insurrecciones de Abd-el-Kader, y que mandó despues en Castel Firdardo las tropas pontificias. Otras dos figuras deben acompañar á las que hemos mencionado. Una de las dos que han sido expuestas este otoño representa el *valor militar*, y la otra *la caridad*. El *valor militar* recuerda no poco por el movimiento la famosa estatua el *Penseroso* de Miguel Angel, que se encuentra en la capilla de los Médicis de Florencia. Esta imitación no impide que sea muy bella. Pero el éxito mayor es el de la otra figura titulada *la Caridad*, y que es una mujer que tiene dos niños entre sus brazos. Nada más sereno ni de expresión más maternal que esta mujer. En cuanto á la forma y á las líneas son admirables, las de los brazos y el cuello sobre todo. Los dos niños son muy notables. Esta *Caridad* de Mr. Dubois es el gran éxito del salon.

Mr. Chapu, que expuso el año pasado una maravillosa figura de la *Juventud*, dedicada á la tumba de Enrique Regnault, jóven pintor muy conocido, segun creo, en Madrid, autor de un soberbio retrato del general Prim, y que mató tan prematuramente en Montretout una bala prusiana, ha expuesto este año su magnífico busto de *Alejandro Dumas, padre*. La jovialidad, la salud, el chisporroteo (*petillement*) del ingenio se lee en esa cara abierta, buena, sen-

sual: es la vida misma. Se vé en esa obra á todo el Alejandro Dumas, padre, al autor de *Los Mosqueteros*, sin hablar del parecido físico, que es extraordinario.

Mr. Falguiere expone una estatua de *Lamartine*, destinada á un monumento que ha de levantarse en Macon á nuestro gran poeta. Vista aisladamente, parece esta estatua un poco larga y delgada; pero es difícil prejuzgar el efecto que pueda hacer cuando esté colocada sobre el monumento, y escoltada por otras esculturas que deben acompañarla.

Mr. Delaplanche tiene una *Virgen* en piedra de muy notable estilo, y expone al mismo tiempo un busto de *Madame Doche*, la actriz célebre por su hermosura que representó por primera vez el papel de la *Dama de las camelias*. Madame Doche está lejos de ser hoy en dia una jóven; pero el artista ha ejercido sin escrúpulo el derecho de rejuvenecer á su modelo y de borrar las arrugas de su rostro. Estamos convencidos de que su modelo no se quejará de esa conducta.

Se me olvidó decir que Mr. Falguiere ha presentado con su *Lamartine* un busto encantador, en bronce, de pequeñas dimensiones, que representa á Mr. Carolus Duran, nuestro pintor de retratos más á la moda.

Aún me quedan otras obras notables que señalaros en la escultura: una *Piedad* de Mr. Sanson; un busto lleno de carácter de nuestro gran filósofo Littré por Mr. Bloye; una *Mujer* de Mr. Schoenwercke, y la cual se mira en el agua; una *Bañista* de Madame Bertaut; un pequeño *David* en mármol, obra muy delicada de Mr. Mercier, autor del grupo *Gloria Victis* que obtuvo un éxito tan grande hace dos años; un busto de *Henri Regnault* por Mr. Degurge, destinado al monumento de que hemos hablado, como la estatua de Mr. Chapu..... pero me detengo, porque me urge llegar á la pintura.

Debo empezar aquí por señalaros dos jóvenes que han ganado sus espuelas, como aquí decimos, en el *salon* de este año. El uno de estos pintores que andan cerca de los treinta años, es Mr. Benjamin Constant, el otro se llama Mr. Sylvestre. Mr. Sylvestre ha expuesto una *Locusta*, la envenenadora romana que prueba delante de Neron el veneno que debe servir contra Británico, haciendo perecer en la prueba á un esclavo. Un verso de una tragedia de Racine ha popularizado ese asunto entre nuestros artistas, y este mismo año hay varias *Locustas* en el *salon*. La de Mr. Sylvestre tiene sin duda grandes defectos; pero se encuentra en su cuadro un vigor, una energía de movimiento, unas dotes de relieve que anuncian un verdadero temperamento de pintor. Sobre todo, el esclavo, que se retuerce en las convulsiones de la agonía, es de sorprendente ejecucion.

El cuadro de Mr. Benjamin Constant, *La entrada de Mahomet en Constantinopla*, es el lienzo mayor que hay en el *salon*, el que más se contempla y tambien el que más se discute. En este asunto oriental el autor ha desplegado el más brillante colorido. Las telas de todos los matices resplandecen allí las unas al lado de las otras. Banderas, trages, armaduras, todo brilla hasta herir los ojos. Hay en eso exajeracion, y es preciso esperar que, despues de haber tirado el pistoletazo que obliga á volverse á todo el mundo, como decimos nosotros, el autor mismo tratará otro año de ser más prudente y ménos fogoso. Pero hay en este lienzo cualidades incontestables. La actitud de Mahomet

á caballo y el grupo de los guerreros que le rodean forma un hermoso conjunto de tipos y trages. Puede decirse que desde Delacroix y Regnault no ha habido un jóven pintor de tantas esperanzas. Tal vez es un gran artista que aparece en el horizonte y es preciso saludarle.

Mr. Detaille, que trata todos los años asuntos militares, ha expuesto un cuadro titulado *En reconocimiento*, que es, sin disputa, la más acabada obra del *salon*. La multitud forma constantemente un círculo en derredor de su cuadro. Es un regimiento de cazadores que acaba de entrar en una aldea ocupada momentos antes por la caballería alemana; algunos soldados aparecen en primera línea, conducidos por un alférez, y tratando de ver dónde se ha retirado el enemigo. Las actitudes son tan naturales, tan verdaderos los gestos y tan profunda la emoción que se pinta en los semblantes, que nos olvidamos del cuadro para pensar solamente en la escena que representa.

Hay muchos retratos en la Exposición y algunos son excelentes; entre los más notables figuran los de MM. Baudry, Henner, Paul Dubois (el escultor), que es también un buen pintor, y un jóven artista ruso, Mr. Harlanoff, que ha retratado á su compatriota el célebre novelista Yvan Tourgueneff. Dos retratos disputanse, sobre todo, el primer puesto. Es autor del uno un artista muy jóven, Mr. Bastien-Lepage, y representa á Mr. Wallon, que era, hasta poco há, ministro de Instrucción pública; el otro representa al famoso periodista Mr. Emile de Girardin, y es debido á Mr. Carolus Duran, cuyo pincel, algo aparatoso de ordinario, ha querido aparecer más severo al pintar á un hombre. Tal severidad ha sido afortunada, y los elogios son unánimes esta vez.

La pintura de género está representada, como todos los años, por numerosos cuadros, de los cuales algunos, los de Mr. Gerome, Mr. Fermin Girard, Mr. Vibert, tienen todas sus acostumbradas cualidades. Mr. Munckaczy, el pintor húngaro, ha enviado un precioso cuadro desde su *estudio* con su retrato y el de su mujer. Hay estudios de caza, bonitos paisajes, bellos estudios de la vida del campo, como *La Aldeana*, de Mr. Jules Jacquet; *La pescadora de almejas*, de Mr. Vollon; *La pastora de carneros*, de Mr. Voyson. Desearia detenerme ante estos cuadros y otros muchos, pero deseo reservar algun espacio para hablaros de los cuadros enviados al *salon* por pintores españoles, y que no figuran entre los ménos apreciados.

La colonia de artistas españoles es muy numerosa en París y aumenta todos los días. Creo que son pocos los países en que se hace justicia más que en Francia á las cualidades de elegancia y de brillante colorido que caracterizan, sobre todo, á vuestros pintores. No tomeis á mal, sin embargo, que empiece con un cargo á vuestros artistas. Gran número de éstos, y no por cierto los ménos eminentes, desdeñan nuestras Exposiciones; el público no tiene ocasión de ver sus obras y de aprender sus nombres. El ilustre Fortuny dió este mal ejemplo, y cuando murió tan jóven y tan inesperadamente, todos los franceses que no han vivido en Roma ó que no visitan muy asiduamente los salones del mercader de cuadros Gonpil, si habian oido citar su nombre, no tuvieron nunca ocasión de ver ninguno de sus cuadros. Su simpático cuñado, que tiene también mucho talento, Raimundo Madrazo, tampoco envia nada á nuestras Exposiciones anuales. Rico procede del mismo modo. Yo bien sé que esos se-

ñores no necesitan ofrecerse al público para que sus cuadros se vendan; pero, al fin y al cabo, no todos son millonarios en este mundo, y es propio de la caridad cristiana en los artistas de talento dejar que vean las cosas buenas que hacen aquellos mismos que nunca podrán comprarlas. Así, por ejemplo, Raimundo Madrazo acaba en estos momentos una *Salida del baile*, que será un delicioso cuadro de género; pero ¿quién, á excepcion de un pequeño grupo de amigos ó de curiosos favorecidos, tendrá el placer de visitarlo en su *estudio*? No hay tampoco en el salon nada de muchos de vuestros artistas ya conocidos ó que empiezan á serlo, como los Sres. Palmaroli, Santa Cruz, Lafuente, Jimenez, Ortego; nada del Sr. Egusquiza, cuyo talento es tan personal, tan original, algo brutal y violento, á decir verdad, en su *manera*; un poco de violencia y aún de brutalidad no me desagrada, sin embargo, en los jóvenes.

Felizmente es bastante considerable el número de los pintores españoles que han acudido á la Exposicion para que vuestro país ocupe, á pesar de todo, en el salon uno de los puestos más honrosos. El Sr. Leon y Escosura conserva la buena reputacion que há tiempo adquirió; pintor agradable y fácil, de quien diré que tiene demasiada facilidad, pues me gustaria más que fuese más severo consigo mismo y que concentrara sus fuerzas en más corto número de obras. El Sr. Codina, que es pintor y escultor, expone en la seccion de pintura *escenas españolas* de que nuestra curiosidad está ansiosa actualmente; D. Antonio García expone otros que no son ni ménos ingeniosos ni ménos vivos, si bien el color es algunas veces un poco duro. El Sr. Gisbert y D. Francisco Miralles son, entre vuestros artistas, los que más se distinguen por su celo y aquellos cuyas obras son más dignas de mirarse.

El Sr. Maso expone un gran cuadro que representa á Cristóbal Colon entre los frailes, explicando la idea de su gran viaje, con una esfera en la mano; pertenece este cuadro á la pintura histórica más seria, y en esto se distingue el Sr. Maso de la mayor parte de vuestros artistas, que son más propensos, de ordinario, á las escenas de género que á los asuntos vastos. D. Estanislao Torrents expone una Vírgen, ó más bien, una santa sentada en un trono y vestida de púrpura, desprendiéndose en el fondo de un tapiz de ramajes. Esta obra se distingue por su excelente colorido y es de gran efecto. El Sr. de los Rios expone un cuadro de animales de caza muertos, de cristales, vasos de cobre, objetos de adorno y de loza. Promete este pintor seguir las huellas de los artistas más famosos en este género, los Besgoffes, los Philippe Rouseau, los Vollon. No puedo hacer otra cosa que mencionar á los Sres. Pujol, Lango, Garrido y Casanova. Ya es tiempo de hablaros del pintor que es verdaderamente en esta Exposicion honra de la escuela española, D. Juan Antonio Gonzalez.

El año pasado nos fijamos por vez primera en el Sr. Gonzalez con motivo de un cuadro titulado *El retrato del abuelo*. Su cuadro de este año representa *El regreso del bautismo*. La escena pasa en España, con trajes propios de los comienzos del siglo, si no me engaño. La parida está en su lecho, y todo el acompañamiento del bautismo ha entrado en la habitacion, con el marido á la cabeza, que se adelanta para apretar entre las suyas la mano de su esposa; aparece despues la nodriza con el niño, luego el padrino, la madrina, los parientes, los amigos, sin olvidar al cura con su sombrero de teja ni á dos laca-

yos que en la próxima estancia se aprestan á servir la mesa. Lo que desgraciadamente no puedo expresaros es el encanto del colorido, que es á un tiempo brillante y armonioso. Hay en el pincel del Sr. Gonzalez una infinita dulzura; su modo de pintar atrae los ojos y les ofrece descanso. Yo pertenezco al número de aquellos que lo distinguieron ya el año pasado, y en vano querría decir os hasta qué punto me ha lisonjeado el ver cuán satisfactoriamente ha correspondido á mis esperanzas. Ha conquistado ya un puesto, y solo le resta seguir su suerte continuando sus esfuerzos. Posee el instrumento, cosa muy importante en las artes, y paréceme que nada tiene ya que aprender en el oficio. Aunque vierais alcanzar en algunos años al Sr. Gonzalez una reputacion parecida á la que adquirió Fortuny, no os debiera causar asombro el suceso, y si la REVISTA contribuye á propagar la reputacion de este jóven, entiendo que sólo le hará justicia.

Aquí me detengo, limitándome á señalaros en la seccion de escultura, al mismo tiempo que al Sr. Codina, de quien os he hablado ya, á D. Antonio Moltó. No quisiera olvidar, al hablaros de los artistas españoles de París, el nombre del Sr. Vierge, escelente dibujante que, despues de haber ilustrado *L'homme qui rit*, de Víctor Hugo, publica actualmente con el mayor éxito, la ilustracion de la gran novela del mismo autor, *Quatre vingt treize*.

Cuando se han indicado en algunas rápidas frases las obras más interesantes de vuestros artistas en medio de las producciones parisienas, no se ha hecho para con ellos cuanto es debido. La influencia de la escuela española contemporánea se hace sentir aquí en otras muchas obras que las que produce. Esta influencia ha sido considerable, y puede decirse que ha cumplido ya quince años de predominio. Ha producido nada ménos que una revolucion en la manera francesa de pintar. No hay entre nuestros jóvenes pintores uno que no sea discípulo de España más que de cualquier otro país, sin exceptuar á Italia. Velazquez es en la actualidad el pintor que admiran más nuestros jóvenes artistas, él es á quien van á estudiar con preferencia, y á quien se esfuerzan en arrancar el secreto de su incomparable colorido. A Madrid fueron con objeto de completar su educacion artística Henri Regnault, Clairin, Carolus Duran. Los pintores españoles modernos no han tenido ménos influjo que el mismo Velazquez, en el progreso del colorido con que se distinguen las obras de nuestra época. La influencia de Fortuny no ha sido menor entre los pintores franceses que entre sus compatriotas. *Fortuny no me deja dormir*, escribia Henri Regnault. Actualmente al deteneros ante muchas de las obras que figuran en el *salon*, ante el *Mahomet II* de Mr. Benjamin Constant, por ejemplo, podeis encontrar la huella de Fortuny en el modo de pintar, en el esplendor del colorido, en el brillo de los tonos y su desenfado. Es esta una cuestion interesante que me gustaria examinar detalladamente; creo que España tiene pocos títulos más gloriosos que invocar actualmente, pero es asunto que comporta desenvolvimientos bastante largos, y sólo quiero indicarlo al terminar esta carta.

CHARLES BIGOT.

REVISTA CRÍTICA.

Dos recepciones de nuevos académicos se han verificado en la Academia Española: la del Sr. D. Agustín Pascual y la del Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce. Distinguido ingeniero de montes el primero, versado en las lenguas del Norte de Europa, dado á estudios filológicos y administrativos y conocido por varios trabajos literarios; poeta de singulares alientos é inspiración robustísima el segundo, dramático notable y lírico de primera fuerza, ámbos son acreedores al honor que les ha dispensado la Academia, y ámbos lo han justificado con sus discursos de recepción, notables y dignos de consideración y exámen por más de un concepto. Contestó al Sr. Pascual el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, y cumplió igual cometido en la recepción del Sr. Nuñez de Arce el Sr. D. Juan Valera.

La influencia de las lenguas germánicas en la formación del romance castellano fué el tema elegido por el Sr. Pascual, y harto demostró en su desarrollo que no le son extraños los grandes trabajos de los lingüistas y los filólogos modernos, señaladamente los de Jacobo Grimm, Bopp y Federico Diez. Con abundante copia de erudición filológica y reflexiones atinadas y justas, mostró el Sr. Pascual que las influencias germánicas no lograron alterar el carácter propio de nuestra lengua y de nuestra raza, y señaló el origen de los diversos elementos germánicos que en nuestro idioma se advierten, reducidos á número bien escaso de raíces y cantidad no menos mezquina de formas gramaticales. Enriquece este discurso, por vía de apéndice, un excelente catálogo de las raíces y vocablos germánicos traídos á nuestra lengua, trabajo de gran importancia y de suma utilidad para cuantos se dediquen al estudio del habla castellana.

¡Lástima grande, por cierto, que tan notable discurso no ostente en su forma las mismas excelencias que avaloran su contenido! Ninguna necesidad tenía el Sr. Pascual de encerrar la sana y copiosa doctrina de su trabajo en un estilo hinchado, enigmático, lleno de metáforas extrañas y de sibilíticas frases que á nada conducen, como no sea á hacer molesta y fatigosa su lectura. Quizá le ha impulsado á escribir así el deseo de emplear el convencional y artificioso estilo que parece obligado en las disertaciones académicas; pero sobre que no lo ha conseguido, debió comprender que la claridad es la mejor de

todas las elegancias en el lenguaje y que la espontaneidad y lisura del estilo vale mucho más que el amaneramiento de la literatura académica.

No es nuestro ánimo emprender un debate filológico con el Sr. Canalejas, á quien correspondió contestar al Sr. Pascual. Fáltannos para ello las singulares dotes que al distinguido profesor de la Central adornan, y no es esta ocasión ni lugar apropiado para intentar lo que excede de los límites de una REVISTA. Ni tenemos tampoco formada cabal y definitiva opinión sobre los problemas filológicos que el Sr. Canalejas se propone en su discurso; problemas de suyo tan graves, delicados y difíciles, tan ocasionados á lamentables extravíos y á aventuradas conjeturas, que no creemos llano resolverlos tan sencilla y desembarazadamente como lo hace el Sr. Canalejas. Entendemos, sin embargo, que las nuevas teorías, con tanta saña combatidas por el docto académico, pueden arrojar alguna luz sobre estas cuestiones, y sin admitir como artículo de fé las conjeturas que con el carácter de meras hipótesis formulan en tales materias los partidarios de la doctrina evolucionista, juzgamos harto más defendibles tales supuestos que la doctrina de las lenguas irreductibles y de los orígenes más ó ménos mitológicos del lenguaje, con tanto calor apadrinada por el Sr. Canalejas. Cualquiera que sea el juicio que merezca, el evolucionismo es de hoy más un factor importantísimo de la ciencia que debe tenerse muy en cuenta y examinarse con atención suma, porque al cabo, con ser una hipótesis y *nada más*, no puede negarse que por todos estilos aventajan á las que le precedieron, sobre todo á las forjadas por el racionalismo de que es infatigable apóstol el Sr. Canalejas.

Tiempo hace que en la vida científica del docto profesor de historia de la filosofía se señala un período que á nada bueno puede conducirle. Aferrado á espiritualismos é idealismos que solo son legítimos hoy en lábios de los defensores del dogma teológico, dado á místicos arrobamientos que pugnan de todo en todo con su carácter é idiosincrasia; entregado á desesperada lucha contra las corrientes novísimas, á las que combate desde posición falsa é insostenible; mantenedor de un krausismo antiguo, mirado de reojo por los krausistas de raza, y de un misticismo pseudo-cristiano, no muy acepto á los verdaderos creyentes; empeñado en la defensa de causas insostenibles y vencidas, como lo prueban sus recientes alegatos en pro del arbitrarismo de la voluntad y del romanticismo en el arte, y su conato de resurrección de las abstractas y caprichosas teosofías místico-hegelianas, barnizadas por él con el poco exacto nombre de *doctrinas religiosas del racionalismo contemporáneo*, el Sr. Canalejas se halla colocado en situación peligrosa y resbaladiza, en que solo alcanza á sostenerle su indisputable talento, sin lograr otra ventaja que la de parecer sospechoso de impiedad á los creyentes y convicto de misticismo anticuado y anticientífico á los libre-pensadores. La posición es difícil, y quien logra mantenerse en ella merecedor es de loa por el singular ingenio que demuestra, y acreedor también á que en gracia á su habilidad para defender lo indefendible se le perdonen debilidades y desahogos como los que revelan en el último discurso del Sr. Canalejas sus ataques al germanismo, su empeño en negarle toda influencia en nuestra lengua, y sus aspiraciones á un misticismo vago é inconsistente que á nadie satisface, y que mal que pese al

Sr. Canalejas, tiene más afinidades con los idealismos vaporosos de los místicos germanos que con las grandiosas inspiraciones de los místicos españoles. Créalo el Sr. Canalejas; si quiere dar completa satisfacción á sus anhelos místicos é idealistas; si quiere colocarse en situación desembarazada y clara, tenga ánimos para recorrer hasta el fin la pendiente por que hace tiempo se va precipitando su inteligencia poderosa; abandone esos misticismos hegelianos ó krausistas; arrójese decidido en brazos de los que, no sin razón, le consideran como futuro correligionario; sustituya el Cristo vaporoso de Schleiermacher con el Cristo vivo del Evangelio; renuncie á esas doctrinas religiosas del racionalismo contemporáneo, que ni son doctrina, ni religión, ni racionalismo; y dejándose de nebulosidades, entre con resolución en las vías católicas, adonde tarde ó temprano ha de llegar al paso que lleva, porque las cosas caen siempre del lado de que se inclinan, y no es muy difícil averiguar á qué lado se inclina el Sr. Canalejas.

* * *

Al ocuparnos de la recepción del Sr. Barrantes dijimos que no nos parecía conveniente llevar á la Academia el apasionado acento de las luchas políticas, y no seríamos imparciales si hoy aplaudiéramos en un liberal lo que entónces censuramos en un reaccionario. Que el discurso del Sr. Nuñez de Arce ha de habernos complacido bajo el punto de vista político, cosa es que á nadie puede ofrecer duda; que nos ha causado gran deleite su vigoroso y castizo lenguaje, no hay para qué decirlo; pero esto no obsta para que creamos que no es ese el tono propio del sitio en que fué pronunciado.

Veíase demasiado al político en el discurso del Sr. Nuñez de Arce y revelábase el literato únicamente en la incomparable magia del estilo. Era aquel el lenguaje del tribuno, no ménos enérgico y apasionado que el orador ilustre á quien reemplazaba; pero no el del académico, que ha de ser templado y sereno en sus juicios como en sus palabras. Como acto político, era el discurso oportunísimo en las actuales circunstancias; como acto literario, salvábalo solamente la belleza de la forma, tan rica, castiza, galana y robusta como todas las producciones del insigne autor de los *Gritos del combate*.

Trató el Sr. Nuñez de Arce de señalar las causas de la decadencia de nuestra literatura al terminar la dominación de la casa de Austria y fijóse para ello en el despotismo político y en la intolerancia religiosa que dieron breve y desastroso término á la prosperidad, grandeza y cultura de la nación española, para lo cual pintó con vivos colores todo lo que hay de horrible y nefando en aquella época siniestra. En sus términos generales la tesis es exacta; la intolerancia, aún más que el despotismo, acabó con nuestra cultura y hubo de precipitar, por ende, á nuestras letras en lastimosa decadencia; pero la sana crítica exigía un análisis más delicado y completo para explicar este hecho, á primera vista tan sencillo, y tan complejo en realidad.

Hay, con efecto, algunos fenómenos que conviene tener en cuenta y que no se cuidó de explicar, sin embargo, el Sr. Nuñez de Arce. Es un hecho

que la decadencia científica y la literaria no fueron paralelas. A despecho de los que se obstinan en descubrir en aquella época un supuesto florecimiento de la ciencia española, es lo cierto que en este punto caímos bien pronto en lamentable atraso. Regístrense los nombres de todos los físicos, matemáticos y naturalistas que entónces produjimos, y ninguno se hallará que compita con los de Copérnico y Galileo, Kepler y Newton, Pascal y Descartes. Sutilícese el ingenio para descubrir portentos y maravillas en las ignoradas obras de nuestros filósofos: búsquense en ellos precursores de Bacon y Descartes; encómiense los merecimientos de Vives y Suarez, Pereira y Morcillo, Huarte y Oliva Sabuco; y por más que se haga, forzoso será reconocer que salvo los que siguieron las corrientes escolásticas, ninguno logró fundar escuela ni alcanzar legítima influencia, siendo por tanto un mito esa decantada filosofía española, con cuya resurrección sueñan hoy eruditos como Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo. Por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa suponemos mucho, en la historia científica no somos nada, y esa historia puede escribirse cumplidamente, sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heroicos marinos que descubrieron las Américas y dieron por vez primera la vuelta al mundo. No tenemos un sólo matemático, físico ni naturalista que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia; y por lo que hace á los filósofos, es indudable que en la historia de la filosofía puede suprimirse sin grave menoscabo el capítulo referente á España. ¿Débese esto á defecto de nuestro espíritu nacional, más fecundo en místicos y soñadores que en pensadores reflexivos é independientes? Acaso sea así, y quizá de esta suerte se explique el contraste que ofrece la pobreza de nuestra filosofía comparada con la riqueza de nuestra mística, tal vez por ninguna superada; pero no es posible dudar de que en tan triste resultado cabe no pequeña parte á nuestra feroz intolerancia religiosa.

Si á la ciencia se refiriera únicamente el Sr. Nuñez de Arce, no habria contestacion posible á sus argumentos. Todo el ingenio malgastado en su discurso de contestacion por el Sr. Valera es impotente para destruir esta afirmacion perentoria. El país en que una intolerancia sistemáticamente organizada velaba con rigor implacable para impedir la aparicion de todo pensamiento que no encajara en los moldes de la más estrecha ortodoxia; el país en que fray Luis de Leon, Santa Teresa y San Juan de la Cruz no estaban al abrigo de la suspicacia inquisitorial; el país en que imperaban todos los despotismos, todas las intolerancias y todas las supersticiones, no podia dar vida al pensamiento científico, que no alienta sin la libertad.

Cierto que en Inglaterra la intolerancia protestante y la católica ejercian alternativamente sus rigores con bárbara fiereza; que Francia se bañaba en sangre en la noche de San Bartolomé y Alemania quemaba por miles brujas y hechiceros; pero esas persecuciones eran hijas del furor y de la violencia más que de la crueldad fria y sistemática; alternaban con ellas períodos de libertad; cebábanse á veces en elementos que ningun beneficio reportaban á la cultura, y tanto es así, que ninguna de ellas impidió el desarrollo del libre pensamiento ni puso traba alguna al progreso de la ciencia.

En esa Inglaterra intolerante nacieron las más avanzadas sectas del protes-

tantismo y propagaron Bacon, Hobbes y Locke los más radicales principios de la filosofía; en esa Francia de la *Saint Barthelemy*, minó Ramus los fundamentos de la escolástica, abrió Gassendi el camino al materialismo, zahirió Rabelais los más altos ideales, proclamaron escépticas doctrinas Chanon y Montaigne, y fundó Descartes el racionalismo moderno; y esa Alemania, que quemaba las brujas por miles, fué la cuna de esa filosofía novísima que ha conmovido los cimientos de toda creencia y ha consumado en el orden de las ideas una revolucion más profunda que la realizada por Francia en el terreno de los hechos.

Debióse esto á que en España perseguia el poder teocrático, implacable, sistemático, tenaz, y en esos países perseguia el poder político, más violento acaso, poco ménos temible y ménos fecundo en desastrosos resultados. En guerra ó en paz, coexistian en aquellos pueblos creencias distintas, ora vencidas, ora vencedoras, ya perseguidoras ó víctimas; aquí reinaba la uniformidad de la muerte, la calma de las tumbas. Habia allí fiebres, delirios, matanzas horribles y violentas; aquí sufría la nacion una sangría lenta, jamás interrumpida. Por eso en aquellas comarcas se cerraban á la postre las heridas abiertas por el fanatismo, y aquí no se cortaban nunca las llagas por donde se escapaba lentamente toda nuestra sangre. El bárbaro arrebató del momento siquicra sea una *Saint Barthelemy* ó un 2 de Setiembre, no mata á un pueblo; mátao, en cambio, la opresion constante, por más que parezca ménos impetuosa.

Por eso cuando oíamos hablar al Sr. Valera de la muerte de Vanini, de Tomás Moro y de Servet, de las quemas de brujas en Alemania y de las persecuciones religiosas de Inglaterra, y á la par de la relativa benignidad de la Inquisicion española, no podíamos menos de asombrarnos de que el exceso de erudicion y de ingenio puedan cegar hasta tal punto á las más aventajadas inteligencias.

Que en la decadencia científica de nuestro pueblo influyó poderosamente la intolerancia religiosa, no cabe negarlo por lo tanto; pero ¿puede decirse lo mismo de la decadencia literaria, como pretendia el Sr. Nuñez de Arce? Hé aquí lo que no nos parece ya tan fácil de probar.

No puede negarse que con el período álgido de la intolerancia y del despotismo en nuestra patria, coincide el mayor grado de esplendor que jamás alcanzaron nuestras letras: pudiendo decirse que, por extraño contraste, el siglo de oro de nuestra historia literaria coincide con el siglo de hierro de nuestra historia política.

Nunca llevaron más allá sus furores la intolerancia y el despotismo que en los reinados de los primeros monarcas de la casa de Austria; entónces fué cuando el poder real concluyó con los últimos vestigios de nuestras libertades, y la Inquisicion persiguió con mayor saña el pensamiento religioso y filosófico. Felipe IV y Carlos II, con cuyos reinados coincide precisamente nuestra decadencia literaria, fueron los ménos tiranos de su dinastía, y la Inquisicion entónces, purgada ya España de protestantes y librepensadores, entretenia sus ócios en tostar brujas, judaizantes y hasta monederos falsos. ¿Cómo se explica, segun esto, que en el período más violento de persecucion florecieran las letras.

con inusitado brillo y cayeran en postracion y abatimiento cuando ya la tiranía era una sombra de lo que ántes fuera?

Sin duda que, siendo la cultura literaria una parte de la cultura general, al despeñarse ésta en el abismo, hubo tambien de despeñarse aquella; pero esto basta para reconocer en la intolerancia religiosa una causa general é indirecta de nuestra decadencia literaria, mas no para ver en ella la causa única, especial y directa de dicha decadencia.

Es más; el mismo Sr. Nuñez de Arce ha tenido que conocer que en medio de aquella opinion tremenda, la literatura gozaba de tal libertad, que rayaba en licencia y anarquía; y que al paso que la suspicacia inquisitorial no dejaba respiro al pensamiento filosófico y religioso, mostrábase en extremo benévola con las más atrevidas y licenciosas producciones literarias. Explícate esto muy naturalmente, y dá singular prueba hecho semejante del talento y habilidad de los inquisidores. La actividad intelectual del hombre necesita desahogo, y toda máquina que la comprima ha de tener válvulas para darla salida; y nada mejor que dar libertad á la literatura, para que el ingenio español gastara en inofensivos entretenimientos la fuerza que podia emplear en más peligrosas empresas. Harto sabia la Inquisicion que una novela obscena de doña María de Zayas, no constituia un peligro para los intereses que le estaban encomendados, y por eso costábale poco trabajo mostrarse liberal en materias literarias.

Otro tanto han hecho todos los despotismos, y por eso las letras han florecido á la sombra de las tiranías de todo género y los siglos literarios llevan el nombre de déspotas como Pericles, Augusto, Felipe IV y Luis XIV; cosa que debió tener en cuenta el Sr. Nuñez de Arce al afirmar, con inexactitud notoria, que una de las causas de nuestra decadencia literaria fue la falta de libertades públicas.

Sin negar, pues, que la intolerancia religiosa y el despotismo político contribuyeran á aquella decadencia, es fuerza no limitarse á estas causas y buscar otras que con ellas concurren quizá más poderosamente. El agotamiento del ideal en que se inspiró aquella literatura (fenómeno que se observa en todos los períodos de la historia literaria), la bárbara arrogancia y fanatismo que nos incomunicó con el resto del mundo, como observaba atinadamente el señor Valera, é impidió por tanto que nuestra literatura se rejuveneciera y renovara al contacto de elementos extraños; los vicios puramente literarios, como el conceptismo y el gongorismo que en ella se desarrollaron, y la decadencia general de la nacion entera, fueron las principales causas de aquella decadencia que no puede achacarse á un solo factor. Buena prueba de ello es que cambiadas las circunstancias políticas con el advenimiento de la casa de Borbon é inaugurada una época de relativa tolerancia, la decadencia siguió aumentando, y el débil renacimiento literario del siglo XVIII no logró producir otra cosa que aquella pobre y raquítica literatura que, más excitado por la obligacion de defender su tesis que por los aleccionamientos de una sana crítica, intentó defender y rehabilitar con mala fortuna el Sr. Nuñez de Arce.

No ménos exclusivo en su contestacion el Sr. Valera, empeñóse en la ingrata tarea de extremar la tesis contraria, negando las afirmaciones más pal-

marías y mejor probadas de su compañero y obstinándose en señalar como única causa de nuestra decadencia literaria la infatuación que por aquellos tiempos se apoderó del espíritu de los españoles, convirtiéndonos en insupportables Quijotes. Ya hemos dicho que esta indicación merece tomarse en cuenta; pero no entendemos que esta sea la única ni principal causa de aquella decadencia, cuya explicación debe buscarse en todas las que dejamos enumeradas, y sobre todo en una ley inflexible que rige la historia entera, y con arreglo á la cual todo apogeo es seguido de decadencia; toda institución y toda manifestación de la actividad humana decaen cuando se agota el ideal histórico en que por tiempo se inspiran, y á toda acción corresponde una reacción en sentido contrario. Esto se verificó en aquella época como en todas, y esta es la causa principal de toda decadencia, siquiera puedan concurrir con ella otras causas del momento que no cabe negar ni desconocer.

De las defensas de cosas indefendibles hechas por el Sr. Valera y á que ya nos hemos referido, del tinte reaccionario que se advierte en su discurso, ¿qué hemos de decir? El Sr. Valera es de aquellos hombres de quienes decía Larra que *tienen cosas*, y hay que decir al escucharle: ¡Cosas del Sr. Valera! La erudición y el ingenio tienen algo de Mefistófeles, sobre todo el segundo, y á las veces extravían á las más privilegiadas inteligencias. El gusto de contar cosas raras que nadie sepa, el afán de sostener paradojas y defender tesis que ni sostenerse ni defenderse puedan, el amor á la originalidad, el alarde de ingenio y de agudeza, son cosas dañosísimas que conducen á los mayores extravíos. El Sr. Valera se deja tentar con harta frecuencia por estos demonios y va teniendo por costumbre el sostener siempre todo lo contrario de lo que sostiene el que tiene la honra de discutir con él, tocóle contestar al Sr. Nuñez de Arce y tuvo á bien escribir un discurso reaccionario, que hubiera sido todo lo contrario si le tocara contestar al Sr. Barrantes. Por eso al calificar su discurso no queremos hacer otra cosa que aplaudir el ingenio, la galanura, la gracia y el buen decir que en él campean y exclamar despues de rendido este tributo al talento: ¡Cosas del Sr. Valera!

* * *

Varias son las producciones literarias que hemos recibido en esta quincena, y fáltanos espacio para ocuparnos de todas. Reservando, pues, para nuestra próxima REVISTA el juicio de las que necesitan más detenida lectura, daremos cuenta en breves términos de las restantes.

Figuran entre estas diversas poesías y discursos, ora sueltos, ora coleccionados, con que se ha celebrado en diferentes provincias el aniversario de Cervantes. En todos se advierte el afán de convertir en idolátrico culto la veneración que merece el inmortal autor del *Quijote*, haciendo de él, con exageración notoria, un resúmen y compendio de todas las virtudes y perfecciones humanas. Distínguese bajo este aspecto el *Elogio fúnebre* pronunciado en la Academia cervántica de Vitoria por el jóven y ya reputado literato D. Fermín Herran, que con entusiastas, poéticas y apasionadas frases que revelan

dotes no vulgares de orador, encomia los méritos y glorias de Cervantes en términos tales que no parece sino que habla de la Divinidad. El Sr. Herran, que es un estimable y erudito crítico, no debiera permitirse estas exageraciones que, sobre ser inexactas, dan á su discurso un tinte excesivamente lírico, que perjudica á las cualidades oratorias que en él se revelan. Iguales exageraciones se advierten en la mayor parte de las poesías publicadas por el periódico titulado *Cervantes*, en las leídas en el Ateneo de Almería y en otras varias de que fuera prolijo hacer mencion.

Una buena traduccion del notabilísimo é importante libro de Fustel de Coulanges, titulado *La ciudad antigua*, debida á la pluma del Sr. Santiago Perminon, que presta un verdadero servicio á la cultura patria con la version de tan excelente trabajo; un nuevo tomo de la útil biblioteca que con el título *El derecho al alcance de todos* publica el Sr. Lastres, y en el cual se trata de materias tan importantes como el testamento y la herencia, y una amena é interesante novelita, algo recargada de lirismo sentimental, titulada *El copo de nieve*, y debida á la señora doña Angela Grassi, constituyen el resto de las publicaciones de que nos hemos propuesto dar cuenta en este número, reservando para el siguiente el exámen de un nuevo libro del Sr. Azcárate y de una importante publicacion sobre Lope de Vega, que ha causado sensacion inmensa en los círculos literarios.

Terminaremos diciendo que á la fecha en que llegue este número á manos de nuestros lectores habrán terminado los debates de la seccion de literatura del Ateneo con un resumen de su presidente, Sr. Canalejas, de que nos ocuparemos tambien en la próxima REVISTA.

M. DE LA REVILLA.



NOTA. Al publicar en el número anterior el discurso del Sr. Azcárate, se nos olvidó manifestar que habia sido tomado por un secretario de la mesa del Ateneo, y que su autor, ausente á la sazón de Madrid, no habia podido corregir las erratas que involuntariamente se han deslizado en el extracto.

En uno de los números próximos tendremos el gusto de publicar un nuevo trabajo del mismo señor en que quedarán esclarecidas sus ideas sobre la misma materia.

Madrid, 30 de Mayo de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
San Miguel, 23.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

15 ABRIL.

	Páginas.
I. El parque.—Escena de familia.— <i>Octave Feuillet</i>	5
II. Mirando al cielo.—Poesía.— <i>M. de la Revilla</i>	19
III. La gota de agua y la estrella.— <i>R. de Acuña y Villanueva</i>	20
IV. Las costumbres romanas en los primeros siglos del imperio.— (Segundo y último artículo.)— <i>H. Baudrillart</i>	24
V. La romería.—Poesía de Heine.— <i>Teodoro Llorente</i>	46
VI. La religion del positivismo.— <i>Mark Patisson</i>	50
VII. La literatura contemporánea en la América meridional y sus relaciones con la española.— <i>Patricio de la Escosura</i>	80
VIII. Psicología del homicidio.— <i>Franz von Holtzendorff</i>	98
IX. Crónica de la literatura inglesa y norte-americana.— <i>R. Montoro</i>	104
X. Correspondencia de Alemania.— <i>Juan Fastenrath</i>	114
XI. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	121

30 ABRIL.

I. Lotka.—Novela.— <i>Paul Heyse</i>	129
II. Pensamientos.—Poesía.— <i>M. del Palacio</i>	150
III. El renacimiento intelectual en la Edad Media.—La obra de <i>J. W. Draper</i>	151
IV. Nekrasof, poeta ruso contemporáneo.— <i>W. R. S. Ralston</i>	175
V. La lágrima y el beso.—Poesía.— <i>Leopoldo Alas</i>	194
VI. España y la libertad.—Obra póstuma del conde de Montalembert.— (Continuacion.)— <i>Gabriel Rodriguez</i>	195
VII. Psicología del homicidio.—II.— <i>Franz von Holtzendorff</i>	213
VIII. Correspondencia de París.— <i>Charles Bigot</i>	236
IX. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	244

15 MAYO.

I. Lotka.—Novela.—(Continuacion.)— <i>Paul Heyse</i>	257
II. Puesta del sol.—Poesía.— <i>M. de la Revilla</i>	280
III. ¿Cuándo reinó Menes?— <i>Miguel Morayta</i>	281
IV. Un príncipe de Gales en Madrid habrá cosa de dos siglos y medio.— <i>Patricio de la Escosura</i>	296
V. El espiritualismo y el materialismo.— <i>George Henry Lewes</i>	316
VI. La marina del porvenir.— <i>E. Godinez</i>	336
VII. Elegía.— <i>H. Gautier</i> .— <i>Antonio Sellen</i>	349
VIII. El positivismo en el Ateneo de Madrid.— <i>G. de Azcárate</i>	350
IX. Correspondencia de Alemania.— <i>Juan Fastenrath</i>	368
X. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	379

30 MAYO.

I. Lotka.—Novela.—(Conclusion.)— <i>Paul Heyse</i>	385
II. Una mirada.—Poesía.— <i>Conrado Solsona</i>	402
III. Orígen y desarrollo del hombre.— <i>Darwin, Lyell y Lubbock</i>	403
IV. Historia del derecho de recogidas.— <i>Andrés Borrego</i>	420
V. El arte.—Poesía.— <i>A. Ros de Olano</i>	439
VI. La historia del materialismo de Lange.— <i>Jules Soury</i>	440
VII. Un príncipe de Gales en Madrid habrá cosa de dos siglos y medio.—(Conclusion.)— <i>Patricio de la Escosura</i>	466
VIII. Fray Luis de Leon y la Inquisicion española.— <i>A. Morel-Fatio</i>	494
IX. Correspondencia de París.—La pintura y la escultura en 1876. — <i>Charles Bigot</i>	497
X. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	504

FIN DEL TOMO TERCERO.